

GIOVANNI
PAPINI

EL LIBRO NEGRO



se

El libro negro, segunda parte de *Gog* fue escrita por Giovanni Papini durante la Italia de la posguerra. Es un desfile de entrevistas realizadas por el excéntrico millonario Gog tanto a personajes verídicos (Mólotov, Picasso, Wright, Dalí, Hitler, Valéry, Huxley, Marconi, Lorca, Vóronov) como a otros totalmente imaginarios: su trama es la exposición de problemas políticos, morales, sociales, psicológicos y teológicos, desarrollados con la perspicacia y la hondura del autor de la *Historia de Cristo* y de *El Diablo*. Papini, en su Advertencia preliminar, justifica el título de su obra, que guarda cierta relación con las páginas de *Gog*: «Le puse ese título, elegido exclusivamente por mí, porque las hojas del nuevo diario corresponden casi todas a una de las edades más negras de la historia humana, o sea a los años de la última guerra y del período posbético».

El genio inagotable del gran escritor italiano Giovanni Papini, que con su sola presencia llena casi medio siglo de la literatura europea, nos ofrece, con *El libro negro*, una muestra insuperable de su prodigioso talento, que sabe armonizar la más desenfrenada sátira con un lirismo conmovedor; el humor más hiriente con el diagnóstico exacto de los males de nuestra época.

Giovanni Papini

El libro negro

ePub r1.0

Titivillus 27.03.2015

Título original: *Il libro nero*

Giovanni Papini, 1951

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

ADVERTENCIA

Hace un año me llegó para antes de Navidad una carta firmada por Gog. Procedía de un puerto de Escocia y decía así:

Querido amigo:

El que le escribe no es un fantasma, sino aquel extraño nómada enfermo de los nervios, siempre enfermo y siempre nómada, a quien conoció usted hace ya veinte años en una casa de salud escondida entre los árboles.

Hace muchos años leí en la edición norteamericana la selección que usted hiciera de las cartas por mí remitidas. Juzgo que la selección fue bastante buena, y he de confesar que en esas viejas páginas volví a hallar gustosamente una lejana imagen de mí mismo, así como también el recuerdo vivo de algunos seres humanos a los que conociera en tiempos pasados. Su libro hizo que me dedicara otra vez a escribir el diario, labor abandonada por las recaídas en mi malestar habitual.

Continué recorriendo la tierra sin meta ni objetivo, tal como antes lo hacía, tomado nota, sin mayor orden, de lo que veía y oía en mis caprichosas y desvariadas peregrinaciones. Le ruego me haga saber si le agradaría leer esta segunda parte de mi diario. También de ella podrá hacer el uso que le agrade, traduciendo y publicando lo que juzgue mejor. Escriba o telegrafíe a la dirección abajo indicada.

Sinceramente, de Ud. Atto. y S. S.

Gog

Telegrafié en seguida al New Parthenon, la casa de campo del excéntrico multimillonario, haciéndole saber que me agradaría muchísimo recibir y leer lo que tan cortésmente me brindaba. No obtuve respuesta ninguna, pero al cabo de tres meses y desde un puerto de Méjico, me llegó un voluminoso paquete lleno de hojas escritas a máquina. Lo leí todo con suma atención y curiosidad y, al igual que la vez primera, hice una especie de antología de aquel original y abundante diario.

Esa selección es la que ofrezco ahora a los innumerables lectores de Gog esparcidos en todos los Países del mundo, y la titulo: *El libro negro*.

II

Le puse ese título, elegido exclusivamente por mí, porque las hojas del nuevo diario corresponden casi todas a una de las edades más negras de la historia humana, o sea, a los años de la última guerra y del período postbélico. Haré notar que prescindí de algunos fragmentos que me parecieron demasiado escandalosos y dolorosos. Hay en la naturaleza de míster Gog, junto a una morbosa avidez intelectual, un no sé qué de sádico, y de ésta su crueldad, aunque más no sea teórica y platónica, quedan trazas incluso en las páginas por mí traducidas.

Procediendo igual que en el pasado, Gog se ha acercado a los hombres más célebres y representativos de nuestro tiempo y las conversaciones mantenidas son casi siempre sorprendentes y reveladoras. En este volumen podrán conocer los lectores, por ejemplo, el pensamiento de Mólotov y de Hitler, de Vóronov y de Ernest O. Lawrence, de Pablo Picasso y de Salvador Dalí, de Marconi y de Valéry, de Aldous Huxley y de Lin Yutang.

La mayor novedad de esta segunda parte del diario es, si no me equivoco, el descubrimiento de muchas obras de escritores famosos, hasta ahora desconocidas. Gog ha tenido siempre el placer, más aún, la manía de colecciónar. Nos dice que compró en Inglaterra una colección de autógrafos de Lord Everett, colección que sólo contenía trozos y esbozos de obras inéditas, y por su parte, el mismo Gog se ha esforzado por enriquecer esa preciosa colección con otras adquisiciones. Así, pues, los lectores hallarán aquí, por vez primera, noticias referentes a obras, ignoradas por completo hasta el presente, de Cervantes y de Goethe, de William Blake y de Robert Browning, de Stendhal y de Víctor Hugo, de Kierkegaard y de Miguel de Unamuno, de Leopardi y de Walt Whitman. Estas solas e inauditas revelaciones bastarían para que *El libro negro* fuera uno de los acontecimientos literarios más singulares de estos tiempos.

Además, e igual que en tiempos pasados, Gog ha encontrado en su camino seres humanos paradójicos y lunáticos, preconizadores de nuevas ciencias y nuevas teorías, a cerebrales maniáticos y locos sueltos, a cínicos delincuentes y visionarios. En su conjunto esos seres ofrecen un retrato fantástico y pavoroso, satírico y caricaturesco, pero más que nada, me parece, un retrato sintomático y

profético de una época enferma y desesperada más que nunca. Esto que parece diversión, para los espíritus más vigilantes puede ser un saludable adoctrinamiento.

Esta selección hecha en la nueva cosecha de las experiencias de Gog, me parece mucho más sabrosa e importante que la realizada veinte años ha. Me agradaría que esta misma opinión fuera compartida, una vez llegados a la última página, por todos los lectores de *El libro negro*.

Giovanni Papini

Florencia, 5 de noviembre de 1951

Conversación 1

VISITA A ERNEST O. LAWRENCE

(*O ACERCA DE LA BOMBA ATÓMICA*)

Los Angeles, 2 de diciembre.

Han pasado ya bastantes meses desde la explosión de la bomba atómica en Hiroshima, y acabo de conversar con el ilustre físico al que se debe principalmente esa terrorífica invención.

No es nada fácil acercarse al Profesor Ernest Lawrence, porque los sabios atómicos, como los más famosos gángsters, son celosamente custodiados. Pero tenía un grandísimo deseo de conversar con el inventor del ciclotrón, con el descubridor, junto con Oppenheimer, del nuevo método que logró la escisión de los átomos y que permitió la fabricación de la flamígera bomba.

Después de varios intentos fracasados logré conversar con Lawrence. Más que nada, anhelaba conocer o adivinar si se había planteado el problema de la responsabilidad moral que implica el espantoso invento en el que participó con otras pocas personas. No perdí mi tiempo pidiéndole dilucidaciones científicas que él se habría negado a hacer y que por mi parte no hubiera sido capaz de comprender. En cambio, y con franqueza brutal, le pregunté:

—¿Qué experimenta usted, mister Lawrence, ante el pensamiento de los estragos debidos a su descubrimiento, y de los otros, quizás más vastos, que sobrevendrán en el futuro?

El mortífero profesor no se alteró lo más mínimo, me respondió con una calma angelical:

—Quiero suponer, mister Gog, que usted sabe, por lo menos de un modo general, qué es la ciencia y cómo ha sido siempre, al menos desde Tales en adelante, la pasión de los sabios. Éstos no se preocupan en lo más mínimo de las posibles consecuencias prácticas, sean útiles o nocivas, de sus investigaciones y de sus teorías. Tan sólo se proponen elaborar hipótesis y módulos capaces de dar una representación aproximada y una interpretación plausible del universo y de sus leyes. Los fundadores de la nueva Física nuclear: Rutherford, Niels Bohr y demás, no pensaban ni preveían que sus descubrimientos darían a los hombres, más adelante, la capacidad de fabricar una bomba capaz de aniquilar en pocos segundos a millares y millares de vidas. Tan sólo querían penetrar los secretos del átomo, de esa última parte de la materia que por espacio de tantos siglos había parecido ser indivisible, mostrándose refractaria a cualquier análisis. Resumiendo: querían conocer y no destruir. Yo mismo, con el ciclotrón, me proponía simplemente acelerar los movimientos de esas partes electrificadas, y esto para una finalidad exclusivamente experimental. Luego vinieron los militares, los políticos, quienes quisieron servirse de nuestros descubrimientos para uno de los objetivos máximos de las competencias mundiales: la abolición rápida y en masa de las vidas humanas.

»Ésta es la eterna tragedia del hombre: no puede menos que indagar, explorar, conocer, y casi siempre sus descubrimientos hacen sobrevenir catástrofes y muerte. La física nuclear es el acto más trágico de esta tragedia: por haber querido revelar los secretos del átomo el hombre tiene ahora en sus manos el medio para destruirse a sí mismo, para destruir la vida en todas sus formas, quizá para destruir al mismo planeta.

—Comprendo perfectamente —le respondí— pero a pesar de todo ello, ¿no experimentan alguna vez el escalofrío del remordimiento? ¿No estaría mejor renunciar al deseo del conocimiento a fin de ahorrar las vidas de los seres humanos?

—Le haré observar —replicó el profesor Lawrence con su voz tranquila— que la hecatombe de vidas humanas no debida a las enfermedades y a la vejez, es mucho mayor, en años de paz, que la debida a la bomba atómica. Ésta se cobra muchas víctimas en un minuto, mientras que las otras causas hacen muchísimo más, pero diseminadas y esparcidas tanto en el espacio como en el tiempo. Hagamos algunos números. Sume a todos los que mueren asesinados por sus semejantes con armas o con venenos, a los que se matan con sus propias manos, a los que son deshechos por los automóviles, a las víctimas de choques y siniestros ferroviarios, a los que arden en los aeroplanos incendiados, a los que se ahogan en

los ríos o en los naufragios marítimos, a los obreros que son triturados por las máquinas, a los mineros que se asfixian sepultados en las minas, a los que son ahorcados o fusilados por sus delitos, a los que son alcanzados por los tiros de la policía en los movimientos o motines y a los que son barridos por las ametralladoras, a los que mueren carbonizados en los incendios y explosiones, a los que fallecen de golpe en los certámenes de boxeo o en las carreras de automóviles, a los fulminados por la corriente eléctrica y a los alcanzados por los tóxicos en los experimentos científicos. Y tenga en cuenta que dejo a un lado a las víctimas de los terremotos, de las erupciones volcánicas, de los rayos, de los deslizamientos de tierra y de los aludes. Cuente tan sólo los seres humanos que mueren por causas estrictamente humanas, y verá que cada año y en todo el mundo alcanzan a varios millones, que son muchísimos más que los muertos por la condenada bomba atómica. Pero, como esos pobres cadáveres se hallan diseminados en todos los países, y son segados por muerte no natural y violenta en distintos días y meses, entonces, únicamente los estudiosos de la estadística llegan a tener conocimiento de los pavorosos totales; por eso es que el hombre común se commueve y excita ante el episodio de Hiroshima, y no piensa en esas otras calamidades, mucho mayores, que acontecen todos los días y en toda la superficie de la tierra. La compasión no alcanza a ser homeopática, sino que es suscitada únicamente por el exterminio simultáneo y en masa.

»Y, sin embargo, también en las innumerables atroces muertes de cada día hay siempre responsables: fabricantes, técnicos, conductores, criminales, perezosos, descuidados, ignorantes, etc. Por lo tanto, ¿por qué únicamente yo habría de sentir remordimiento, yo que trabajé antes que nada para acrecentar los conocimientos del universo que posee el hombre, yo, que únicamente por obligaciones de ciudadano colaboré en la construcción de un arma que debía vindicar y proteger a mi patria?

La conversación ya había durado demasiado tiempo, y el profesor Lawrence me despidió con breves palabras.

Conversación 2

UNA FIESTA PAVOROSA

Miami, 3 de mayo.

Mi exsocio Samuel Puppenheim, que continuó en los negocios hasta hace poco tiempo, me invitó a una fiesta por él ideada para inaugurar su grandiosa y suntuosa villa de Florida. Cené con él y con su esposa; me causó la impresión de que estaba gozosamente nervioso. Me dijo repetidas veces:

—Verás algo que jamás se ha visto; abre bien los ojos y aguza bien los oídos a fin de no perder nada de este espectáculo único.

Comenzaron a llegar los invitados; eran pocos, pero hombres que, sumados en conjunto, representaban varios miles de millones de dólares.

Samuel nos condujo al teatro de la villa: un vastísimo anfiteatro con gradas de mármol y almohadones de terciopelo, rodeado enteramente por espesas hileras de coníferas oscuras. La fiesta comenzaría con un *ballet* que tenía este curioso nombre: Tríada, terceto, terno.

Sobre un palco situado en medio del anfiteatro, y que de golpe fue inundado con rayos de luz solar, aparecieron tres figuras multicolores, inmóviles, enigmáticas.

La primera tenía el rostro dorado, la cabellera verde y una mórbida capa de color tórtola. El rostro de la segunda era de color plateado, la cabellera azul y la capa verde cobre. La tercera tenía un rostro blanquísimo, como yeso, el cabello de color rojo fuego y la capa con los colores del pavo real. No se les veían ni los brazos ni los pies, porque las tres figuras estaban envueltas en amplias túnicas que llegaban hasta el suelo. Ni siquiera se podía saber si eran hombres o mujeres aquellos espectros coloreados agigantados por la cálida luz de los proyectores.

Se oyeron los primeros compases de una música tejida con disonancias

quejasas, y las tres comenzaron a moverse, a inclinarse, a girar sobre sí mismas, a perseguirse y agruparse; ya se ubicaban triangularmente, ya retrocediendo con lentitud, el busto echado hacia atrás. Se oyó un fragoroso golpe seco, causado por un instrumento irreconocible pero diabólico, y los tres espectros cayeron juntamente, extendidos, supinos, y así permanecieron inmóviles, como cadáveres, hasta que se apagaron las luces.

Al cabo de breves momentos el anfiteatro fue bañado por una claridad cándida, como producida por muchas lunas. Se vio entonces una red de delgados hilos de acero, red que se sostenía entre negros y elevados pilares. Cada uno de esos hilos se parecía a los que se tienden en los circos para las proezas de los equilibristas, pero eran muchos y estaban dispuestos en direcciones varias, formando diagonales y multitud de ángulos.

Junto a mí estaba Samuel, quien me susurró al oído:

—Ahora verás y oirás recitar el último acto de Lucifer, de Vondel, por actores funambulescos. Sabes que en esa famosa tragedia del máximo poeta holandés, todos los personajes son ángeles y, por lo tanto, está bien que la representación se desarrolle allá arriba, por encima de la tierra.

En efecto, en aquel instante aparecieron algunos jóvenes con aspecto de ángeles. Tenían en las espaldas grandes alas, sus rostros eran luminosos; se movían sobre aquella tenue red de acero, suspendidos sobre el vacío y a gran altura, y comenzaron a declamar los apretados y elocuentes versos de Vondel. Pronto reconocí a Lucifer, más alto que los otros, provisto de inmensas alas de terciopelo negro; escuchaba impertérrito, erguido hacia lo alto, los reproches y menoscobios de Rafael y Miguel. Los ángeles rebeldes podían ser reconocidos porque llevaban máscaras de líneas faciales más crueles y se movían furiosamente de un lado para otro, caminando sobre los hilos del fondo, como condenados prestos para precipitarse en los abismos.

Escuché con paciencia los poéticos apóstrofes del gran Vondel, mas, para ser sincero, diré que no hallaba en ello una gran diversión. La única emoción era causada por la temblorosa espera, como suele acontecer en las exhibiciones acrobáticas, ante la posibilidad de ver que alguno de aquellos audaces actores cayera cabeza abajo y se hiciera pedazos en el suelo.

Concluyó el acto y se apagaron las luces. Siguió luego una larga pausa de silencio y oscuridad y finalmente se vio una gran luz rojiza, de incendio, que

parecía llover sobre el palco situado en el centro del anfiteatro, y de repente se vio la orquesta más extravagante que fantasía humana pueda imaginar. El vasto palco estaba completamente ocupado por una pequeña multitud de desechos humanos, de miserables fantasmas de la decadencia y la miseria. Pude descubrir a viejos jorobados vestidos con harapos, a mutilados y enfermos cubiertos con deshilachados gabanes negros, a mujeres viejas y deformes con desesperados rostros de epilépticas e histéricas, brujas con las greñas enredadas y la mirada feroz, enanos deformes haciendo contorsiones de payasos, viejos ciegos que alzaban al cielo sus pupilas muertas. Cada uno de aquellos despojos humanos llevaba un instrumento musical, uno de esos viejos y seculares instrumentos que ahora se ven solamente en los grabados de Callot o en los caprichos de Goya; violas panzonas, flautas más largas que un telescopio, trompas enormes arrancadas de quién sabe qué orquesta infernal, tambores altos y estrechos como columnas quebradas, arpas africanas, guitarras sesquipedales, atabales y putipú napolitanos, castañuelas de marfil y salvajes tam-tam de bronce.

Apareció el director, semejante a un esqueleto, vestido con atuendo de noche, y en vez de la batuta común alzó en el aire un grueso palo de billar. A ese movimiento, todos aquellos harapos y revueltos músicos comenzaron a tocar, cada uno por su lado, y el anfiteatro se llenó de silbidos, de sollozos, estruendos, estertores, acordes estridentes, de frases musicales rabiosas y lacerantes que hacían pensar en un concierto demoniaco. Miré lleno de espanto aquellos rostros transfigurados y desesperados, algunos pálidos como los de los agonizantes, otros húmedos y colorados como de dementes delirantes. Y cuanto más tocaban más se sacudían y agitaban; los mutilados golpeaban sobre la tarima con sus muletas o pies de madera, los jorobados enarcaban la cerviz como gatos enormes dispuestos a combatir, las mujeres parecían sacudidas por crisis convulsivas.

Y en un momento dado no se contentaron con tocar sus desarmónicos instrumentos, sino que comenzaron a cantar, a gritar, a aullar, a silbar, a ulular, como pretendiendo transformar aquella satánica sinfonía en la exasperación de un crescendo frenético y demoniaco.

Algunas de las mujeres rodaban por tierra, los lisiados pretendían danzar en medio de aquel conglomerado de carne repugnante, el esquelético director, siguiendo un ritmo imaginario, golpeaba las cabezas calvas y tiñasas de los músicos más próximos a sí.

Como Dios quiso, concluyó aquella bacanal sonora de endemoniados contrahechos; se apagaron las luces y callaron las voces. No podía más con el

disgusto y el horror que sentía. Me levanté para huir, mi amigo Samuel se dio cuenta y me preguntó:

—¿No te gustó mi fiesta?, ¿no ha sido quizás el espectáculo más original que se haya realizado en este país?

Le respondí que la fiesta había sido magnífica y sorprendente, pero que sentía necesidad de descansar. Corré a mi automóvil y a gran velocidad regresé a mi hotel. El ruido del mar me pareció una melodía dulcísima.

Conversación 3

EL TRIBUNAL ELECTRÓNICO

Pittsburg, 6 de octubre.

La construcción de máquinas pensantes ha progresado muchísimo durante los últimos años, especialmente en nuestro país, que ostenta ahora el primado de la técnica así como Italia tuvo en sus tiempos el primado del arte, Francia el de la elegancia, Inglaterra el del comercio y Alemania el de las ciencias militares.

En estos días se realizan en Pittsburg los primeros experimentos para utilizar máquinas en la administración de la justicia. Después de haberse construido cerebros electrónicos matemáticos, dialécticos, estadísticos y sociológicos, ya se ha fabricado en esta ciudad, fruto de dos años de trabajo, el primer aparato mecánico que juzga.

Tal aparato gigante, con un frente de siete metros, se alza en la pared de fondo del aula mayor del tribunal. Los jueces, abogados y oficiales de justicia no ocupan sus lugares habituales, sino que se sientan como simples espectadores entre las primeras filas del público. La máquina no tiene necesidad de ellos, es más segura, precisa e infalible que sus reducidos cerebros humanos. Como único ayudante el enorme cerebro tiene a un joven mecánico que conoce los secretos de las innumerables células fotoeléctricas y de las quinientas teclas de interrogación y comando. El único recuerdo del pasado que se ve en la máquina es una balanza de bronce que corona platónicamente al metálico cerebro jurídico.

La primera audiencia del novísimo tribunal comenzó hoy por la mañana, a las nueve horas. El primer imputado fue un joven obrero de la industria siderúrgica, acusado de haber asesinado a una jovencita que se le resistía. El acusado narró a su modo el hecho, y otro tanto hicieron los testigos. Luego, el técnico oprimió un botón para preguntar a la máquina cuáles eran los artículos del código que debían aplicarse en el caso. En un cuadrante iluminado aparecieron inmediatamente los números pedidos. El mismo cerebro, debidamente manejado por su secretario humano, concedió las atenuantes genéricas, y pocos segundos

después, en otro cuadrante, apareció la sentencia: veintitrés años de trabajos forzados para el joven asesino. Un distribuidor automático vomitó un cartoncito en el que estaba repetida la sentencia, el inspector de policía recogió este cartoncito y condujo fuera al condenado.

Apareció luego una mujer, quien de acuerdo con la acusación había falsificado la firma de su patrón para apoderarse de algún millar de dólares. Este segundo proceso se despachó aún con más facilidad y rapidez: se encendieron algunos ojos amarillos y verdes en la frente del cerebro jurisconsulto, y al cabo de un minuto y medio apareció la sentencia: dos años y medio de cárcel.

El tercer proceso fue más importante y duró algo más. Se trataba de un espía reincidente, que vendió a una potencia extranjera documentos secretos referentes a la seguridad de nuestro país. El interrogatorio, hecho por la máquina mediante señales acústicas y luminosas, duró por espacio de varios minutos. El acusado solicitó ser defendido, y el cerebro mecánico, después de reconocer el buen derecho de la demanda, mediante un disco parlante enumeró las razones que podían alegarse para atenuar la vergonzosa culpa. Se siguió una breve pausa y en seguida otro disco respondió punto por punto, en forma concisa y casi geométrica, a aquellas tentativas de disculpa.

El asistente consultó a diversas secciones de la máquina, y las respuestas, expresadas inmediata y ordenadamente mediante signos brillantes, fueron desfavorables al acusado. Finalmente, después de algunos segundos de silencio opresivo, se iluminó el cuadrante más elevado de toda la máquina: apareció, primeramente, el lúgubre diseño de una calavera, y luego, un poco más abajo, las dos terribles palabras: «silla eléctrica».

El condenado, un hombre de edad mediana, muy serio, de aspecto profesoral, al ver aquello profirió una blasfemia, y luego cayó hacia atrás contorsionándose como un epiléptico. Aquella blasfemia fue la única palabra genuinamente humana que se oyó en todo el proceso. El traidor fue tendido en una camilla de mano y gimiendo desapareció de la sala silenciosa.

No tuve voluntad ni fuerza para asistir a otros cuatro procesos que debían ventilarse aquella misma mañana. No me sentía bien, una sensación de náuseas amenazaba hacerme vomitar. ¿Era aquello el efecto de algún manjar indigesto tomado en el desayuno, o tal vez consecuencia del siniestro espectáculo que implicaba aquel nuevo tribunal?

Regresé al hotel y me tendí en la cama pensando en lo que había visto. He sido siempre favorecedor de los prodigiosos inventos humanos debidos a la ciencia moderna, pero aquella horrible aplicación de la cibernetica me confundió y perturbó profundamente. Ver a aquellas criaturas humanas, quizá más infelices que culpables, juzgadas y condenadas por una lúcida y gélida máquina, era cosa que suscitaba en mí una protesta sorda, tal vez primitiva e instintiva, pero a la que no lograba acallar. Las máquinas inventadas y fabricadas por el ingenio de los hombres habían logrado quitar la libertad y la vida a sus progenitores. Un complejo conjunto mecánico, animado únicamente por la corriente eléctrica, pretendía ahora resolver, en virtud de cifras, los misteriosos problemas de las almas humanas. La máquina se convertía en juez del ser viviente; la materia sentenciaba en las cosas del espíritu... Era algo demasiado espantoso, incluso para un hombre entusiasta por el progreso, como yo me jacto de serlo.

Necesité una dosis de *whisky* y algunas horas de sueño para recuperar un poco mi serenidad. El tribunal electrónico tiene, sin duda, un mérito: el de ser más rápido que cualquier tribunal constituido por jueces de carne humana.

Conversación 4

EL POEMA DEL HOMBRE

(DE WALT WHITMAN)

Cambridge (Mass.), 3 de febrero.

Me llegué hasta esta Universidad para consultar a un célebre estudiioso del poeta Walt Whitman. Entre los manuscritos inéditos que hay en mi colección figura el primer esbozo de un desconocido poema del famoso autor de *Hojas de hierba*.

El sinfónico vate de Manhattan, hoy en día algo relegado a la sombra, pero que según mi juicio continúa siendo la voz más potente e inspirada de la América del Norte, como él mismo lo decía, era «el poeta de lo universal». Y un día pensó en traducir en un grandioso canto la historia universal de los hombres, la dolorosa, ardua, vergonzosa y gloriosa aventura del género humano, desde los moradores de las cavernas a los redentores de continentes: «Poseemos —escribe Walt Whitman en una anotación— el poema de Aquiles y de Ulises, de Eneas y de César, de Tristán y de Orlando, de Sigfrido y del Cid, pero hasta ahora ninguno ha cantado el poema del Hombre, del hombre en todas las tierras y de todas las épocas, del que venció en milenios de gestas, a sus grandes guerras, desde la guerra contra la naturaleza hasta la guerra contra sí mismo. Cantaré la epopeya que no es de un solo héroe ni de un solo pueblo, sino la de todas las naciones y de todos los hombres. Quiero ser el primero en cantar el canto de los hijos de Adán, quiero ser el Homero de la especie humana toda».

«Los historiadores —escribe Walt Whitman en otra anotación— incluso los más grandes historiadores, narran los acontecimientos de los seres humanos, así como un buen periodista describe los delitos perpetrados en la noche y las

ceremonias realizadas durante el día. Son escritores diligentes, tranquilos, plácidos, fríos; no olvidan ni un nombre ni un episodio, pero olvidan lo que es más importante: las profundas pasiones y las terribles locuras de los príncipes y de la plebe, aquellas locuras que son el drama y la unidad de las historias particulares y separadas. La historia universal no es una colección de crónicas y de panoramas, es una tragedia humana y divina que se desarrolla en millares de actos, una tragedia tumultuosa y sublime con sus protagonistas y sus antagonistas, con sus apoteosis y sus catástrofes; un gigantesco poema épico en períodos de llanto y de tripudio que ha tenido un prólogo, pero todavía no ha alcanzado su epílogo».

Este manuscrito propiedad mía tiene por título *El Poema del Hombre*, y juzgando por el rápido sumario que tengo ante mis ojos, hubiera sido la obra más amplia y ambiciosa de Walt Whitman.

En su *Prólogo en el Cielo*, que tan sólo por el título recuerda al *Fausto* de Goethe, el poeta habría querido cantar el nacimiento y la juventud de la tierra desde que se separó del sol, astillas separadas de fuego rutilante y errante, hasta que a través de transmutaciones y revoluciones se cubrió con vapores y barro, con océanos ilimitados e islas inmensas. Aquel llameante fragmento de la estrella madre llegó a ser, como lo vemos hoy en día, la habitación y el reino del hombre.

La verdadera historia del planeta comienza con la aparición del hombre. Los primeros seres humanos viven en cavernas como los animales, se cubren con pieles de animales, se alimentan con carne de animales, se muerden y despedazan entre sí como animales, se unen libremente como animales, pero poco a poco se elevan del medio animal, se iluminan con la inteligencia, transforman la piedra en arma, el arma en arnés, la caverna en casa y en templo, convierten el abrazo ciego en amor, el brujo se hace sacerdote, el sacerdote se convierte en monarca, los cazadores se transforman en pastores, éstos en agricultores, las primitivas hordas salvajes se reducen a tribus ordenadas, las tribus llegan a ser los pueblos y naciones.

El hombre llega a ser dueño del fuego, del buey, inventa la rueda y el arado, aprende a sembrar, a pintar, ennoblecen los gritos guturales convirtiéndolos en lenguaje articulado; los símbolos diseñados llegan a ser escritura inteligible.

Pero el hombre debe combatir, combatir siempre, combatir eternamente. Su guerra primera se libra contra el hambre, contra las bestias, contra la naturaleza misteriosa y amenazadora, contra las tribus rivales, contra los que abusan del poder para aprovecharse de él y oprimirlo. El hombre siempre será guerrero,

combatiente, héroe: deberá combatir contra los hielos y las heladas, contra las marismas y las corrientes, contra la oscuridad y el terror nocturnos, contra la selva venenosa y la furia de los mares; finalmente combatirá contra sus reyes e incluso contra sus dioses.

Los hombres trazan con caminos los desiertos y las selvas, vencen y pasan las montañas, se enseñorean del viento y con los remos golpean las olas para navegar velozmente sobre los ríos y los mares, alzan pilas de material y columnas de mármol, construyen las casas de Dios y las moradas de los monarcas, modelan en piedra las imágenes de los muertos y de los númenes, construyen las metrópolis. Pero, la guerra entre el hombre y el mundo, entre el hombre y el hombre, jamás se interrumpe, nunca cesa. Las ciudades coligadas o conquistadas se dilatan transformándose en reinos e imperios, los imperios luchan entre sí para lograr el dominio sobre las ciudades, y los reinos crecen, florecen, triunfan, decaen, se derrumban. Se levantan otros imperios que a su vez se pudren y se arruinan.

El Occidente se encrespa con el Oriente, éste se lanza contra el primero, Asia contra Europa, Europa contra África, continente contra continente, raza contra raza, religiones contra religiones. Las migraciones de los nómadas provocan nuevas guerras, las invasiones de los bárbaros obligan a nuevas luchas, los pueblos vírgenes e incultos que se asoman por vez primera al teatro de la historia se abren camino mediante guerras. Menfis y Tebas quedan destruidas, Babilonia y Persépolis son incendiadas, Atenas y Roma se ven asediadas y saqueadas; desde el Norte y el Este acuden ríos humanos de caballeros velludos, hambrientos de trigo, de lujo y de sol, salvan los confines, cruzan los mares, someten y despojan a los antiguos señores ahora reblandecidos. Mientras tanto, los emperadores hacen asesinar y son asesinados, los nuevos reyes ordenan carnicerías y a su turno concluyen siendo sacrificados.

Y a pesar de todo, a pesar de esa sangre y ese odio, de esa ferocidad y esas traiciones, los hombres sobreviven y se renuevan. Se levantan nuevas metrópolis en el lugar de las que cayeron o fueron destruidas, se hallan y reaparecen las obras maestras que yacían sepultadas, los poetas cantan las gestas de los dioses victoriosos y de los héroes vencidos, los filósofos procuran hallar la esencia del mundo y la del alma paseando a lo largo de las orillas del Iliso o en los pórticos de Atenas, coros de vírgenes y de ancianos cantan en teatros abiertos, bajo el cielo mediterráneo, lamentando la inexorabilidad del Hado, se alzan anfiteatros, curias y basílicas semejantes a moradas para cíclopes. Sobre los milagros esparcidos acá y allá se levanta ya el canto armonioso de los rapsodas, ya el resonar de las trompetas, ya el alarido de empenachados depredadores.

Pero... un día, en el establo oscuro de un escondido pueblecillo, en medio de un pueblo despreciado y esclavizado, nace un nuevo Dios que con su sangre rescata al mundo, que con su palabra renueva al mundo, que con su muerte abre el horizonte hacia una nueva vida.

Desgraciadamente, el manuscrito de Walt Whitman se detiene aquí, sin tener en cuenta que mi descarnado resumen le ha hecho perder lo mejor de su luminosidad. Quedan todavía algunos otros fragmentos, pero tan desligados y tan lacónicos que no es posible reconstruir el conjunto del poema que habría sido la obra maestra de un titán, y tal cual lo tengo es tan sólo la sombra de un sueño demasiado grande.

¿Habrá alguna vez en la tierra un poeta tan inspirado y heroico, capaz de retomar y llevar a término la «sinfonía inconclusa» de Walt Whitman?

Conversación 5

VISITA A WRIGHT

(*O ACERCA DE LA ARQUITECTURA DEL FUTURO*)

Taliesin (Wisconsin), 15 de noviembre.

Vine a esta áspera y fría región sólo para conocer personalmente al viejo arquitecto Frank Lloyd Wright. Los yanquis, compatriotas suyos y míos, lo admirán poco y lo quieren todavía menos, quizá porque tiene el valor, inconcebible en esta nación, de declararse enemigo de las grandes metrópolis y de los rascacielos. Y es precisamente a esa clase de hombres, de los que combaten a la imbecilidad universal, a los que yo procuro conocer, de modo que he realizado un largo e incómodo viaje para encontrar a Wright.

Apenas supo que lo buscaba me invitó a tomar el té en su escuela. Estaba solo. Es un anciano alto, andará por los ochenta años, de aspecto sano, hombre resuelto, muy serio, de ojos vivaces en los que brilla un malicioso orgullo. Me habló así:

Ya que procura verme sabrá sin duda, por lo menos aproximadamente, cuáles son las ideas básicas de mi revolución arquitectónica. Todo lo que los arquitectos han hecho hasta hoy, con muy pocas excepciones en el Medievo y en el Japón, ha sido un ridículo error. Es preciso renunciar y suprimir todo lo que se superpone a la naturaleza, lo que es fruto de la vanidad y de la estupidez del hombre: las fachadas, las moles, las simetrías, el gusto, el fasto, la ornamentación, la grandiosidad, la ostentación, la acumulación, el edificio que tiene por objeto causar un estupor estético, la ciudad destinada a la convivencia sofocante y gregaria. Todo lo que deforma, enmascara y sobrepasa a la naturaleza, es un delito. Si usted acepta el parangón, yo vengo a ser el Rousseau de la arquitectura.

Mis edificios se insertan hábil y amablemente en el ambiente natural y agreste, inspirándose en las creaciones naturales; he hecho una casa que se parece a un bosque, otra que imita a un pájaro con las alas desplegadas.

Pero ahora quiero adelantarme aún más, como solía cantar mi viejo amigo Walt Whitman. La arquitectura, incluso tal cual yo la entiendo, no es más que un aditamento a la naturaleza, una violación impertinente y parasitaria del paisaje. El género humano debe cesar ya de obstaculizar y de afear los santos y libres campos con sus desmañadas construcciones de piedra, de hierro y de cemento. Y tenga presente que en esta condenación no exceptúo ni siquiera a mis construcciones del pasado. De ahora en adelante es preciso buscar las habitaciones del hombre en la naturaleza misma, donde existen desde antes, prontas y hospitalarias: bastarán unos pocos retoques y algunas adaptaciones. Una cueva montañesa alisada y ampliada, un antro acomodado con oportunos trabajos, una bella caverna provista de las comodidades indispensables, una grieta razonablemente ajustada, el cráter de un volcán apagado bien dispuesto con divisiones de lava, una gruta espaciosa repartida sabiamente con muros secos, de roca, el cálido hueco del tronco de un árbol gigante y secular; he ahí las moradas de hace cien siglos, he ahí las moradas del futuro. Hasta ahora admiré a los medievales y a los japoneses, hoy en día ya los rechazo y solamente admiro a los divinos primitivos, a los geniales paleolíticos y neolíticos. Los rascacielos son un insulto lanzado a la naturaleza, o sea a Dios; las cavidades naturales, insertadas de tal modo en la naturaleza que formen parte natural de la misma, son las únicas habitaciones perfectas, porque significan nuestra renuncia total a la jactancia humana que quiere levantar moles de murallas, enfáticas y superfluas, sobre la sagrada virginidad de los prados, de los bosques y de las montañas.

Y es usted la primera persona a la que revelo el último y definitivo progreso de mi revolución arquitectónica. La verdadera arquitectura, la arquitectura del futuro, de acuerdo a mi juicio, consiste en la supresión de toda forma de arquitectura. Mi revolución debía desembocar, lógicamente, en la destrucción de la arquitectura. A partir de ahora el arquitecto no será más que el descubridor y ajustador de las grutas y las cavernas. La vieja arquitectura ha muerto... ¡viva la arquitectura eterna!

Apenas cesó de hablar, el viejo Frank Lloyd Wright comenzó a reír calladamente; era una risilla sarcástica que hacía ver una especie de doble teclado en el que había teclas de marfil antiguo y de oro nuevo. Luego me sirvió una segunda taza de té y me ofreció un bizcocho duro. Pero no quiso decir una palabra más sobre sus teorías. Finalmente, sus ojos me dijeron con toda claridad que

deseaba estar solo.

Conversación 6

LA BIBLIOTECA DE ACERO

Boston, 20 de diciembre.

Una carta de recomendación firmada por mi viejo amigo Gabriel Pascal, me obligó a recibir y escuchar a mister Harry Golding, profesor de papirología en no sé cuál universidad en los Estados del Sur. Ese profesor es un hombrecillo bajo, más amarillo que un mongol, tiene cabellera apretada, larga y blanca, que hace pensar en una peluca. Me dijo claramente que se dirigía a mí después de haber sufrido rechazos de parte de muchas instituciones y gobiernos.

—Usted sabe bien cuál será la horrenda suerte reservada a todos los países del mundo, sin exceptuar al nuestro, en el caso desgraciadamente no imaginario de una tercera Guerra Mundial. Hoy en día los hombres disponen de medios tan espantosos, que ninguna ciudad, pequeña o grande, podrá salvarse de la destrucción. Las bibliotecas privadas y públicas, receptáculos de material precioso e inflamable, desaparecerán una después de otra, y si la guerra se prolonga largamente se verán convertidos en nubes de polvillo negro los testimonios de tres milenios de civilización, de pensamiento y de poesía. Del genio creador que existiera en el decurso de treinta siglos no quedarán más que lacerados fragmentos o nombres huecos, y tal vez ni siquiera eso quedará.

»Es preciso proveer desde ahora, desde hoy, si es que el Apocalipsis tiene una prórroga, para poner a salvo por lo menos los frutos más famosos del ingenio humano, de modo que los bárbaros futuros, cuando comiencen otra vez la obra de recivilización subsiguientemente al cataclismo, puedan hallar esos frutos y nutrirse de los mismos. No es suficiente sepultar las bibliotecas, porque el papel es materia muy perecedera y delicada: está demasiado sujeto a muchas clases de destrucción.

»Por todo ello he pensado en proponer una biblioteca en que las obras esenciales de la humanidad estén grabadas en una materia dura y duradera, o sea, en acero. Algunos libros serán grabados íntegramente; otros, menos importantes, en una selección o florilegio. Todos serán bilingües, o sea que irán acompañados de

traducciones fieles. Las obras griegas con su versión latina, las latinas con su traducción italiana, las italianas con la francesa, las francesas con la inglesa, las inglesas con la alemana, y así sucesivamente. Toda obra, grabada profundamente en sólidas láminas de acero, con informaciones precisas acerca del autor y de la época, será amurallada, ordenada en vastos subterráneos acorazados y blindados, construidos en una región desértica, alejada de las ciudades. Gruesas pilastras de acero inoxidable e indestructible señalarán el lugar elegido, sirviendo de guías a los investigadores que sobrevivan al cataclismo.

»Un comité internacional elegirá las obras dignas de ser conservadas en la Biblioteca de Acero. Por razones evidentes de espacio y de gastos no podrán ser más que unas pocas docenas. Por mi parte ya he hecho mentalmente un catálogo provisional, y si no le es molesto le haré conocer algunos de los títulos».

Interrumpí al profesor Harry Golding para decirle que no me molestaba, pero que, en lo referente a la elección de los libros, confiaba por completo en su juicio, y añadí:

—Soy un pobre ignorante, y mi opinión sobre ese tema, en caso de tener la osadía de elaborar una opinión, no tendría utilidad ninguna.

—¡De ninguna manera! —exclamó el ictérico hombrecillo—. Usted está llamado a cargar con los gastos de esta biblioteca y tiene el derecho de saber acerca de la misma. No le quitaré mucho de su tiempo, puesto que necesariamente la lista es breve.

»El Antiguo y el Nuevo Testamento serán los primeros libros que se grabarán, versículo por versículo, desde el primero hasta el último. En cambio, haremos una antología de los escritos de Confucio, del *Avesta* y del *Corán*. El Oriente deberá ser sacrificado, ello me causa remordimiento y dolor, pero no podemos proceder en otra forma: los *Vedas*, el *Ramayana*, el *Mahabharata*, los *Upanishad*, Calidasa, Lao-Tse, Chuang-Tse, Firdausi, requerirían miles y miles de planchas de acero.

»Pero nos reabasteceremos en Grecia, madre de toda luz y de todo saber. Los dos poemas Homéricos, una traducción de Esquilo y otra de Sófocles, dos o tres diálogos de Platón, los *Elementos* de Euclides, la *Introducción a la Metafísica* de Aristóteles, los fragmentos de Heráclito y de Epicuro, esto bastará para dar una pálida idea de lo que fue llamado “el milagro griego”. Roma nos dará menos trabajo: solamente la *Eneida* será grabada toda entera; de Horacio, de Tácito y de

Juvenal bastará hacer una sobria crestomatía. En cambio, brindaremos una edición completa de las *Confesiones* de San Agustín y abundantes selecciones de la *Summa* de Santo Tomás. Querría grabar íntegramente la *Chanson de Roland*, *Tristán y la Divina Comedia*, así como también los sonetos más hermosos de Petrarca. En cuanto a los modernos, me contentaría con el *Elogio de la Locura*, de Erasmo de Rotterdam y *El Príncipe*, de Maquiavelo. Tres o cuatro tragedias de Shakespeare harían compañía al *Paraíso Perdido* de Milton y el *Don Quijote* de Cervantes. Añadiría con placer una selección de Ariosto y de Rabelais, grabando en cambio el texto íntegro de la obra *Nuove Scienze* de Galileo y de los *Principia* de Newton. En lo que respecta a Francia escogería las *Máximas* del Duque de la Rochefoucauld, los más hermosos de los *Pensées* de Pascal, alguna novelita de Voltaire —quizás *Cándido*— y las *Fleurs du Mal* de Baudelaire. En cuanto a Alemania bastarán el *Fausto* de Goethe y el *Zarathustra* de Nietzsche; de la literatura rusa una novela de Dostoievski y otra de Tolstoi. No se deberá olvidar a la ciencia, la que podrá estar dignamente representada por la obra *Orígenes de las Especies*, de Darwin, por las *Lecciones sobre Psicoanálisis*, de Freud y por los ensayos fundamentales de Einstein. ¿Qué impresión le causa mi breve catálogo?».

Le respondí que me parecía excelente, y que no sería capaz de aconsejar quitar alguna de las obras ni añadir otras. Mister Harry Golding continuó diciendo:

—Por desgracia quedan todavía amplias lagunas, y me duele de corazón excluir, por ejemplo, a Shelley, a Leopardi, a Hume y a Kant, así como también a Víctor Hugo y a Rimbaud. Pero, como ya le dije anteriormente, el pensamiento de los enormes gastos me ha obligado a tan penosos renunciamientos. Ya mandé hacer un cálculo aproximado: para la Biblioteca de Acero, tal cual la he pensado, bastarán pocos millones de dólares. Usted es fabulosamente rico, según se dice, y es amigo de la cultura y de la humanidad. Reflexione en que será a usted a quien corresponderá el honor y la gloria de salvar, mediante un pequeño sacrificio de billetes, el tesoro más maravilloso de la civilización humana. Tengo plena certeza de que demostrará ser más inteligente y generoso que tantos otros engreídos magnates a los que me he dirigido hasta el presente, y siempre en vano.

Dije al profesor Golding que su idea me parecía genial y grandiosa, pero que precisaba hacer algunas serias reflexiones sobre el tema, antes de poder darle una respuesta. Al oírme, el amarillo hombrecillo respondió con acento amargo:

—Así me responden todos, y después no dan más señales de sí. Quiero esperar con toda sinceridad que usted no se ha de comportar como los otros.

Nos despedimos algo fríamente. Y ahora pienso partir esta noche misma para Nueva York y embarcarme mañana para Europa.

Conversación 7

EL ASTRÓNOMO DESILUSIONADO

Monte Wilson, 11 de julio.

Había subido hasta este observatorio, que posee el telescopio más poderoso de todo el mundo, para obtener las últimas noticias sobre el universo de labios de un astrónomo que, en tiempos pasados, hizo sus estudios pagándole yo todos los gastos. No le había advertido mi llegada y no lo hallé. Pero, en cambio, pude hablar con su asistente, el doctor Alf Wilkovitz, un joven de origen polaco, que hasta me pareció demasiado inteligente para el puesto subalterno que ocupa.

Por ejemplo, ayer por la noche, mientras fumábamos y bebíamos en una de las terrazas del observatorio, bajo un cielo densamente poblado de estrellas como pocas veces se suele ver, Alf Wilkovitz comenzó a hablar de improviso diciendo con voz cambiada:

—Mister Gog, siento la necesidad de confesarle algo que hasta ahora no he confiado ni siquiera a mis maestros. Pienso que usted me comprenderá mejor que ellos.

»Hasta hace algunos años la astronomía me parecía la más divina de las ciencias, fue mi primer amor intelectual, apasionado y fuerte. Hoy en día, después de haber conocido más de cerca el cielo, me siento perplejo, turbado, dudoso, a veces hasta atemorizado. La astronomía me ha desilusionado. Compréndame bien: la astronomía, como ciencia exacta, es uno de los más maravillosos edificios levantados por la mente humana en los últimos siglos, pero, en cambio, me ha desilusionado su objeto: el universo sideral.

»Procedo de una familia religiosa, y desde la niñez resonó en mi alma el famoso versículo: "Los cielos cantan la Gloria de Dios". Pero, ahora que conozco mejor el cielo, que conozco de cerca a sus ocupantes y sus lugares, me parece que he sido traicionado. Me había imaginado al firmamento como una arquitectura inmutable y racional, completamente diversa del caos terrestre, como una esfera

casi divina muy por encima de este planeta demasiado humano, y... en cambio...».

Alf Wilkovitz arrojó con rabia el cigarrillo encendido un momento antes y levantó su mano hacia el cielo estrellado.

— ¿Qué sucede allá arriba? Esto: innumerables e inmensos fuegos huyen y se consumen. ¿Por qué huyen? ¿Adónde huyen? Estamos acostumbrados a las rotaciones regulares de nuestros planetitas alrededor de esa estrella mediana que es el sol. Pero la mayor parte de los astros huyen vertiginosamente, tanto las nebulosas como las estrellas adultas, y no sabemos adónde y no sabemos por qué. Nuestras mediciones son ridículamente pobres, nuestros más poderosos telescopios se pueden parangonar a los ojos de un insecto que observaran fijamente las excelsas quebradas del Himalaya; el cielo que vemos no es el de hoy, el de este momento; en algunas partes es el cielo de hace varios siglos, en otras partes es el cielo de hace milenios. Parece que las nebulosas más lejanas se esfuerzan por alejarse cada vez más de la Vía Láctea, pero jamás sabremos por qué huyen y adónde van.

»Los astros huyen como desesperados perseguidos, y al huir se convierten en fuego, es decir, se destruyen. Sus átomos se disgragan por millones cada vez, produciendo luz y calor, pero ¿qué es lo que se ilumina con esa luz?, ¿quién es calentado con ese calor?, ¿tal vez se disuelven con tan loca prodigalidad a fin de que nuestras noches sean iluminadas con una pálida palpitación? Sería tonta soberbia pensar así, e inconcebible locura el gasto gigantesco hecho para lograr un efecto tan ínfimo. Los abismos siderales son tan enormes que ni siquiera esa gigantesca convulsión calorífera puede elevar mucho su temperatura.

»Y sin embargo, millones de nebulosas, millares y millares de estrellas, desde hace siglos de siglos no hacen más que huir y destruirse, sin una razón imaginable. El derroche de luz y calor que se hace a cada instante en los incommensurables golfos del firmamento supera a toda posibilidad de cálculo y de fantasía.

»¿Es posible que una Inteligencia superior y perfecta haya querido esa dilapidación enorme, perenne y completamente inútil? ¿Para qué sirven esos innumerables y pavorosamente grandes fuegos huidizos, que continuamente nacen y arden, destinados a consumirse vanamente aun cuando demoren millones de años? Ante ese pensamiento la mente humana se confunde, aterrorizada ante ese espectáculo absurdo. Algo semejante sucedería si los hombres iluminaran todas las noches, con millones de lámparas y reflectores, el desierto del Sahara o

los océanos árticos, lugares donde nadie habita y por donde nadie anda.

»Pero esto no es todo. Hay en el cielo otros misterios que ningún entendimiento terreno podrá desvelar. Durante un tiempo se acostumbró imaginar al cielo como la sede y el espejo de la eternidad: otra ilusión y otra desilusión. Las investigaciones de la astronomía moderna han demostrado que también la ciudad estelar está hecha de úteros y de cadáveres, de infantes y de moribundos. Las gigantescas nebulosas en espiral son las matrices o las placetas de nuevas estrellas. Pero esos fuegos suicidas no son eternos: crecen, se dilatan, resplandecen con luz azul y clara en los vigores de la juventud, y después, poco a poco se empobrecen, adquieren color amarillento oro, luego el color de las brasas y finalmente se convierten en cuerpos negros e invisibles, en tenebrosos espectros de muertos que deambulan en los tenebrosos ataúdes del infinito. El cielo es una infinita incubadora de infantes, pero es también un infinito cementerio de muertos. La ley del nacimiento, el crecimiento y la decadencia, que se creía propia de la efímera vida terrestre, es la ley que reina también en lo alto del cielo. Lo que se dijo acerca de los seres humanos: similares a hojas que se desarrollan frescas en la primavera y caen marchitas en el otoño, es también verdad para las estrellas. Esos inútiles fuegos fugaces son, al igual que los hombres, mortales, tan sólo hay una diferencia: que los hombres viven por espacio de millones de segundos, y los astros viven millones de años, pero, respecto de la eternidad, ¿hay en ello alguna diferencia?

»Comprenderá usted ahora mi extravío y mi angustia. Donde creía hallar la perfección sublime de lo racional no he hallado más que un desgaste inútil, una prodigalidad alocada, un movimiento y una destrucción sin objetivo y sin razón. Donde creía hallar finalmente la majestad de lo inmutable y de lo incorruptible he hallado las habituales alternativas de lo pasajero y lo transitorio, del nacimiento trabajoso, de la juventud malgastada, de la decadencia senil y de la muerte inevitable. En cuanto regrese mi maestro abandonaré el observatorio y la astronomía. Al igual que los demás hombres me contentaré con ser un pobre insecto hambriento que se mueve entre las hojas de hierba de los prados terrestres».

Así me habló el joven Alf Wilkovitz; se notaba en su voz el temblor de la ira y en sus ojos se traslucía ese húmedo brillo que se asemeja al llanto.

Conversación 8

VISITA A MÓLOTOV

(*O ACERCA DEL COMUNISMO*)

Washington, 12 de noviembre.

Jamás he hallado tantas dificultades y objeciones para entrevistarme con personas célebres como en esta oportunidad, en que pretendía hablar con Mólotov, quien se hallaba de paso en los Estados Unidos. El poderoso vicario de Stalin se negó, durante muchos días, a concederme una audiencia. Precisé recurrir a un jefe comunista muy influyente, del que había sido amigo en tiempos pasados, para lograr que Mólotov consintiera en recibarme, y esto tan sólo por unos minutos.

La conversación se realizó bien entrada la noche, en el hotel ocupado por el Comisario del Pueblo para los Asuntos Extranjeros. He aquí, en compendio, lo que me dijo:

El terror al comunismo, reinante en América y en gran parte de Europa, es muy extraño, y así lo califico para no emplear otros adjetivos demasiado fuertes. Vuestros gobiernos, impulsados por la necesidad de las cosas, están preparando en sus propios países un embrollo de «controles», vínculos, planes económicos, intromisiones burocráticas y estatales, que concluirán por crear en todas partes regímenes del tipo colectivista y conformista, los que a su vez no diferirán mucho del tan temido comunismo. Y no pueden proceder diversamente a causa de la complejidad y de las exigencias de la vida moderna, las que requieren una continua y progresiva intervención del Estado en todos los campos de la actividad humana. Aun cuando vuestros gobiernos continúen utilizando las viejas palabras del liberalismo y de la democracia, la realidad cotidiana les obliga a imitar, aun cuando sea de un modo gradual y disimulado, a los sistemas socialistas. Es

completamente ridículo que vosotros proclaméis el peligro comunista mientras con vuestras propias manos estáis formando regímenes cada vez más similares, en sustancia, al comunista.

Es una fatalidad histórica de la que ningún país moderno puede liberarse. Al cabo de algunos lustros bastarán pocos cambios de estructura y nomenclatura, unos pocos retoques, a fin de que vuestros países se conviertan en hermanos gemelos de los países comunistas.

Hoy en día en el Occidente toda la política se ha reducido a la economía. En el siglo pasado aún se hablaba de principios, de ideas, de valores nacionales o ideales; ahora vuestros señores no hablan más que de problemas financieros, de tarifas, salarios, reformas agrarias, sindicatos y huelgas, hablan de exportaciones y de mercados, de nacionalización de las industrias, de producción, ocupación y de otros temas semejantes. Al mismo tiempo que declaran ser adversarios del marxismo están demostrando día a día haberse convertido, prácticamente, a una doctrina genuinamente marxista: la del "materialismo histórico". Así pues, incluso ideológicamente ya estáis maduros para el comunismo.

Por todo ello, Rusia no tendrá necesidad ninguna de promover guerras para fundar el comunismo mundial. Ante todo, nuestro gran Stalin no es un romántico, un soñador, un impulsivo, como lo eran Mussolini, Hitler y Trotsky, por lo que no ama las aventuras costosas y peligrosas. Es un asiático de buen sentido y conoce la difícil pero preciosa virtud de saber esperar. Tiene la seguridad de que la doctrina marxista-leninista es la verdad, y aguarda pacientemente a que las fuerzas inmanentes de la economía capitalista cumplan su obra, sin necesidad de empeñar a su pueblo en una lucha peligrosa y sangrienta. Conoce bien lo que sucede en el mundo: el régimen capitalista, a causa de las leyes mismas de su desarrollo interno, tarde o temprano debe llevar a una crisis mortal: desocupación creciente, desequilibrio entre la producción y el poder adquisitivo, descontento y desorden, anhelo y espera de una edad nueva. Además, Stalin sabe que en cada país enemigo puede contar con un número cada vez más ponderable de aliados voluntarios y entusiastas, que no cuestan casi nada a nuestro erario, mientras que los países capitalistas no pueden contar con ningún aliado serio en los países comunistas. Por todas estas razones es inverosímil una guerra de conquista querida por las Repúblicas Soviéticas, mientras que, más que probable es casi cierto el triunfo definitivo del comunismo mundial. Éstas son verdades elementales que ya hubiera debido comprender el Occidente si no estuviera ensordecido por fraseologías ya superadas y por temores injustificados. Pero ya he hablado quizá demasiado. No tengo nada más que decirle.

Y Mólotov, haciendo con la cabeza una señal de despedida, salió prontamente de la sala.

Conversación 9

NOTICIAS DEL MÁS ALLÁ

Edmonton (Canadá), 9 de agosto.

Un ministro de la Iglesia Adventista, al que conocí ocasionalmente hace pocos días, me presentó al hombre más sorprendente que haya encontrado en todos mis viajes a través del mundo.

Se llama George A. Gifford, tiene ochenta años de edad y me dijo ser el director general de la «Sociedad para la Resurrección de los Muertos». Me habló en esta forma:

—Los espiritistas se contentan con entablar alguna que otra conversación con los desencarnados. Nosotros, en cambio, nos proponemos realizar de hecho, antes del último juicio, una de las promesas más grandiosas de la religión cristiana: la resurrección de la carne. Yo soy discípulo del ruso Feodorov, quien en el siglo pasado sostuvo en su famoso libro *Obra común* la necesidad y la posibilidad de la resurrección de los antepasados. Pero Feodorov se contentó con la teoría y la esperanza, como suele acontecer en los hombres de su raza. Yo soy norteamericano y quiero que la sublime idea del profeta eslavo sea traducida en el reino concreto y práctico de la realidad. Los obstáculos que se presentaron fueron innumerables: he debido cambiar los métodos y los sujetos, he debido crear una asociación que colaborase a la gran obra, considerada humanamente imposible, con voluntad unánime y oración obstinada y perseverante. Muchos me dicen: solamente Jesús tuvo el poder de resucitar a los muertos. Esto no es verdad, la resurrección fue lograda también por los santos, quienes no eran más que hombres como nosotros aun cuando estuvieran fortalecidos con una fe más vigorosa que la fe de los fieles tibios y mediocres.

—¿Y ha logrado realmente resucitar a los muertos?

—Así es, aunque con infinito desgaste de espíritu y de tiempo. Nuestra sociedad cuenta con varios millares de adherentes, y en un trabajo afanoso e

incesante de veinticinco años tan sólo hemos podido restituir la vida a seis muertos. Uno de ellos, el último, vive en esta ciudad, y he venido a visitarlo, cosa que hago todos los años.

—¿Sería posible que también yo le viera y le interrogara?

—Míster Newborn (Renato), éste es su nombre actual, no se negará a hablar con una persona presentada y acompañada por mí.

—¿Sería posible ir en seguida?

—Iré a buscarle a su hotel esta noche, después de la cena, y estoy seguro de que míster Newborn le contará cosas que ninguna fantasía humana sería capaz de inventar.

La casa del resucitado se hallaba ubicada en un extremo de la ciudad, en la cima de una colina boscosa. Una mujer todavía joven nos hizo entrar, a mí y a míster Gifford, en una sala de paredes recubiertas de madera, con rellenos de preciosas pieles canadienses, dispuestas con mucho cuidado en sostenes de pino brilloso.

Esperamos en aquella sala por espacio de algunos minutos; ni siquiera se veía una silla. Luego reapareció la mujer, que nos llevó a un escritorio de aspecto comercial, donde frente a una máquina de escribir cerrada, se hallaba sentado un hombre pálido, pensativo, que vestía un traje de terciopelo negro. Era míster Newborn.

Gifford dijo mi nombre y le hizo conocer mi deseo, rogándole que quisiera relatarme algunos episodios de su estada en la otra vida. El taciturno resucitado, que no se había alzado de su poltrona, me miró fijamente con ojos tristes, grises, casi apagados. Luego comenzó a hablar en voz lenta y baja:

—No le diré nada acerca de mí, de mi partida y mi regreso a este mundo, puesto que míster Gifford lo sabe todo y podrá decirle lo que considere útil para el progreso de nuestra sociedad. Tan sólo le hablaré acerca del acontecimiento más notable al que asistí durante los largos años de mi estada entre los muertos.

»Según me parece, los hombres creen que el mundo del más allá no tiene historia: todo es determinado y fijado por la omnipotencia del Eterno, cada difunto tiene su nicho y su sentencia, nada puede hacer cambiar su suerte, los condenados rechinan en las tinieblas, los bienaventurados exultan en la luz, diablos y ángeles

tienen a perpetuidad sus misiones y nada cambia por los siglos de los siglos. Pues bien, puedo asegurarle que, muy al contrario, incluso en el más allá hay una historia, o sea: el más allá tiene sus crisis y sus alternativas.

»Hacía ya mucho tiempo que yacía en las tinieblas exteriores, bajo el peso de mis culpas, cuando repentinamente se difundió en el inmenso reino de los muertos una noticia inaudita: un grupo de veteranos del infierno había dado la primera señal de la sublevación general de los condenados. Multitudes cada vez más numerosas y alborotadoras de compañeros en la desventura estaban listas para seguirlos. Los custodios y guardianes del infierno, considerando que los condenados se hacían discípulos suyos imitando su pasado de rebelión contra Dios, les dejaban hacer, y según se decía hasta instigaban a los tímidos y tibios.

»Uno de los jefes de la revuelta, el famoso Münzer, andaba de un lado para otro por las interminables tinieblas, incitando a los pusilánimes y los dudosos. Les hablaba así:

»Somos víctimas de una despiadada injusticia que se halla en abierta contradicción con el mensaje de perdón anunciado por el Hijo de Dios. La eternidad de las penas no es conciliable con el Dios todo amor proclamado por los santos y los teólogos. Un padre amoroso, que ama en verdad a sus hijos, puede castigarlos por una culpa, pero no quitarles por toda la eternidad la esperanza de la remisión del pecado. El hombre es un ser limitado, finito, que comete un error limitado en el espacio y en el tiempo, y a veces lo comete arrastrado por la fatalidad de su naturaleza, de lo cual no es siempre responsable. ¿Por qué, a la finitud del ser culpable y de su culpa, debe corresponder la infinitud del castigo? ¿Por qué el error de una hora breve, de una sola estación, y hasta de toda una efímera existencia, debe ser castigado con una tortura eterna e infinita, sin conclusión?

»Se dice que si bien el pecador es finito, su pecado es infinito porque es una ofensa contra el Ser Infinito. Pero Dios, que es perfección absoluta y amor perenne, ¿puede ser ofendido por una pobre criatura, que en definitiva es obra suya?

»Reconocemos a la justicia divina el derecho de castigar a los malvados. Pero no podemos admitir y tolerar que un pecado, finito por naturaleza, deba ser castigado con una pena sin fin. Que el pecado de una hora sea castigado con la condenación a un siglo de tormentos, y que el pecado de una vida entera sea expiado con milenios de exilio en el abismo, pero que en definitiva haya una conclusión, un fin. Vosotros sabéis qué es la eternidad, cuán atroz es el

pensamiento de un dolor que jamás tendrá término, de las tinieblas que nunca tendrán un resquicio de amanecer. Después de siglos en la cárcel y la oscuridad tan sólo pedimos una liberación final, un retorno a la luz. Apelamos a la misericordia de Dios contra su cruel justicia. Si Dios es amor y nada más que amor, que lo demuestre de un modo conclusivo perdonando a sus enemigos. Nuestro movimiento no es una sublevación sino una santa cruzada hecha en nombre de la caridad.

»Estas arengas suscitaban un gran entusiasmo entre los míseros sufrientes, y millones de réprobos elevaban al cielo lejano coros de súplicas furiosas, de gritos y blasfemias, de gemidos y clamores de angustia.

»Algunos demonios se habían plegado a sus víctimas y las exhortaban a la rebelión. Les decían: No tenéis nada que perder, estáis condenados a los suplicios eternos y por lo tanto no os queda lugar para temer algo peor, ya podéis estar seguros de la impunidad y, en cambio, podéis alimentar la esperanza de una redención.

»Pero el cielo permanecía mudo, ninguna voz descendía desde lo alto, no apareció ningún ángel para anunciar la confirmación de la sentencia o la promesa del indulto. Sin embargo, la revuelta no se aplacaba y los desesperados gritos de los malditos continuaban golpeando las invisibles paredes del abismo.

»Pero, no sé cómo, un día llegó al infierno una noticia increíble: hasta los bienaventurados del paraíso amenazaban abrazar la causa de sus hermanos condenados. Se entiende que su sublevación era completamente diversa de la infernal, adoptaba la forma de una inmensa, cordial y reverente oración. Los justos pedían a Dios compasión para con los injustos. Cada uno de ellos, decían, tenía en aquellas profundidades de oscuridad eterna algún hermano, amigo, pariente, una mujer amada, un hijo extraviado. Su propia felicidad no era perfecta porque se veía perturbada por el pensamiento de los tormentos infinitos que sufrían seres a los que habían amado en la tierra. Se dirigían a Dios: Nos prometiste la felicidad eterna, pero esta felicidad no puede ser plena y total mientras nos veamos tristes por la compasión que nos inspiran los seres a los que destinaste al dolor eterno. La tortura de los condenados es una disminución de nuestro gozo, y, consiguientemente, también nosotros somos castigados indirectamente por culpas que no hemos cometido, y esto no se conforma con tu justicia y tu misericordia. Ordenaste a los hombres que perdonaran a sus enemigos, ¿por qué no das el más sublime ejemplo perdonando a los enemigos de tu Ley, después de tantas vigilias de horror?

»Pero Dios escuchaba y callaba. Entonces muchos bienaventurados, y entre los primeros los santos más venerados, se ofrecieron para descender al infierno y ocupar el lugar de los infelices desterrados. Decían así: Los sufrimientos de los inocentes podrán expiar en un tiempo menor los pecados de los culpables, y en esta forma se verán satisfechas al mismo tiempo tu justicia y tu misericordia. Concede, ¡oh, Señor!, que también en la segunda vida sea eficaz la Comunión de los Santos. Nosotros, que gracias a tu benignidad estamos ciertos de la Luz Eterna, nos ofrecemos a ti para ocupar el puesto de nuestros hermanos desesperados, que sufren desde hace tanto tiempo en las tinieblas eternas, y ocuparemos su lugar todo el tiempo que te plazca.

»En el Empíreo habían cesado los cantos, ahora resonaban los gemidos y las súplicas; los ángeles, asombrados y conmovidos, guardaban silencio contemplando el rostro del Eterno. Pero Dios escuchaba y callaba....».

Llegado a esas palabras de su relato, míster Newborn interrumpió de golpe aquel inaudito acontecimiento.

—¿Y después? —preguntó míster Gifford pasados algunos instantes.

—Después no supe más nada ni nada puedo decir —replicó el resucitado con voz débil—. Precisamente mientras todos los muertos, los que alababan y los que gritaban, esperaban la decisión de Dios, fui llamado otra vez a la vida terrestre por mis hermanos vivientes. Tal vez, cuando llaméis a un nuevo resucitado, éste podrá relataros la continuación de mi historia.

Poco después nos despedíamos del melancólico resucitado. Y desde entonces, incluso en este momento, me he estado preguntando: ¿sueño? ¿imaginación? ¿verdad?

Conversación 10

LA FÁBRICA DE NOVELAS

Chicago, 2 de marzo.

Desde hace ya algún tiempo soy uno de los mayores accionistas de la Novel's Company Ltd., y como estoy transitoriamente en Chicago quise visitar el laboratorio de la sociedad.

Entre todos los productos presentados en papel impreso y ofrecidos al público, la novela es el más solicitado y el que más se vende, de modo que surgió en el cerebro de un joven amigo la idea de levantar una verdadera industria cuyo objetivo sería ofrecer a los consumidores, y en grandes cantidades, un material novelístico tipo estándar. «La fantasía al servicio de la evasión», tal sería la fórmula básica de la Novel's Company Ltd. La novela, que ha llegado a ser para muchas personas un producto de consumo diario y de primera necesidad, no podía ser dejada a la anticuada producción individual casi artesana, no podía quedar librada a la iniciativa privada.

El establecimiento donde se fabrican en serie las novelas, se levanta junto a las orillas del lago Erie, y se compone de varios cuerpos distribuidos en un jardín, pabellones en los que se han instalado las diversas reparticiones. La división del trabajo se aplica aquí rigurosamente, y es la clave de la producción industrial en masa.

En uno de los pabellones trabajan los especialistas en paisajes agrestes y los de escenarios urbanos; en otro los que preparan las descripciones de interiores y de mobiliarios: desde la taberna negra hasta el castillo del multimillonario. En un tercer pabellón se afanan los creadores de tipos femeninos de toda clase y medida: aventureras de mediana categoría, vírgenes ricas y enamoradas, damas adúlteras, campesinas del Oeste, mulatas delincuentes y prostitutas fatales. En otro pabellón próximo se elaboran los tipos masculinos: los gángsters, los *cowboys*, los políticos, los bailarines profesionales, los conquistadores de salón y los aprovechadores de mujeres. Luego está el pabellón donde se inventan nuevas modalidades y formas

de delitos e intrigantes alternativas tenebrosas; otro da cabida a los peritos en erotismo, en toda clase de inversiones y perversiones sexuales, los que son asesorados por médicos psicoanalistas y meretrices retiradas. No falta una biblioteca de novelas, de todos los tiempos y países, utilísima para las imitaciones y plagios; en ella un lingüista adscrito a la sección vocabularios sugiere a los obreros principiantes y menos expertos los términos de los diccionarios técnicos: el slang y el argot.

En el centro del parque se alza el edificio de la dirección central, donde un grupo de ajustadores bien pagados, utilizando las diversas partes proporcionadas por los repartos antes mencionados y unificándolas, elaboran novelas bien confeccionadas, de acuerdo a los módulos y especies preferidos por el gran público.

El director general, un viejo novelista que en tiempos pasados fue bastante popular en los Estados Unidos, me dijo que ahora la producción se orienta, por razones económicas, hacia dos tipos de novela: la Novela Venérea (con una juiciosa dosis pornográfica) y la Novela Criminal en dos subespecies: aquélla en la que triunfan los delincuentes y aquélla en que triunfan los policías. La Novela Sentimental y la Psicológica se hallan en el mercado en franco descenso, igual que la Histórica y la Social, y añadió:

—Nuestra producción media anda alrededor de unas doscientas novelas mensuales, pero esperamos aumentarla en el año próximo. Los obreros que se ocupan de la fabricación suman quinientos, en su mayor parte son jóvenes diplomados en las universidades, y también hay exponentes y literatos fracasados. Pero no faltan mujeres, quienes han demostrado ser trabajadoras diligentes e incansables. Naturalmente, tenemos una grandiosa tipografía dotada de máquinas modernísimas, y una oficina comercial que por medio de agentes y representantes distribuye nuestras novelas haciéndolas llegar hasta los lugares más remotos del país. Nuestros productos estándar han conquistado millones de lectores porque corresponden al tipo promedio de los gustos. Sumadas en total, nuestras tiradas anuales ascienden a varios millones de ejemplares, nuestro éxito es inmenso y seguro, la ganancia comienza a ser activa. En la próxima asamblea de accionistas podremos proponer un dividendo del doce por ciento.

Salí muy satisfecho de la fábrica Novel's Company Ltd. El negocio se desenvuelve de una manera inmejorable y estoy satisfecho por no haber invertido mal mis dólares.

Conversación 11

EL ENEMIGO DE LA NATURALEZA

New Parthenon, 18 de abril.

Pocos días ha, mientras paseaba por el jardín de mi villa marítima, advertí con el estupor consiguiente, que el más bello de mis cerezos, que el día anterior estaba cubierto por una nube de flores, no era más que un desnudo esqueleto de ramas, como si estuviéramos en enero. Las flores y las hojas que lo adornaran hasta el día anterior, yacían por tierra como sucia hojarasca.

No había habido torbellinos ni golpes de viento durante la noche. Aquel delito había sido hecho por una mano humana. ¿Quién podía haber realizado aquella sacrílega devastación?, ¿un loco o un enemigo?

Al día siguiente experimenté otra sorpresa: todos mis tendales de narcisos, todas mis espalderas de glicinas no tenían ni una flor; los setos de siempreverdes, laureles y boj, estaban transformados en un entrelazamiento miserable de vástagos sin hojas. Llamé a Harry, el capataz de los jardines, quien ya había advertido aquellas depredaciones y estaba más aterrorizado que yo. Me dijo que también la huerta, donde hago cultivar legumbres y verduras de toda clase, estaba devastada, pisoteada, con las plantas desenraizadas o cortadas a flor de tierra. Aquello era demasiado grave. En seguida hablé por teléfono con el comisario, quien poco después estaba en la villa y quedó asombrado, lo mismo que yo, ante la comprobación de aquel insensato estrago. Me dijo:

— Esta noche mandaré aquí dos vigilantes que harán guardia durante toda la noche, y en caso de que vuelva el malhechor, lo sorprenderán.

Pero aquella noche y la subsiguiente los policías no vieron ni oyeron absolutamente nada. Al amanecer del tercer día fui despertado por el ruido de armas de fuego y por gritos. Descendí al jardín y vi venir hacia mí a un joven palidísimo, que era arrastrado violentamente por los dos policías hacia la entrada de la casa. Cuando el joven estuvo encerrado en un cuarto de la planta baja, con

buena custodia, quise interrogarlo.

Al principio permaneció mudo e inmóvil, como si las preguntas no fueran dirigidas a él. Pude entonces observarlo bien: era rubio y de aspecto delicado, tenía un rostro ascético de intelectual y soñador, vestía pulcramente de color gris oscuro, sus manos eran mórbidas y finas, manos de artista o de mujer. Me miraba con dos bellísimos ojos celestes, luminosos como los de un piadoso novicio.

El comisario, advertido telefónicamente, llegó pocos minutos después e interrogó también al desconocido, siendo más afortunado que yo, pues le respondió con voz dulce:

—Me llamo David Bayton, tengo veinticinco años de edad y soy pintor. No tengo familia, vivo en el Hotel Sanderson, en Fire Street. He estudiado en Boston y he expuesto obras en Filadelfia. ¿Quiere saber alguna otra cosa?

—Sí. Queremos saber lo más importante, ¿fue usted quién destruyó repetidas veces las flores y plantas del jardín de míster Gog?

—Sí, he sido yo.

—¿Y por qué lo hizo? ¿Tiene algún motivo personal de resentimiento contra míster Gog?

—Ningún motivo. Pocos minutos hace, y por primera vez, he visto a míster Gog.

—Pues entonces, ¿cómo explica su alocada acción?

—Será algo difícil que ustedes puedan comprender las razones que me han inducido a hacer lo que he hecho.

—Esto no le compete a usted, señor Bayton. Diga todo cuanto pueda y pondremos nuestra mejor voluntad a fin de comprenderle.

—¿Lograrán comprender que yo odio, desde mi niñez, a los poetas, a los que mienten en rima, a los estafadores laureados? ¿Podrán comprender que los odio principalmente a causa de sus insultos lugares comunes acerca de la primavera? La verdadera primavera, la que conocí en mi miseria, está hecha de lodo sucio, de viento áspero, de olor a estiércol. Vuestra primavera es una estafa insultante de los literatos y de los jardineros.

—Sin embargo, usted mismo ha dicho que es pintor, ¿puede un artista blasfemar como usted lo hace de las obras del Señor?

—Soy pintor, pero de los que se han liberado, y espero que para siempre, de la humillante fidelidad a lo verdadero, a la naturaleza, a la belleza. Queremos representar un mundo nuestro, un mundo nuevo, arbitrario y metafísico, que sea obra de nuestra mente y no creación de ese Dios vuestro de las escuelas dominicales.

—No estoy aquí para discutir sobre las teorías de las bellas artes. ¿Tiene alguna otra declaración que hacer?

—Sí. Deseo añadir que la vegetación es, ante mis ojos, una forma inferior de la vida terrestre, una forma parasitaria, pasiva, inmóvil, muda. No puedo soportar el verla, y si me es posible la ataco.

—Bien, ¿y qué más?

—Puesto que me escuchan, quiero decirles que odio con especial intensidad a las flores, desde que he sabido que son desvergonzadas exhibiciones sexuales hechas por las plantas para inducir a los insectos a que actúen como intermediarios en la diseminación del polen. Esas poéticas flores que vosotros, personas sabias y virtuosas, oléis con tanta dedicación y ofrecéis galantemente a las castas doncellas, no son más que obscenos órganos genitales carnosos y viscosos.

—Hemos comprendido, ¿qué más?

—Declaro también que detesto y vomito con sinceras náuseas a vuestra bella naturaleza, que incluso en el reino vegetal se reduce a una lucha atroz por la supervivencia, o sea a una perenne guerra y a una mutua destrucción. Se admite por doquier que un hombre culto, civil, bien educado, debe admirar a la santa, a la divina naturaleza. Siempre me he rebelado contra ese hipócrita lugar común. Para mí la naturaleza es un caos sospechoso y misterioso, del que no puedo huir pero que aprisiona y amenaza mi existencia, mi personalidad. Es algo impuesto y enemigo, de lo que sólo puedo sustraerme con la revuelta y la destrucción. Pero no soy un loco, un insano, como vosotros lo creéis, y puesto que no puedo desenraizar los montes o asesinar a las ballenas, me desahogo contra los vivientes más frágiles e inermes, contra los vegetales.

—¿Ha concluido ya?

—Hay otra razón que me induce a todo esto, pero es demasiado íntima y personal. Jamás la conoceréis.

—Prescindiremos de ella. Para mí, el único problema es éste: ¿debo meterle en una cárcel o acompañarle a un manicomio?

—Entre un lugar y otro no hay mucha diferencia —replicó David Bayton, sonriendo—. Lléveme al lugar que esté más cercano.

El comisario y sus hombres hicieron que el joven subiera a un automóvil y se alejaron de la villa. Al quedarme solo comencé a pensar en lo que había oído.

Ese pintor maniático, en el fondo no me desagrada. Querría hacer algo a fin de que lo pongan en libertad.

Conversación 12

EL PADRE DE CIEN HIJOS

Pasadena, 17 de julio.

El gran neurólogo C. W. Carr, que me curó repetidas veces de mis perturbaciones, ha querido que pasara dos semanas en su maravillosa villa, a donde vino a curar su propio sistema nervioso ya fatigado. Además de mí tiene unos pocos huéspedes juiciosamente seleccionados y que hacen buena compañía. Pero tan sólo uno, el más taciturno y pensativo, ha sido capaz de despertar al viejo demonio de mi curiosidad.

Míster H. B. es un joven de unos treinta años de estatura equilibrada y de físico agraciado, tiene un hermoso color rosado y ojos de flor de lis. Se sienta a la mesa con nosotros, pero habla poquísmo, únicamente lo necesario para no ser tenido por mudo o maleducado. Durante el resto de las horas del día está casi siempre apartado y meditabundo. Jamás le he visto sonreír, varias veces procuré iniciar una conversación, pero siempre, con excusas corteses y gentiles, me ha eludido. Tampoco el profesor Carr quería darme datos precisos acerca de su melancólico huésped.

—Es un actor cansado, un músico equivocado, un poeta que pasa sus vacaciones de tal.

No presté fe a esas evasivas, hasta que ayer, finalmente, Carr se decidió a decirme la verdad a fin de obtener de mí una codiciable promesa.

—Ese joven es un semental humano afectado a objetivos científicos. Usted sabe cuánto se difunde en Norteamérica el método de la fecundación artificial. El entusiasmo experimental de ciertos biólogos y la renuencia de ciertas mujeres a los contactos sexuales, favorecen esa tendencia y la propagan cada vez más. Hay muchísimas jóvenes que desean ardientemente ser madres, pero se asustan ante la idea de los impetuosos y algo bestiales abrazos masculinos. Por esto se ha pensado acudir en auxilio de ellas poniendo en acción las prácticas de la fecundación

artificial que ya se ha probado eficazmente en la producción de terneros. Naturalmente, estas mujeres quieren tener hijos hermosos, sanos y robustos, de ahí la importancia que tiene la selección del semen. Por otra parte, preocupados los biólogos por la progresiva decadencia física de la especie humana, se convierten en promotores de esas experiencias de maternidad sin cohabitación, porque hacen factible la selección racional e higiénica de los padres colectivos.

»Una comisión de fisiólogos, ginecólogos, eugenistas e higienistas, busca por todo el país machos reproductores considerados los más idóneos para proporcionar un selecto licor seminal. El señor H. B. ha sido descubierto por esa comisión, aceptando, por razones idealistas y sobre todo financieras, formar parte en la reserva de padrillos humanos. Ha brindado voluntariamente su semen a muchos centenares de mujeres a las que jamás ha visto ni conocido, y según las estadísticas de la comisión hoy en día es padre de cien hijos que ignoran su existencia y a los que jamás verá.

»Según el juicio de los especialistas posee los mejores requisitos, físicos e intelectuales, para lograr excelentes ejemplares del *homo sapiens*. Y en realidad, según se asegura, los hijos e hijas que proceden de sus espermatozoides han satisfecho plenamente a las que podremos llamar sus esposas *in incognito*. Pero ninguna de ellas ha querido encontrarse con él, todas han rechazado la idea de hacerle ver el fruto de su colaboración.

»Podrá comprender ahora el porqué de su profunda tristeza: tiene cien hijos y está solo, ha hecho madres a cien mujeres y no amó a ninguna. Durante estos últimos tiempos su melancolía se tornó tan inquietante, que los médicos, sus propietarios, lo han confiado a mis cuidados, y ahora está pasando aquí un período de absoluto reposo. El síntoma más grave es el siguiente: se ha enamorado de una mujer, pero ésta no quiere ni marido ni hijos. En cuanto se cure deberá retornar a su oficio de reproductor diplomado, pero me temo que su desesperación sentimental haya alterado sus virtudes genésicas».

Esta mañana encontré en el parque a míster H. B. Miré fijamente su rostro pero no me atreví a dirigirle la palabra. El solitario padre de cien hijos me causó la impresión de estar más abatido que en los días anteriores. Cuando me vio hizo un distraído gesto de saludo y desapareció.

Conversación 13

EL PIANISTA CELEBRE

New Parthenon, 29 de septiembre.

Hace algunos días sucedió en mi casa una breve pero singular aventura que merece ser mencionada en este diario.

A fin de agasajar a mis huéspedes de vacaciones, invité a uno de los más célebres pianistas de todo el mundo, quien se encuentra de paso en los Estados Unidos. Es un alemán, el maestro Rudolf Ebers, hombre de unos cuarenta años de edad, de cabellera estilo Liszt y de exterior austero y reservado. Parco en el hablar, nunca se acercaba al gran piano Steinway, de concierto, que tengo en el salón central de la villa.

Hacía ya tres días que vivía con nosotros y ni siquiera nos había hecho sentir un acorde. Aquella noche languidecía ya la conversación y las mesas de juego, no sé por qué causa, estaban desiertas. Una mujer bellísima, esposa del propietario más rico de Maryland, mujer alta, morena, algo criolla y muy agresiva, rogó al maestro Ebers que tocara algo. Todos mis huéspedes, que sumaban unos treinta, se plegaron a la magnífica mujer implorando del maestro que les brindara una muestra de su decantado virtuosismo. Pero el alemán se encerraba en su torre de marfil y no accedía. Había andado por las mayores ciudades de los Estados Unidos dando muchos conciertos, y ahora necesitaba un reposo absoluto, pedía que lo disculparan, que leo perdonaran, que aguardaran algún día más.

Entonces, la hermosa criolla tomó las delgadas manos del músico reluciente, las apretó y exclamó:

—¡Esta noche o nunca!

Y los demás clamaron a coro:

—¡Una sola sonata! ¡Un solo nocturno! ¡Una tocata! ¡Un impromptu!

Hasta ese momento yo no había abierto los labios a fin de que el desventurado artista no pensara que quería aprovecharme de mi autoridad como dueño de la casa. Pero entonces, todos los huéspedes dejaron al maestro y me rodearon insistiendo a grandes voces a fin de que uniese mis súplicas a las de ellos.

Me acerqué a Ebers y le miré fijamente en los ojos. No me dio tiempo para decir una sola palabra, se levantó repentinamente de la poltrona de cuero en que estaba sentado y se dirigió a la brillante mole negra del piano, lo abrió, se sentó en el taburete y sin decir palabra comenzó a tocar.

Todos callaron para escuchar al célebre pianista. Se oía ascender y descender los mágicos acordes de la *Apasionada*, siendo una revelación incluso para los que ya la conocían. Cuando concluyó estallaron los aplausos, pero el maestro ni siquiera se dio la vuelta, y sin intervalo ninguno comenzó a tocar el *Claro de Luna*. Los últimos compases de esa obra maestra resonaban todavía en el ambiente cuando ya Ebers hacía surgir del instrumento los acordes patéticos de un *Nocturno* de Chopin. Oímos después una Sonata de Debussy, una *Suite* de Albéniz y finalmente Las *Florecillas de San Francisco*, de Liszt.

Esperábamos que, después de aquella orgía de sonidos maravillosos, que duraba ya casi dos horas, el célebre virtuoso estaría seguro de haber complacido y conquistado el auditorio, cerraría el instrumento y se iría a dormir.

Pero, nada de eso: parecía que Ebers estuviera encadenado a mi majestuoso y brillante Steinway y que no se preocupara de nadie. Ejecutó otras sonatas que no supe reconocer y en seguida comenzó a improvisar con renovado vigor.

Los huéspedes, que le habían inducido a aquel esfuerzo, estaban ya mucho más cansados que él. Comenzaron las deserciones: una de las primeras en abandonar la sala, con los ojos soñolientos y el rostro contraído a causa de los bostezos contenidos, fue precisamente la bellísima señora que había despertado a aquel demonio musical, otros la siguieron en puntillas de pie, y el heroico pianista, cada vez más exaltado, se abandonaba a persistentes y delirantes improvisaciones. Yo estaba sentado cerca del piano y miraba su rostro: no daba señal ninguna una de cansancio; sus manos, ágiles y frágiles, blanquísimas e incansables, se movían sobre el teclado cada vez más rápidas y seguras; su rostro grave y severo se había transfigurado, adquiriendo un color subido, como si tuviera una fiebre violenta; los ojos semicerrados miraban hacia arriba como si escuchara los acordes y los temas de una música celestial que le fuera dictada por un dios.

Tenía un exterior tan extático, recluido, de rapto, que ninguno se atrevía a aproximarse y hablarle. Ya eran las dos de la madrugada y casi todos los oyentes, saciados y llenos de sueño, habían desaparecido. Tan sólo permanecían en el fondo de la sala dos fanáticos melómanos: un joven y una muchacha que parecían ligados a las sillas por aquellos sortilegios sonoros. Pero pasadas ya las tres de la madrugada también ellos hallaron fuerzas para levantarse e irse.

Tan sólo quedaba yo, entontecido por aquellas cataratas sonoras, escuchando al célebre pianista. A pesar de todo lo que Ebers nos dijera al comienzo del concierto, no daba ninguna señal de fatiga. Sus hermosas y delgadas manos continuaban acariciando y golpeando el teclado, como si hubiera comenzado a hacerlo pocos minutos antes, y lograba de aquel perfecto instrumento melodías angélicas, cabalgatas infernales, clamores alegres y lamentos ocultos de ternura implorante. Su rostro se había transformado otra vez: ahora parecía el de un joven alucinado y pálido, que sufre y se consume en un amor inútil.

Yo no podía más, me adormecí en mi poltrona, ¿durante un minuto o durante una hora? Cuando me desperté ya se filtraban por los ventanales las luces del alba. Ebers continuaba tocando siempre, inspirado y alucinado. Con mano suave le toqué el hombro, y entonces se conmovió, se distendió, apoyó la frente en el teclado tocando un último acorde y repentinamente se quedó dormido.

Me hizo la impresión de un hombre asesinado, caído en los escalones de un catafalco negro.

Conversación 14

LA IGNORÁTICA

Nueva York, Waldorf Astoria, 1 de junio.

En la primera audiencia de la tarde de hoy me han presentado al doctor Horeb Naim, quien deseaba pedirme trescientos mil dólares para crear una nueva cátedra en la Universidad de Nuevo Méjico. Ya me había escrito repetidas veces, pero sin querer decirme de qué doctrina o disciplina se trataba. Esta vez le he obligado a hablar con franqueza. Comenzó a decir:

—Usted sabe que existen en nuestro país cátedras para todas las ciencias conocidas y posibles, e incluso para muchas especialidades, subdivisiones y hasta para enseñanzas pragmatistas de actividades prácticas, como la cocina y la vida conyugal. Pero también sabe usted que los conocimientos conquistados y poseídos por el hombre no son más que una fracción minúscula comparados con todo lo que ignoran hasta los más doctos. A pesar de las innumerables cátedras que sustentan el honor de nuestros *colleges* y de nuestras universidades, aún falta una, tal vez la más importante, la que debería ocuparse de lo que todavía no sabemos y que jamás llegaremos a saber.

»A esta ciencia de la ignorancia he dado el nombre de Ignorática, y pido su protección a fin de que sea creada por lo menos una cátedra para enseñarla. Y me permito añadir que ningún otro podría ocupar esa cátedra con mejor preparación que la mía».

—¡Idea maravillosa! —exclamé—, y le agradezco que me haya elegido precisamente a mí, que estoy mucho más provisto de dinero que de conocimientos, para que sea el mecenas de su Ignorática. Pero me agradaría que me dilucidara una pequeña y muy legítima curiosidad: si la Ignorática se ocupa de lo que no sabemos, ¿cómo hará para enseñar exactamente aquello que todos ignoran, sin excepción?

El doctor Horeb Naim se acarició la barbilla color sal y pimienta, sacó del bolsillo un espejo redondo en el que contempló su rostro color oliva arabescado

por graciosas arrugas y esbozó en sus labios una elegante sonrisa. Luego, jugando con el espejo, me habló así:

—Querido míster Gog, su curiosidad confirma la utilidad de mi proposición. Reconozco que hasta ahora he dicho muy poco, pero aún quedan muchas flechas en mi carcaj. La Ignorática, como lo expongo en un manual que todavía está inédito, tiene ante sí un vastísimo campo, de modo que nunca faltará materia para mis futuros cursos.

»Ante todo deberá proceder a compilar un diligente inventario de lo que no sabemos. Esta empresa puede parecer desesperada, pero nos atrevemos a realizarla. Hasta las ciencias más adelantadas están saturadas de misterios y de preguntas sin respuesta. Las hipótesis más afortunadas son tentáculos que palpan en el vacío. La astronomía ha realizado progresos maravillosos, pero aún carecemos de una idea precisa y segura sobre el origen y la estructura del universo.

Durante este medio siglo la medicina ha hecho milagros, pero todavía no sabemos cuáles son las verdaderas funciones de ciertos órganos y humores de nuestro cuerpo. La biología ha logrado la dignidad de verdadera ciencia, pero a pesar de todo aún estamos a oscuras respecto de las causas que han determinado las innumerables formas de la vida vegetal y animal.

»Después de este inventario, la Ignorática se propone otro problema: dividir las cosas no conocidas en dos grandes clases: las que presenten una fuerte posibilidad de ser descubiertas en un futuro más o menos lejano y las que probablemente jamás serán conocidas, ya porque se refieren a cuestiones absurdas o mal planteadas, o porque faltan a la inteligencia humana los medios necesarios para descubrirlas.

»Queda una tercera misión para la Ignorática: investigar mediante la historia de las ciencias, de qué modos y con qué métodos se han descubierto las verdades que en el pasado eran ignoradas hasta por los hombres de ingenio poderoso. Esta investigación, de carácter histórico y analítico, no será menos fundamental que las dos anteriores.

»Añadiré para edificación de usted, que la enseñanza oficial de la Ignorática tendrá grandísima repercusión incluso en la esfera de la moralidad, aun cuando ello parezca contradictorio. Demostrando que las cosas ignoradas son mucho más numerosas que las sabidas, se suscitará en los hombres, y especialmente en los jóvenes, un saludable sentido de humildad. Y por otra parte, enseñando cómo la

mente humana ha sabido convertir lo ignoto en conocido, y de qué manera podrá hacerlo aún mejor en el porvenir, la Ignorática robustecerá el justo orgullo del hombre pensante.

»Creo haber dicho ya bastante como para responder a su cuestión y para lograr su consentimiento».

He de confesar que el doctor Horeb Naim logró convencerme. Quizá me dejé ir demasiado lejos, pero le entregué una orden de trescientos mil dólares, avalada por mi firma.

Conversación 15 DEL MÚSCULO AL ESPÍRITU

New Parthenon, 30 de marzo.

Se me ha ocurrido repentinamente una pequeña observación que quiero registrar en este diario, a fin de no olvidarla.

Los hombres, para conservar su vida y defenderse de las amenazas o resistencias hostiles del ambiente en que viven, siempre han debido recurrir a la fuerza, a una forma más o menos dócil de la energía física. Comenzaron utilizando el esfuerzo muscular propio; más adelante, una vez lograda la domesticación de los animales, recurrieron a la potencia muscular de éstos. Por espacio de muchos siglos la fuerza del viento fue tan sólo un auxiliar limitado y poco digno de confianza.

La revolución industrial del siglo XIX pudo tener a sus órdenes la fuerza del vapor obtenido del agua, cosa que pareció, y fue, una conquista maravillosa.

Pero el vapor fue superado muy pronto, desde los últimos años del siglo, por las esencias minerales y por esa energía multiforme, invisible, misteriosa y obediente que es la electricidad. Hoy en día podemos prever que dentro de pocos años todas las fuentes de energía usufructuadas hasta ahora por el hombre serán sustituidas por otra energía aún más misteriosa y potente, accesible para todos los pueblos, la energía atómica.

En sus líneas esenciales ya está claro ese paso de las fuerzas individuales, bastas y débiles, hacia las fuerzas cada vez más universales, inmateriales y poderosísimas. ¿Nos detendremos en la utilización de la energía que se libera en la disgregación del átomo? ¿No hay tal vez en el hombre una energía mal conocida pero prodigiosa, que comúnmente se llama espíritu» y que, en ciertos individuos y en determinados momentos, ha demostrado ser capaz de lograr efectos sorprendentes que hasta hoy ninguna maquina es capaz de producir? ¿Acaso no será posible que algún día tal vez lejano, esa energía espiritual, utilizada hasta

ahora solamente para el trabajo del pensamiento, cuando esté educada, desarrollada y debidamente guiada, logre hacer todo lo que es necesario para la vida del hombre con la simple emanación y radiación de su voluntad? ¿No sucederá que en el próximo milenio, la veleidosa ilusión mágica de los primitivos llegue a convertirse en una realidad?

Conversación 16

UNA VISITA A LIN-YUTANG

(*O DEL PELIGRO AMARILLO*)

Cambridge (Mass.), 29 de octubre.

Finalmente he logrado conocer personalmente a Lin-Yutang, el chino más inteligente entre todos los conocidos por mí. Había leído con grandísimo gusto algunos de sus libros, y me urgía saber cuáles eran sus últimas opiniones acerca de su patria. Lin-Yutang es un hombre franco y cordial, no tiene nada de profesoral, pedantesco ni diplomático; sonríe frecuentemente, incluso cuando habla de cosas serias. Hasta respondió a mi pregunta sin anticipar los habituales preámbulos de precaución. Me dijo así:

—El pueblo chino es el pueblo más peligroso que hay en el mundo, y por eso está destinado a dominar la tierra. Por espacio de siglos permaneció encerrado en los confines del inmenso imperio porque creía que el resto del planeta carecía de toda importancia. Pero los europeos, y después los japoneses, le han abierto los ojos, los oídos y la mente. Han querido desanidarnos a la fuerza, y ahora han de pagar caras su ambición y su curiosidad. Desde hace un siglo los chinos aguardan la hora de vengarse, y se vengarán.

»La sublevación de los Boxers, del año 1900, no fue más que la primera tentativa, mal conducida y mal lograda. Pero el pueblo chino, que es astuto y paciente, ha elegido otros caminos. En el año 1910 se convirtió a la democracia republicana, en 1948 al comunismo. En realidad, de verdad, los chinos no son ni conservadores, ni democráticos ni comunistas. Son simplemente chinos, o sea: una especie humana aparte, que quiere vivir y sobrevivir, que se multiplica y debe expandirse por necesidad biológica más que por ideologías políticas.

»El pueblo chino es inmortal, siempre igual a sí mismo bajo todas las dominaciones. Ni los tártaros, ni los japoneses, ni los norteamericanos, ni los rusos han logrado o lograrán transformarlo. Pulula y se expande como un gigantesco pólipo tenaz y compacto, que ningún extranjero logrará desarraigitar.

»Las invasiones no lo han domeñado; las guerras perdidas no lo han vencido; las carestías no lo han diezmado; el opio no lo ha embrutecido, las revoluciones no lo han sacudido. Ningún otro pueblo puede tener esperanzas de superarlo y rechazarlo. Es un pueblo astuto y cruel, un pueblo de gente mercante y embrollona, de bandoleros y verdugos, que sabe utilizar para sus fines ya el engaño, ya la ferocidad. Por esto está destinado a convertirse en amo del mundo, porque los demás pueblos son más ingenuos y más buenos que él. Transcurrirá el tiempo que sea necesario, pero el futuro le pertenece.

»Cuando el emperador Guillermo II denunció hace ya cincuenta años el “peligro amarillo”, demostró el mayor rasgo de genio de toda su vida. Se burlaron entonces de la imperial ave de mal agüero, pero la Historia se prepara a darle la razón.

»Los chinos han comenzado por enviar vanguardias a todos los países del mundo: a la Malasia, a la Indonesia, a casi todas las tierras del Asia; hay barrios chinos en San Francisco y en Nueva York, en Londres y en París. En el primer período postbético aparecieron vagos chinos por las calles de Berlín, de Roma, de Madrid y de El Cairo; iban con la excusa de vender perlas falsas, pero en realidad eran los primeros mensajeros del gran desborde.

»Los chinos se han servido de la república de Sun-Yat-Sen para librarse de los parásitos del antiguo imperio manchó; utilizaron al bolcheviquismo para liberarse de los parásitos de la república burguesa; un día u otro, bajo una bandera de conveniencia, se liberarán de los parásitos del comunismo. Son un pueblo sin escrúpulos, que se sirve de las ideas pero se niega a ser esclavo de las mismas; con el tiempo les pertenecerá la tierra.

»Para la interminable masa de chinos, lo esencial es engendrar hijos y tener arroz suficiente para mantenerlos; el resto es ficción, máscara, pretexto. Su país es grande pero pobre, por lo cual y poco a poco serán impulsados a ocupar otros países: el Tíbet, Corea, la Indochina, la península de Malaca, tales serían los primeros bocados. Pero el apetito viene a medida que se come. Cuando tengan cantidad suficiente de las armas más modernas, nadie será capaz de atajar a esos quinientos millones de ladrones hambrientos y crueles, ni siquiera los doscientos

millones de eslavos. Ya en la Edad Media los mongoles invadieron a Rusia y llegaron hasta los confines de Italia; en la nueva Edad Media que se prepara se difundirán como un diluvio por toda la Europa; América logrará salvarse, pero no para siempre. Después de algunas generaciones, el “peligro amarillo” se convertirá en el “dominio amarillo”. El color amarillo, según vosotros, los occidentales, es el color de la envidia y del odio; los amarillos no pueden tolerar la idea de que haya razas superiores a la propia y las someterán. Su dominio no será dulce ni fácil, pero a pesar de todo, el Imperio del Sol Naciente llegará a ser un día, aunque lejano, el Imperio donde el Sol no se levantará ni se pondrá jamás.

—¿Habla seriamente? —pregunté a Lin-Yutang.

—Nada hay más serio, míster Gog —me contestó el genial chino, y estalló en una sonora carcajada, tan alegre y prolongada que me espantó. Yo no lograba decir una palabra más, y cuando lo dejé aún estaba riendo.

Conversación 17

VERDUGOS VOLUNTARIOS

Tung-Kwang, 6 de octubre.

Supe que en esta ciudad rige una costumbre que no se conoce en ningún otro lugar de la tierra, costumbre que vale la pena consignar aquí.

Todos los condenados a muerte de las provincias cercanas son enviados y reunidos en Tung-Kwang, donde hay una prisión bastante grande, una de las más modernas de China. Mas las ejecuciones capitales no son hechas por verdugos profesionales, sino por ciudadanos privados que no sólo se ofrecen voluntariamente para ese trabajo de alta justicia, sino que además pagan una suma bastante elevada para obtener el placer y el honor de ejecutar las sentencias con sus propias manos.

Estas ejecuciones se realizan en días fijos, tres veces a la semana, pero con sistemas diversos. Los lunes están reservados a la muerte por la horca; los miércoles a los fusilamientos y los viernes a la silla eléctrica. Hay personas que prefieren uno u otro de esos sistemas, pero tampoco faltan los que quieren probar ya uno, ya otro método de quitar la vida a los delincuentes. En estos tiempos de perturbaciones y guerras civiles las condenas a muerte son numerosas, y cada semana afluyen a Tung-Kwang verdaderas caravanas de rebeldes, ladrones, traidores, desertores y prevaricadores públicos. Me han asegurado que llegan a la ciudad por lo menos treinta condenados por día. El verdugo jefe, a quien corresponde asignar las clases de ajusticiamiento, los divide en tres grupos: los condenados políticos son reservados al fusilamiento; los ladrones y bandidos a la horca, y el resto de los delincuentes menores a la silla eléctrica, considerada el método menos doloroso.

Los ciudadanos que desean ejercitar el oficio de verdugo voluntario deben inscribirse una semana antes y pagar los derechos determinados por la ley. Los postulantes abundan, más de lo necesario, tanto es así que delante de la puerta del jefe de verdugos siempre hay cola, y los retrasados deben esperar hasta dos y tres

semanas para poder hacer ejecuciones. He podido observar que esos verdugos voluntarios son hombres de todas las edades y condiciones sociales; me han hecho saber que los pobres echan mano a préstamos gravosos a fin de procurarse la suma requerida, bastante elevada. También se admite a las mujeres con tal que hayan alcanzado la edad de veinte años y sean robustas, y me dicen que frecuentemente son ellas más entusiastas y capaces que los hombres.

Pregunté a un viejo literato que sabe inglés y que dice ser taoísta, cuáles eran las razones de tan singular costumbre, y me respondió:

—Se trata de una sabia estrategema ideada por nuestro gobernador para mejorar la moralidad pública. Usted sabe que en nuestro pueblo está muy difundida y arraigada profundamente la necesidad de matar. Según la doctrina de Tao, los instintos demasiado reprimidos acaban por vengarse, y así hemos hallado el secreto para encauzar, por lo menos en parte, esa manía homicida, que se satisface así periódicamente sin daño de los inocentes y sin los temores y remordimientos de los asesinatos clandestinos. Los hombres y mujeres que experimentan con más fuerza esa necesidad de matar, tan común en nuestra naturaleza, pueden satisfacerla impunemente, y en lugar de matar arbitrariamente, según los caprichos del odio personal, brindan su trabajo para obtener la supresión de seres malvados que merecen la muerte por sus desenfrenados delitos. Así hemos abierto una legítima vía de escape que no daña a nadie, y, además, es muy útil para la comunidad.

Le hice observar que, si esa cura lograra plenamente sus efectos, gradualmente disminuirían los verdaderos asesinos, con lo cual también sería menor el número de las condenas a muerte. Esta objeción no conmovió lo más mínimo al literato.

—Nosotros condenamos a muerte no sólo a los asesinos, sino también a los ladrones, a los revoltosos, a los violadores de mujeres y a los sacrílegos; gente de esa especie siempre habrá en abundancia. Y nada impide cambiar los códigos de modo que se pueda aplicar condena capital incluso por delitos que hoy son castigados únicamente con la cárcel. Finalmente, piense en los beneficios que obtiene el erario; con dicho sistema el gobierno no sólo ahorra el salario que correspondería a los verdugos de carrera, sino que, con las condenas a muerte, obtiene una entrada bastante voluminosa.

La pasión de los ciudadanos de todas las clases sociales por esas macabras prestaciones de servicios por las que se paga, es tan popular y poderosa, que un

diario de Tung-Kwang está realizando una campaña contra los jueces acusándolos de indulgencia exagerada y de venalidad desenmascarada. Según parece, los jueces no dictan suficientes condenas a muerte, con el resultado de que muchos amantes del arte del verdugo no puedan comprar con la necesaria frecuencia el derecho a matar legalmente a sus prójimos.

Conversación 18

EL MERCADO DE NIÑOS

Ming-Po, 15 de junio.

El amigo taoísta ha querido acompañarme a visitar el negocio más extraño y más famoso de la ciudad, que está situado en la calle principal del suburbio oriental.

En la entrada hay uno de los habituales cartelones de latón, en el que se puede leer una serie de ideogramas color escarlata.

El local consiste en un largo corredor que, para el paso de los compradores, tiene en medio un estrecho pasadizo formado por dos divisiones de palos, paralelas, que a su vez forman con las paredes dos galerías angostas y oblongas donde se halla la mercancía a vender.

Aproximándome a las divisiones de madera pude ver que, acurrucados en tierra, sentados en pequeñas sillas o tendidos en pobres esteras de bambú, había allí decenas de niños de edad varia, entre los cinco y los diez años; estaban inmóviles, silenciosos, como si fueran objetos inertes y no criaturas humanas. La mayor parte de ellos estaban macilentos y agotados, pero no faltaban algunos gordos y mofletudos, aunque su color era triste. Casi todos tenían los ojos semicerrados y no los abrieron ni siquiera al oír el ruido de los pasos y de la conversación. De ambas galerías, cerradas y llenas de cuerpos infantiles, salía un acre olor a sudores y excrementos.

En aquel momento había allí tan sólo dos compradores, un viejo y una vieja. Pero mi amigo el filósofo me dijo que el comercio de niños era por entonces próspero y beneficioso, tanto así que el dueño de aquél había podido comprar todas las tierras de un pueblo cercano.

—Mas ¿para qué compra la gente a estos niños?

—Son diversos los motivos —me respondió el amigo taoísta—. Hay quienes no tienen hijos y quieren ver en su casa a un niño de su propiedad; los ricos compran alguno que otro para que sus hijas tengan juguetes vivientes en lugar de muñecas de trapo o de porcelana. Los mendigos invierten sus ahorros en la adquisición de un niño delgado y enfermizo para suscitar mayor compasión en el corazón de la gente que pasa. También hay algunos que de vez en cuando se valen de un niño en sus actividades de magia negra, sacrificándolo ocultamente a alguna divinidad infernal; finalmente, y aunque son pocos, están los antropófagos clandestinos que para sus festines de caníbales prefieren la tierna carne de los niños, y hasta se dice, aunque sin dar pruebas, que algunos viciosos utilizan a niños comprados para satisfacer sus súcias perversiones.

—Y los padres que saben todo esto —pregunté aterrorizado—, ¿por qué continúan vendiendo a sus hijos?

—En nuestros campos la miseria es espantosa. Son frecuentes las carestías causadas por la sequía o la langosta. Hay padres que tienen un regimiento de hijos y no saben cómo alimentarlos; venden entonces dos o tres, generalmente los más chicos, y con el dinero así obtenido compran un poco de arroz para que los mayores no mueran de inanición. Las madres se rebelan y lloran, pero después, ante el terror al marido y a la necesidad, concluyen por resignarse.

En ese momento salió de la oscuridad del fondo el infame comerciante, obsequioso y sonriente, animado por la presencia de un cliente extranjero. Era un chino todavía joven, de rostro chato, color azafrán; vestía una hermosa túnica de seda celeste. Se paró ante nosotros haciendo una inclinación; inmediatamente le di la espalda y huí a grandes pasos de aquel horrible mercado. El amigo taoísta me alcanzó en la calle y me preguntó con plácida voz.

—¿Tal vez no le ha gustado la visita?

Conversación 19

UNA VISITA A OTORIKUMA

(O LAS PARADOJAS DE LA GUERRA)

Tokio, 3 de abril.

Hoy en día Otorikuma es considerado el historiador más genial del Japón, aun cuando desde hace muchos años no haya publicado ninguna obra nueva.

Es un anciano modesto y pequeño, tiene setenta y cinco años de edad, y vive privadamente dando lecciones a estudiantes de la Universidad.

Fui a verlo con la esperanza de saber por su medio qué piensan hoy, acerca del mundo, los japoneses más inteligentes. Pero Otorikuma no gusta hablar acerca de su patria. Me habló en perfecto inglés:

—Yo era contrario a la última guerra, y por muchas razones, algunas buenas y otras malas. El Japón había vencido la vez primera a un coloso, la China; la segunda vez venció a otro coloso: Rusia. Pero éstos eran gigantes avejentados, enfermos, todavía medievales. No debía ahora enfrentarse contra un tercer coloso en pleno crecimiento de fuerzas y de ambiciones, como son los Estados Unidos. Una vez que se han dado dos golpes con buen éxito es una locura arriesgarse a dar un tercero y un cuarto. Ahí tenemos a Napoleón: había conquistado a Alemania e Italia, pero no logró el mismo éxito contra Inglaterra y se vio arruinado en la campaña de Rusia.

»En el año 1853, los norteamericanos habían obligado al Japón, con amenazas, a abrir sus fronteras a la civilización del Occidente, y nosotros, en lugar de resistir, nos convertimos en alumnos e imitadores de Europa y de los Estados

Unidos. Fuimos discípulos excelentes, pero es muy difícil que el alumno pueda superar al maestro si continúa obrando en el mismo plano de la enseñanza recibida. A pesar de las amenazas hubiéramos podido continuar siendo un pueblo de samuráis, de artistas y poetas; en cambio, quisimos convertirnos en un pueblo de fabricantes, de ingenieros y navegantes. Traicionamos el espíritu antiguo de nuestras tradiciones nacionales y finalmente sobrevino el castigo.

»Si un pueblo de ruiñores siente envidia del águila y pretende parecerse a los gavilanes, acaba por ser víctima del cóndor. Pero le suplico que abandonemos este tema, demasiado doloroso para mi viejo corazón.

— ¿Qué piensa acerca de la tragedia actual del mundo?

— Si en verdad es una tragedia, no puede concluir más que en una catástrofe. Pero también puede ser que sea una tragicomedia, y entonces también puede concluir en un contrato de bodas. Pero yo soy historiador, no profeta. Ya que tiene la bondad de escucharme, deseo hablarle de las muy extrañas paradojas que se han producido después de la última guerra.

»En otros tiempos, y bajo otras civilizaciones, las naciones derrotadas eran obligadas a ceder territorios y a pagar indemnizaciones, pero los jefes de esas naciones, y menos aún los jefes militares, no eran procesados por los vencedores. Los monarcas abdicaban a veces, pero por su propia voluntad; los generales vencidos podían ser castigados por sus gobiernos, pero no por los vencedores; el dolor y la vergüenza de la derrota ya eran de por sí un duro castigo. Ahora, en cambio, los jefes políticos y militares de los países vencidos son considerados delincuentes, y como tales son procesados y castigados. Éste es un hecho completamente nuevo en la historia moderna. Se ha hablado de "criminales de guerra", pero todos los ejércitos que están en guerra cometan, en formas más o menos graves, lo que se llama "atrocidades". Si los vencidos hubieran resultado vencedores, con los mismos pretextos hubieran podido declarar "criminales" a los mismos hombres que han sido sus jueces. Si mañana hubiera otra guerra, cualquier general de cualquier país puede correr el riesgo de morir ahorcado o fusilado si no tiene la fortuna —a veces puramente fortuita—, de pertenecer al bando de los vencedores.

»Pero hay otra paradoja aún más sorprendente. Los vencedores sacrifican millones de vidas y gastan centenares de miles de millones para lograr la victoria, pero inmediatamente después se apuran a gastar otros centenares de miles de millones para alimentar a los pueblos vencidos, para darles los medios de reparar

las ruinas de la guerra, para levantar otra vez las industrias, para alcanzar un mejor nivel de vida y lograr una mayor prosperidad. Este singular espectáculo se vio ya después de 1918, pero ahora es todavía más espectacular. El hombre común de la calle podría pensar que era mucho más sencillo ahorrar los millones destinados a la destrucción, con lo cual también se ahorrarían los destinados a la reconstrucción, millones todos que proceden de los combatientes y de los contribuyentes del pueblo victorioso.

»Pero hay todavía otra paradoja aún más increíble e inverosímil. Los vencedores han gastado profusamente vidas y millones para aniquilar a las fuerzas armadas del adversario, y apenas obtenida esta finalidad que parecía ser para ellos de importancia vital, se apresuran a proporcionar fusiles, cañones, aeroplanos y miles de millones a los pueblos vencidos a fin de que el día de mañana éstos se conviertan en sus aliados contra algunos de sus aliados de ayer. Sería algo similar que la policía, después de desarmar a una banda de malhechores, pusiera en manos de éstos armas más poderosas que las que antes tenían, y los invitara a combatir contra las milicias auxiliares que participaron en su captura.

»Estas paradojas no son absurdos inventos de mi fantasía, podría leer las pruebas y confirmaciones en los diarios de todos los países. Ciertamente, en estas paradojas hay una necesidad dialéctica en vías de realización, pero deberá usted confesar que se trata de una dialéctica diabólica o, mejor aún, demente. Según mi parecer, la verdad es que, desde 1914, el género humano ha sido herido por una forma grave de locura colectiva, la que por el hecho de ser común y universal no es advertida y reconocida como locura auténtica. Lo que sucede en los últimos lustros no es juzgado fruto de la fiebre o del delirio, como es en realidad, sino simplemente se le considera un desarrollo natural de la vida humana. Ninguno piensa o puede pensar, consiguientemente, en una verdadera y apropiada curación. El frenesí y la obsesión parecen estados normales y nadie se da cuenta de las alocadas paradojas a que se ven arrastrados los hombres.

»Esta enfermedad, lo mismo que todas las enfermedades mentales, tiene un desarrollo caprichoso y cíclico: a los ataques de furor homicida de los períodos 1914-1918 y 1939-1945, suceden períodos menos violentos, pero en los que son evidentísimas y constituyen un pavoroso preludio de otros ataques furiosos, las manías de persecución, de grandes, la manía del suicidio, de la destrucción y otras igualmente peligrosas. La humanidad tendría necesidad urgente de una cura drástica y radical, pero ¿dónde están los psiquiatras titanes capaces de intentarla? Cuando la Tierra toda es un manicomio, hasta los médicos y enfermeros se ven reducidos a ser simples espectadores impotentes o se vuelven locos igual que sus

pacientes. Esta locura, colectiva e incurable, conducirá probablemente a un exterminio total o a un suicidio universal. Solamente la Divinidad podría curar y traer la salvación, pero hasta ahora Dios guarda silencio, y ese silencio de Dios es quizá la más terrible condenación de los hombres.

Otorikuma cesó de hablar y me miró. Por la expresión de mi rostro debió darse cuenta de que sus pensamientos me habían turbado y entristecido, pues me estrechó fuertemente la mano derecha con sus dos pequeñas manos y me acompañó obsequiosamente hasta la puerta.

Conversación 20

EL DESQUITE DEL SALVAJE

Apia (archipiélago de Samoa), 4 de octubre.

El recuerdo más hermoso que me llevaré de estas islas es la conversación tenida pocos días ha con un viejo polinesio, con quien hablé en la glorieta de un pastor metodista de quien yo era huésped.

El viejo, que posee los mejores rasgos de su raza y un rostro abierto e inteligente, es, según me ha dicho el pastor, un convertido al Cristianismo, y ha viajado por Europa y América. Se llama Wukaawa, cuenta unos setenta años de edad y habla con facilidad en muy buen inglés.

Se discurría acerca de la civilización anglosajona, de sus conquistas y de sus culpas, y entre otras cosas se habló de la destrucción casi completa de las razas juzgadas «inferiores», «primitivas», por los cristianos burgueses de Londres y de Nueva York. Me dijo Wukaawa:

—La forma de ceguera más grave de aquellos señores es la que les induce a considerarse «civilizados» al parangonarse con nosotros «salvajes». Si conocieran un poco mejor nuestra vida y la historia de sus pueblos, comprobarían con estupor, vergüenza y remordimiento, que esa distinción tan útil a sus intereses y tan favorecedora de su orgullo, en realidad no existe. Los «civilizados» son todavía «salvajes», o si le place más así, los llamados «salvajes» se parecen en los aspectos más comunes de la vida a los pretendidos «civilizados». Bastarán unos pocos hechos para probarle que no soy un malabarista de paradojas sino un honrado observador de lo que sucede en el mundo.

»Comencemos por uno de los hechos fundamentales de la historia humana: la guerra. La guerra que hacen las tribus salvajes con finalidades de rapiña, podemos encontrarla, cambiando sólo las proporciones, en todos los pueblos “civilizados”, que asaltan a otras naciones para apropiarse de territorios, ciudades, riquezas y otras presas.

»Se ha reprochado a los salvajes por hacer guerra improvisadamente, de sorpresa, sin razones ni declaraciones. Pero, lo mismo ha sucedido en la última guerra mundial, por todas partes y por obra de los civilizados, quienes procediendo como los primitivos, han dado muerte a los prisioneros vivos o los han reducido a la esclavitud.

»Hoy en día, en todos los países “progresistas” se tiende en formas diversas, pacíficas o violentas, a establecer la comunidad de bienes, con los nombres de socialismo o comunismo. Pero se olvida que en las antiguas tribus salvajes la propiedad privada era desconocida; todo, absolutamente todo, pertenecía al clan, o sea, a la comunidad.

»Los pueblos civilizados se jactan de que, al cabo de luchas seculares, han llegado a la democracia. Pero en todas las sociedades salvajes primitivas el gobierno era ejercido por un consejo de ancianos, el que debía rendir cuenta de su actuación ante una asamblea de adultos.

»Se afirma que los salvajes no tienen conocimientos fuera de la magia, y es verdad, pero Sir James Frazer ha demostrado las profundas afinidades que median entre la ciencia y la magia: ambas se proponen poner al servicio del hombre las fuerzas de la naturaleza actuando sobre la esencia universal de las cosas, llamada por nosotros *mana* y por vosotros materia o energía. Además, si se quisiera hacer alusión a nuestros magos, bastaría recordar que todas las grandes ciudades del Occidente e incluso en nuestros días, están llenas de magos y magas, de profetas y ocultistas, de hechiceros y nigromantes, y que todos ellos hacen óptimos negocios. Hasta el mismo Hitler se hacía aconsejar, en sus decisiones de guerra o de paz, por especialistas en ciencias ocultas.

»Además, se dice que muy frecuentemente la religión de los salvajes se reducía al culto de los muertos. Lo mismo acontece hoy en las naciones que se jactan de ser las más inteligentes y positivas. Las religiones reveladas son reducidas cada vez más a un residuo de símbolos y prácticas exteriores, sin un verdadero contenido de fe viva, mientras que el culto de los muertos es vivísimo incluso entre los ateos y los indiferentes. Bastará citar la adoración de la momia de Lenin, en Moscú, para probar que el culto de los difuntos y de sus reliquias es lo único que ha sobrevivido a las negaciones del escepticismo y del materialismo.

»Las diversiones que prefieren las plebes pobres o ricas de los países civilizados, o sea el abuso de líquidos fermentados, las danzas frenéticas, las fiestas de máscaras, las músicas ruidosas y bestiales, son las mismas que se usan entre los

salvajes.

»En cuanto a la promiscuidad sexual que a veces es reprochada a los primitivos, y casi siempre erróneamente, será mejor que no insistamos. La difusión del adulterio, la multiplicación de todas las formas de prostitución, la creciente fortuna de los invertidos y de los pervertidos, son hechos reveladores de que la corrupción sexual de los civilizados supera en mucho a la de los salvajes.

»Los salvajes andan desnudos, muchas veces por exigencia del clima o por pobreza. Pero basta visitar vuestras playas durante las temporadas veraniegas, basta asistir a las exhibiciones de criaturas semidesnudas en los teatros y estadios, aproximarse a las colonias nudistas que florecen en los países nórdicos, para observar que los civilizados, también en esto, se parecen cada vez más a los escandalosos salvajes.

»Finalmente, hasta la originalidad de los tocados femeninos mancomuna a la perfección en la inconsciencia del ridículo a los ricos civilizados y a los pobres salvajes. Algunas señoritas de París o de Nueva York nos parecen extravagantes y cómicas a nosotros los salvajes, de igual modo que parecían tales a los viajeros europeos las mujeres de la Nigeria o las indígenas de la Tasmania.

»Y hasta los tatuajes de los polinesios están ahora de gran moda entre los delincuentes de Italia y de Francia, entre las mujeres de negocios turbios y los dandies de Inglaterra y de los Estados Unidos.

»Así, pues, querría saber cuáles son las diferencias esenciales y sustanciales entre los llamados civilizados y los salvajes. Las formas exteriores, los enmascaramientos, los atuendos y las denominaciones del salvajismo civilizado, son en gran parte diversos, y digamos también que son más hipócritas y mortíferos, pero la estructura íntima de su existencia, los gustos, los hábitos y los mitos, son por doquiera casi los mismos. El "civilizado" que desprecia al "primitivo", encarnece a su sosia, se condena a sí mismo.

El inteligente polinesio no habló más, pero ni yo ni el pastor metodista fuimos capaces de decir algo para contradecir los irrefutables hechos puntualizados por Wukaawa.

Conversación 21

EL INSTITUTO DE REGRESIÓN

Honolulú, 6 de marzo.

El *Instituto Científico para la Regresión Humana* ocupa un vallecito situado a dieciocho millas de la ciudad. El director del mismo es el conocidísimo biólogo australiano Austen Finlay, quien me había escrito repetidas veces invitándome a visitar su Instituto, único en el mundo, y que tiene ya varios años de vida. Finalmente pude aceptar y no me arrepiento de haber venido hasta aquí sólo para esta visita. Fui recibido por el doctor Finlay con una cortesía exquisita, tanto más sorprendente por ser un hombre que a primera vista parece rudo, agresivo y extraño. Es completamente calvo y lampiño, tiene grandes ojos grises, saltones, enorme nariz romá, voluminosos labios pálidos y carnosos; viste como un empleado de tienda en vacaciones: una camisa color turquí sin cuello y pantalones cortos de terciopelo negro. Me dijo así:

—Una de mis primeras lecturas de la juventud fue *La Isla del Doctor Moreau*, de Wells, obra que me causó una impresión muy grande y fue el libro que me decidió a estudiar biología. Soñaba con poder hacer en la realidad, muy pronto, lo que Wells había soñado con su fértil imaginación de profeta científico. Usted conoce, ciertamente, esa obra de Wells; recordará que el doctor Moreau intenta hacer humanos a varios animales que ha recogido en una isla educándolos y transformándolos. Cuando concluí en Cambridge mis estudios de zoología comparada y de biología general, regresé a mi patria y me fue fácil hallar los capitales necesarios para mi gran experimento. Esta intentona continuada tenazmente durante muchos años, concluyó como la imaginada por Wells, en un clamoroso fracaso. Hasta los perros y los monos, que parecen ser los animales más reducibles al estado humano, se mostraron relutantes y rebeldes. Podía lograr perros sabios y monos amaestrados, pero todo exteriormente, de una manera automática y mecánica; nada logré que se asemejase, ni siquiera desde lejos, a la mente y menos todavía al alma del hombre. De un modo especial los felinos se mostraban refractarios a todos mis esfuerzos de sublimación antropoide.

»Ese fracaso me hizo reflexionar llegando finalmente a una inversión total de mis conceptos. Sólo Dios puede elevar a los seres de un estado inferior a otro superior, como lo demuestra la teoría transformista que es aceptada ahora por todos los biólogos, incluso por los que militan en las Iglesias cristianas.

»Pero el hombre, demiurgo principiante e indeciblemente lejano de la potencia divina, puede tener éxito en el camino contrario: puede hacer una regresión del estado superior al inferior. Indudablemente, esta empresa es más fácil puesto que no se trata de añadir, o sea, de crear, sino de quitar, es decir, empobrecer y rebajar, operaciones éstas que no son imposibles ni siquiera para los monos de Dios.

»Guiado por este pensamiento, hace catorce años que fundé *el Instituto Científico Para la Regresión Humana*, obra que me ha costado muchísimos esfuerzos y cuantiosos gastos, pero que me ha permitido conseguir casi perfectamente la finalidad que me había propuesto. Usted sabe que muchos hombres están disgustados y asqueados de su condición de seres humanos conscientes y responsables. Desde los Cínicos de Grecia hasta los Materialistas del siglo XVIII, son muchísimas las personas que han deseado la paz y la simplicidad de vida de los brutos. En lugar de practicar el ejemplo del doctor Moreau procuré seguir con métodos prácticos y científicos el mito de Circe, y recordará usted que no todos los compañeros de Ulises, transformados en cerdos, aceptaron de su voluntad recuperar su condición de hombres.

»Por todo ello no me fue difícil hallar una docena de nuestros semejantes dispuestos a someterse con alegría a mis experimentos, para un metódico embrutecimiento animal. Excluí intencionalmente a los salvajes, puesto que su transformación en verdaderos animales se hubiera prestado a polémicas malignas. Los ejemplares humanos que elegí fueron hombres de raza blanca y bastante civilizados, hasta hubo entre ellos un profesor de filosofía idealista, que estaba saciado y hastiado de las acrobacias mentales de sus maestros.

»Debo confesar que no todas las metamorfosis intentadas tuvieron un éxito satisfactorio, pero las más logradas, seis en total, son una prueba innegable de mi afirmación primera básica: no se puede transformar a los animales en hombres, pero sí se puede reducir perfectamente a los hombres al estado de animales, al que están, naturalmente, inclinados inclusive sin la intervención consciente de la biología. Además, debí contentarme con los modelos animales más comunes, que se pueden observar fácilmente, *in nuce*, en la mayoría de nuestros semejantes. Así pude lograr un oso, un lobo, un puerco, una hiena y hasta un chacal, pero la obra

maestra de mi Instituto es el hombre gorila, el que con excepción de algunas particularidades somáticas, es una maravillosa imitación de ese simpático primate. Pero quiero que usted pueda juzgar por sí mismo acerca del feliz éxito de mis facsímiles. Estos seis exhombres gozan de óptima salud, han renunciado a sus facultades humanas, como, por ejemplo, al lenguaje articulado, y casi siempre están de buen humor. Con gruñidos que calificaría de afectuosos y casi amorosos, quieren manifestarme su gratitud por el estado menos doloroso y angustioso al que los he hecho retrogradar lentamente. Estos resultados tienen una importancia decisiva para el progreso de la biología, pero desde el punto de vista moral pueden ser juzgados como una inesperada contribución al aminoramiento de la infelicidad humana.

El profesor Finlay me llevó después a ver a sus seis exhombres por los diversos recintos dispuestos racionalmente en el valle. En el primero pude ver ...
(En el manuscrito del diario falta la última parte de la descripción prometida por Gog).

Conversación 22

EL ENTONTAMIENTO PROGRESIVO

Calcuta, 29 de noviembre.

En una revista que se publica en lengua inglesa en la ciudad de Bombay, *Maya*, hallé una colaboración enviada desde Niza y firmada por Aurananda; dicha colaboración merece ser considerada. El autor debe ser un joven hindú muy culto, y sostiene que los pueblos occidentales, europeos y americanos, después de haber sido durante muchos siglos poseedores de la más elevada inteligencia creadora y crítica, causan ahora la impresión de un entontamiento total casi pavoroso, que año a año se vuelve más visible y más grave. Después de hacer notar, con agudeza y sin prejuicios, los síntomas y las pruebas de ese decaimiento general, Aurananda enumera las causas principales de ese inesperado fenómeno. Según su opinión, son las siguientes:

- 1) Las publicaciones semanales ilustradas, que se ocupan casi exclusivamente de los escándalos mundanos, de los delitos y de las cosas extrañas, prevaleciendo las imágenes fotográficas sobre las ideas y las discusiones críticas.
- 2) El cinematógrafo, que embrutece sistemáticamente a la gran masa de las clases medias y proletarias con espectáculos de bestialismo feroz, de sentimentalismo idiota, de un falso lujo y, en general, de una vida hueca, artificiosa y presuntuosa. El cine ayuda también a sustituir el *pensar* por el ver.
- 3) Los deportes, en los que es evidente la supremacía de los valores puramente físicos y musculares sobre los valores morales e intelectuales.
- 4) La difusión, siempre creciente en todas las clases sociales, de los estupefacientes: opio, morfina, cocaína, heroína, etc., que terminan por embotar y ofuscar las facultades superiores del alma y preparan generaciones de maníáticos, imbéciles y neuróticos.
- 5) El abuso, también creciente y de un modo especial entre los jóvenes de

ambos sexos, de las bebidas alcohólicas y excitantes.

6) El auge universal de las danzas y músicas de origen primitivo y salvaje, que entontecen el cerebro, desvigorizan la voluntad y crean un paroxismo afrodisíaco debilitante. También el baile favorece los estímulos musculares y sexuales, todo con desmedro de las actividades mentales superiores.

7) La radio, que transmite principalmente música, y generalmente música mala, incitando a ensueños extenuantes y morbosos, alejando del estudio, de la meditación, del ejercicio del pensamiento operante.

8) La exagerada importancia que tienen hoy en la vida occidental los muchachos, las mujeres y los trabajadores manuales, los tres señores de la época, los tres sectores de la humanidad menos capaces de un profundo y continuado trabajo de reflexión.

Aurananda se asombra de que los gobernantes de Europa y de América no se preocupen por ese progresivo entontamiento de sus pueblos, y de que no intenten contenerlo o retardarlo en alguna forma.

La experiencia obtenida por mí durante estos últimos años en mis viajes por esos pueblos confirma plenamente las conclusiones a que llega la colaboración del número 76 de la revista *Maya*. Pero ¿quién lee en París o en Nueva York esa humilde revista de jóvenes hindúes?

Conversación 23

EL EJÉRCITO DE BAADUR

Nipur (India), 24 de enero.

He aquí lo que me contó ayer por la noche un viejo Veda, de barba corta, mendigo, charlatán, quien, según él mismo lo afirma, ha recorrido todos los países del Asia Central:

«El ejército del Sultán Baadur dejó sus campamentos del Valle Negro hacia fines de marzo. Era un ejército inmenso, marchaba destinado a conquistar Cachemira, pero era completamente diverso de los que hasta ese día se habían enfrentado y combatido. En realidad no se parecía a ningún ejército de los reinos e imperios de los hombres.

»El Sultán Baadur, convertido a las doctrinas del Profeta Muni, pensaba que la guerra no condice con la dignidad de nuestra especie, creada por los dioses tan por encima de las demás especies. Decía Baadur el Sabio que los hombres tienen misiones y oficios mucho más elevados que quitar la vida a sus semejantes. Morder, despedazar, estrangular, envenenar, son operaciones que corresponden mejor a la mayor parte de los animales, a quienes fueron dadas armas naturales aptas: cuernos, dientes, garras, vesículas con veneno. Y el Sultán Baadur, ¡glorificado sea su nombre!, fue el primer príncipe que formó un gran ejército compuesto por animales amaestrados para la guerra.

»El ejército, que en una mañana de marzo salió del Valle Negro, llevaba como vanguardia una manada de lobos hambrientos; seguía a éstos una legión de leopardos atraillados, una tropa de osos velludos y feroces, un lote de toros salvajes, un apretado regimiento de fieros leones y finalmente, una larga hilera de grandes elefantes, destinados los últimos a pisotear y deshacer a los enemigos que las bestias precedentes hubieran herido sin llegar a matar.

»Para guiar y vigilar a esas manadas de bestias, aun cuando ya estuvieran domadas y adiestradas para prestar servicios de guerra, era necesario contar con

un cierto número de hombres. Mas, el prudente Baadur no había querido que para ese peligroso y desagradable oficio fueran llamados hombres libres e inocentes. Había hecho salir de las cárceles a todos los condenados por homicidio o intento de homicidio que eran huéspedes de las prisiones de su reino, concediéndoles gracia y libertad con la condición de que amaestraran a las fieras en el arte de la guerra y las condujeran contra el enemigo. Mas prohibió que esos hombres participaran en los combates: tan sólo debían vigilar y azuzar a los animales puestos a sus órdenes. Afirmaba Baadur que ni siquiera a los asesinos se les debía permitir dar la muerte.

»Algunos de esos hombres conducían, en carros tirados por mulas, muchos halcones con capuchón, los que en el momento de la batalla serían liberados de los capuchones y, de acuerdo a la enseñanza recibida, se lanzarían contra los enemigos arrancándoles los ojos. Otros delincuentes indultados guardaban en amplias canastas cerradas serpientes que, en el momento oportuno, serían arrojadas en medio del ejército enemigo, esparciendo la muerte a su alrededor.

»Así estaba formado y ordenado el ejército que el poderoso Sultán Baadur, amigo de los hombres, hizo partir una mañana de marzo desde el Valle Negro. Y el ejército marchó por montes y bosques, durante 57 días, y todos los seres vivientes se alejaban de su camino apenas oían el aullido de los lobos, el rugido de los leones, el bramido de los osos, el mugido de los toros y los clamores de los elefantes. Y el ejército de las fieras entró en Cachemira y fue lanzado contra los aterrorizados defensores, hombres simples y débiles armados con lanzas y flechas. La furibunda tropa de los animales famélicos anonadó, trastornó y devoró al poderoso ejército del rey de Cachemira. Pero cuando los infelices guerreros humanos estuvieron todos muertos o dispersos, sucedió algo horrible, sucedió lo que el sabio Baadur no había previsto: las fieras, cebadas y ebrias de sangre y de exterminio, no obedecían más las órdenes y amenazas de sus guardianes. Éstos, profiriendo voces espantosas, repartiendo latigazos, dando golpes con mazas de hierro y punzando con lanzas, intentaban reducir y alinear a sus animales, pero ¡todo era en vano! Ni siquiera los halcones querían volver a sus refugios, ni las serpientes oían los tañidos de flauta de los encantadores. Más aún, se desató otra espantosa carnicería: las hordas desencadenadas de las fieras, como enloquecidas por la libertad y el tumulto, se lanzaron contra los malhadados domadores y conductores y en poco tiempo los deshicieron hasta el último. Finalmente, una vez ahítas, se diseminaron y escondieron en la interminable selva.

»Así terminó la veloz conquista de Cachemira, así concluyó el ejército ferino del Sabio Baadur, del Gran Sultán que no quería enviar a los hombres para que mataran a los hombres».

Escuché en silencio, con la gravedad que se estila en estos países orientales, la historia del viejo Veda. Pero en mi interior no podía contener una risa invisible y prolongada. O el viejo de la barba corta había inventado enteramente el relato, o el sabio Baadur había sido el más loco de todos los sultanes.

Conversación 24

EL NAVEGANTE AÉREO SOLITARIO

Ciudad del cabo, 22 de septiembre.

Hace dos días conocí al famoso «navegante aéreo solitario», a quien un fallo del motor obligó a detenerse, sólo por un día, en esta Ciudad del Cabo. Es un individuo de unos veinticinco años, tiene un hermoso rostro oval, moreno, de mujer o de poeta, y ojos almendrados y opacos, de enamorado o de santo. Se llama Udai Singh, y desde hace ya tres años vive casi siempre en el cielo. Viaja de un continente a otro, pasa de un océano a un desierto, con un aeroplano privado; tan sólo lleva consigo a un mecánico ayudante, obediente y callado.

Hace dos noches lo observé con curiosidad, en el salón del hotel, pues ya me habían hablado acerca de él. Estaba triste, con la tristeza cerrada que esconde la desesperación, sus ojos húmedos hacían juzgar que hubiese llorado.

Procuré darme ánimo y me acerqué a él con intención de brindarle un poco de alivio:

—Míster Udai Singh, le dije, sé quién es usted y cómo pasa su vida. Me imagino que esta detención obligada será para usted una causa de sufrimiento. Cuente usted con toda mi simpatía y reciba mis buenos deseos de que mañana pueda reanudar el vuelo hacia el mar.

—Le agradezco su simpatía —respondió el aviador— y le confieso que tengo mucha necesidad de ella. Tener que descender y detenerme en la tierra es para mí una verdadera maldición. No puedo vivir más en el barro y en la piedra, no puedo soportar la vida y el ruido de mis semejantes. No tolero al planeta sino viéndolo desde lo alto: las fauces de sus cráteres, las gibas de sus montes, los ojos de sus lagos, las serpientes plateadas de sus ríos. A los hombres, a esos desventurados y agitados hombres, no los veo desde allá arriba, o todo lo más como insectos anónimos, como hormigas que se mueven.

»Tan sólo soy feliz cuando me libero, solo en el cielo libre: el sol es mi compañero fiel, las nubes son mis islas y mis etapas de viajes, las brumas mis lugares de ocultamiento, el viento es mi música. Cuando estoy a varios miles de metros por encima de la dura corteza habitada, me siento dueño del mundo y sobre todo me siento propietario único e imperturbable de mi alma. Usted, esclavo terrestre, no puede imaginar la ebriedad pura y alocada de los navegantes del cielo. Los pensamientos son más lúcidos y serenos, la mente está más libre, el corazón más seguro, el alma es más divina. Un archipiélago de rosados *cirrus* a la hora del ocaso es mi paraíso; las águilas con sus alas desplegadas son mis hermanas; el espejo inmenso del mar reflejando la grandiosidad del cielo es la pantalla de mis visiones. Solamente en la atmósfera elevada hallo la medida de mi respiración y el ritmo de mi ser. El cielo es todo mío porque yo soy todo del cielo.

»Mis antepasados huían del engaño, de la falsa realidad visible refugiándose en la contemplación del ser único, del ser indistinto, de Brahma. Estaban evadidos y ausentes, pero siempre apegados a la tierra. Yo aprovecho un invento de los occidentales para mi liberación y transfiguración ultraterrestre. Me repugnan las infamias de los pueblos y las miserias de los hombres, y por eso elegí vivir donde no veo sus rostros tétricos y no oigo sus voces insensatas.

»Debo descender frecuentemente a la tierra para reaprovisionarme de alimento tanto para mí como para mi motor. Pero todo descenso entre vosotros es para mí humillación y angustia, y procuro que dure tan sólo unos pocos minutos. Allá en lo alto puedo prescindir del sueño por espacio de varias noches seguidas, y si el cansancio me vence, entonces mi fiel servidor ocupa mi lugar.

»Es verdad que hay allá tempestades y huracanes, pero los enfrento con menos terror del que siento ante el alboroto y los olores repugnantes de las ciudades. Atravieso con más gusto los mares que me inspiran temor, que las tierras habitadas. En el Atlántico hay una región espantosa donde reinan siempre la oscuridad, la niebla y los vientos, la llamamos “el pozo de las tinieblas”; siempre que pueden los aviadores la evitan, pero yo la sobrevuelo sintiendo la salvaje voluptuosidad del peligro, y cuando me veo sumergido en aquel caos negro y rugiente me parece estar en la espantosa vagina de un mundo que aún espera a su demiurgo. La he atravesado ya cuatro veces y las cuatro he salido de ella con el ánimo de un resucitado victorioso que ha visto con sus propios ojos el preludio de la creación.

Al hablar en esa forma, Udai Singh se había reanimado, brillaban sus ojos, su rostro había adquirido nueva luz. Pero en aquel momento se acercó su ayudante

para decirle que lo llamaban desde el aeropuerto.

—¡Podré partir al alba! —exclamó el joven hindú. Me saludó apresuradamente y desapareció en la noche.

Conversación 25

LAS VENUS FEAS

Mozambique (África Oriental), 28 de mayo.

He conocido aquí a un riquísimo negociante y armador portugués que vive en Mozambique, durante varios meses del año, para vigilar sus negocios. Se llama Francisco de Azevedo, es una persona afable, de maneras abiertas, de óptimo gusto y posee una hermosa cultura. Hace pocos días me invitó a cenar en su residencia, situada un poco en las afueras de la ciudad, donde no tiene más compañía que la de sus servidores y servidoras de color.

Después de tomar el café y una vez encendidos los cigarros, mi amable anfitrión me dijo con aire de hacerme una confidencia preciosa:

—A pesar de las apariencias paso aquí una vida melancólica. Ya ha muerto la mujer que amaba; mis hijas se han casado en América, no tengo a nadie, no puedo querer a nadie. Las mujeres y los hombres que viven en esta isla, de cualquier raza y color que sean, son personas horribles, de una fealdad obtusa que ni siquiera tienen los rasgos monstruosos y encantados de los primitivos auténticos. Son todos bastardos y mestizos, teniendo al mismo tiempo los vicios de la civilización y las miserias de la barbarie. Los soporto, pero sufro. Para atenuar el horror de esta malhecha humanidad he debido procurare una evasión y quiero hacerle ver en qué consiste.

Me hizo pasar por varios cuartos vacíos, y luego, con una llave de plata, abrió una gran puerta taraceada con maderas raras. Encendió unas luces escondidas en el techo y me hallé en una enorme sala redonda, cuyas paredes eran de rojo oscuro pompeyano, y que estaba llena de blancas figuras inmóviles.

—Mirad —me dijo Francisco de Azevedo—, ésta es quizá la más rica colección de Venus que hay en todo el mundo. He querido reunir aquí, en fieles reproducciones, a todas las Venus que se admirán en las diversas partes del viejo mundo, en los museos y palacios. Aproveché mis estadas en las principales

ciudades de Europa para ordenar a buenos artistas que me hicieran reproducciones de estas imágenes famosas de la belleza ideal. ¿Qué os parece?

Reconocí a las estatuas más célebres de Afrodita que había visto en mis viajes: la Venus de Milo, la Venus de los Médicis, la Venus de Cirene, la Venus Capitolina, la de Cellini, la de Canova y muchísimas otras a las que no pude situar o no fui capaz de reconocer. Algunas estaban sin cabeza, otras sin brazos, pero todas mostraban el florecimiento de los senos, el suave escudo del vientre, la bien torneada perfección de las piernas.

Aquello era un espectáculo desconcertante y casi molesto, una asamblea de mujeres cándidas y desnudas, una junto a otra, algunas en actitudes lascivas, otras recogidas y púdicas, la mayor parte erguidas y soberbias, con aire de desafío y de ofrecimiento. Bajo la clara luz eléctrica aquel desfile inmóvil y cándido de cabelleras bien rizadas, de senos bien modelados, de caderas perfectamente curvadas, de brazos bien torneados, todo ello no inspiraba ninguna idea de amor o de excitación libidinosa, sino más bien una especie de extraña incomodidad que se parecía confusamente al pudor.

No sabía qué decir, y nada dije, hasta que finalmente volvió a hablar mi anfitrión.

—Comprendo su silencio. Usted ha captado en seguida lo que yo, por un instinto de defensa, capté muy tardíamente. Cuando en la sala de un museo contemplamos una de estas célebres Venus, aislada en su esplendor, tenemos la ilusión de estar frente a un milagro de belleza antigua. Cuando por vez primera vi en Roma, en el Museo de las Termas, a la Venus de Cirene, en la estrecha sala que ocupa ella sola, sentí el casto éxtasis causado por la perfección de la belleza. Pero, cuando más adelante pude reunir aquí, como en un templo secreto, a todas estas Venus, no volví a encontrar la alegría pura que me prometía. Esperaba que estos monumentos del eterno femenino me servirían de consuelo ante la vista real de seres degradados y contrahechos que estoy obligado a hallar todos los días. Pero las Venus, reunidas todas ellas, no me han causado la exaltación intelectual y no carnal que cada una de ellas, mirada durante unos pocos minutos, me había causado anteriormente. La multitud congregada de los cuerpos perfectos engendra la saciedad, y casi diría hasta la náusea.

»Durante estos años hice un doloroso descubrimiento. Las Venus, incluso las más afamadas y celebradas, son feas. La mujer es juzgada por nosotros bella en cuanto es una promesa de placer y de voluptuosidad. Pero si uno de nosotros, una

vez anciano, equilibrado y sabio, supiese mirar a estas Venus con la misma fría imparcialidad con que un sabio zoólogo examina a un ejemplar común de la fauna terrestre, se daría cuenta de que también las Venus son animales que distan mucho de causar admiración y maravilla: esa pequeña probóscide que es la nariz, esa hendidura ferina que es la boca, esos dos abultamientos nutrientes que son los senos, esos glúteos indecentes que hacen pensar en la defecación... Pero no quiero insistir más. Quizás hice mal al hacerle ver estas hembras de mamíferos en mármol que los artistas han intentado transfigurar en armonía abstracta para compensarnos por las otras, mucho más repugnantes, que debemos ver cada día en carne y hueso. Perdone, míster Gog, y volvamos otra vez al salón para beber un poco más de Oporto.

Y Francisco de Azevedo concluyó diciendo:

—A pesar de la colección de las Venus mi vida continúa siendo triste y desconsolada. Me veo obligado a aturdirme en los negocios así como otros se aturden en el juego o en la guerra.

Desde aquella velada no he vuelto a ver al negociante portugués, y no tengo deseo ninguno de verlo nuevamente.

Conversación 26

EL ELOGIO DEL FANGO

El Cairo, 2 de febrero.

El profesor Denis Poissard, el más original de los egiptólogos vivientes, me invitó a escuchar una conferencia que pronunciaría en el Liceo Francés de El Cairo. Más que el orador mismo, quien por lo demás es un hombre de múltiples recursos, me atraía el tema de su conferencia: *Les gloires de la boue*.

Comenzó el conferenciante con una vigorosa protesta contra el sentido despectivo que se atribuye generalmente a la palabra «barro», «fango». Tirar fango, quiere decir acusar a un pueblo o a un hombre; «el fango que sube» significa en la jerga de los catones puritanos la denuncia de los progresos de la corrupción en la vida pública, en el modo de vestir o en las costumbres.

Declaró Poissard con acentos conmovidos que esas expresiones son un insulto a la verdad. Según él, también las formas de la materia inerte tienen derecho al respeto y a la justicia. Manifestó que el fango no puede ser sinónimo de fealdad o de vergüenza, porque la civilización humana no habría sido posible sin él.

En todos los sitios del mundo, gran parte de los edificios está hecha con ladrillos, y éstos no son más que porciones de barro endurecido y enrojecido por el fuego. Las hermosas casitas de Holanda y los protervos rascacielos de Nueva York no son más que conjuntos de barro cocinado en los hornos. En la antigua Babilonia los ladrillos adquirieron aún mayor dignidad, puesto que sirvieron como pergamino y papel para transmitir los poemas de los dioses y las gestas de los reyes mediante caracteres cuneiformes grabados en los mismos.

Una de las artes más nobles y útiles, la escultura, ni siquiera sería concebible sin la creta, o sea, sin el barro. Las terracotas, como su nombre lo indica, no son más que fango plasmado armoniosamente por las manos de los artistas o artesanos, y no sólo esto sino que, además, la mayoría de las estatuas de bronce y

de mármol fueron modeladas con barro antes de ser traducidas a materiales más duraderos. El mismo Miguel Ángel, que ha quedado en la imaginación de la gente como el titán capaz de lograr sus estatuas en mármol con la violencia de su cincel, siempre comenzaba recurriendo al limo de los ríos Arno o Tíber para hacer previamente los modelos de sus creaciones. Y acaso, ¿no dice expresamente el Génesis, que el primero y máximo estatuario, Jahveh, modeló a Adán con “el limo de la tierra”?

El país de los lotófagos, descrito por Homero, nos hace recordar que para algunos pueblos primitivos, el barro fue un alimento. Y por lo demás, muchos de nuestros alimentos, ¿qué otra cosa son sino barro transformado y sublimado por el calor del sol? La fertilidad fabulosa del antiguo Egipto se debía, como ya lo escribía Heródoto, al fango del Nilo. Si algunas veces el lodo dejado por el río era escaso, los súbditos de los faraones se veían condenados al hambre.

El barro siempre ha estado en relación necesaria con las bebidas y los comestibles. Toda la cerámica y vajilla de la antigüedad, muchas veces agraciada con la pintura, y también en gran parte la alfarería moderna, tesoro de la gente pobre, no son más que trozos de barro que han pasado por el torno y por los hornos. Las ánforas griegas y etruscas, los búcaros españoles, los huacos peruanos, la vajilla del Renacimiento, todas son cosas que llenan los armarios y vitrinas de todos los museos del mundo.

Pero tiene el barro una gloria, la más singular y significativa, que hasta ahora no ha sido captada por la sutileza de los historiadores:

—He descubierto —exclamó el profesor Poissard con aire triunfal—, que las grandes civilizaciones de la tierra han nacido y han florecido en el barro. Los emigrantes africanos que fundaron el Imperio Faraónico eligieron como sede el valle del Nilo inundado por el fango de ese río; Asiria y Babilonia crearon sus ciudades en medio de las regiones palustres formadas por los ríos de la Mesopotamia; China tuvo su primer foco de vida civilizada en los aguazales fangosos del Hwang-Ho; una gran parte de los actuales Países Bajos no es más que cieno arenoso conquistado al mar.

»Las más famosas ciudades de Europa son hijas del barro. El valle donde nació Florencia era un inmenso pantano situado entre el río Arno y el monte de Fiésole; París nació en las barrosas orillas del Sena; su nombre antiguo, Lutecia, significa precisamente lodosa, fangosa; Venecia surgió en las islitas barrosas de la laguna; Berlín, entre las aguas estancadas y fangosas del Spree; San Petersburgo,

en el fangoso estuario del Neva.

»La historia universal —concluyó diciendo el profesor Poissard—, podría ser compendiada en esta breve fórmula: Las civilizaciones comienzan en el fango y concluyen en la sangre.

Cuando el conferenciante cesó de hablar fueron poquísimos los aplausos que se oyeron. Yo me había divertido mucho oyéndole, y fui el único que tuvo el valor necesario para aproximarse a la cátedra y estrechar la mano del ingenioso reivindicador de las *Gloires de la boue*.

Conversación 27

LA INTERROGANTE DEL MONJE

Monasterio de Zografo (Monte Athos), 9 de julio.

Desde hace algún tiempo me siento atraído por los santuarios, y no sé con claridad cuál es la causa. He querido visitar ahora estos celebradísimos monasterios, en los que, según se me ha dicho, viven aún cenobitas contemplativos similares a los que durante la Edad Media se hallaban por todas partes. Acompañado de un pintoresco intérprete, con ribetes de teólogo, he pasado varios días en estas fortalezas sagradas que se afellan a la montaña, pero nada vi que saliese de lo común. Hombres encapuchados, casi todos ancianos y con barbas grises o blancas, absortos y taciturnos, pero con poca luz en sus rostros.

Esta noche me acaba de suceder una aventura extraña. Soy huésped en una hostería del monasterio en la que me asignaron una pequeña celda de paredes cubiertas con mediocres iconos de fondo dorado. Era ya medianoche y no había podido dormir, quizás a causa de las muchísimas tazas de café que había bebido durante el día. En un momento dado sentí que se abría cautelosamente la puerta de la celda y noté una escasa claridad. Me senté en el lecho, algo asustado, y vi entrar a un monje de elevada estatura, un viejo barbudo que llevaba un farol en la mano. Con lentos pasos se aproximó a mi lecho y clavó en mi rostro dos ojos ardientes, pero sin decir palabra. Confieso que me quedé en suspense y temblando, porque aquel rostro me recordaba a otros vistos años antes en una casa de salud para enfermos mentales.

El monje posó el farol sobre una mesita adosada al muro y siempre de pie y sin quitarme los ojos, me interrogó así en buen inglés:

— ¿Será verdad? ¿Será todo verdad? ¿Está usted seguro de ello?

No comprendí de qué verdades me hablaba y nada respondí, me sentía cada vez más turbado por aquella extraña visita.

—Usted viene desde lejos —continuó diciendo el monje—, ha viajado por muchas regiones del mundo, ha conversado con personas de todas las razas, religiones y, según parece, se siente atraído por las cosas de la religión. Y por todo esto yo le pregunto si cree que todo lo que enseña y profesa nuestra religión es verdadero, absolutamente verdadero.

Le respondí que yo no era ni teólogo ni santo, y que no me sentía capaz de resolver de buenas a primeras un problema semejante. Añadí que a una pregunta tal cada uno responde por su lado, de acuerdo a sus conocimientos y a sus experiencias espirituales. Como si no hubiese comprendido mis palabras, el monje continuó hablando con mayor vehemencia:

—Quizá no entiende usted por qué le planteo con tanta ansiedad mi interrogante. Todo el sentido y el valor de mi vida dependen de su sí o de su no. Cuando era niño, creí, creí todo, y por anhelo de una vida de perfección que me acercara con mayor seguridad a Dios, me hice monje. Piense en que hace ya sesenta años que practico esta vida, una vida de soledad, de renunciamiento, de sacrificio, de oración y mortificación. A pesar de la constancia de mi vocación monástica me veo asaltado, desde hace algún tiempo, por una duda atroz. Si mi fe no correspondiese a la verdad, si la otra vida fuera un invento de la esperanza, si no lograse como recompensa la bienaventuranza eterna..., ¿se da usted cuenta?, entonces yo habría hecho la permute más absurda que se puede imaginar, habría rechazado los únicos bienes reales de la única vida que me ha sido acordada; habría trocado el todo por la nada. No he conocido ninguna de las alegrías y goces que consuelan los esfuerzos de los mortales. Hubiera podido gozar del amor de las mujeres, del orgullo de la paternidad, del descubrimiento de las naciones y del arte, quizás hasta de los triunfos que brinda el poder y de las dulzuras de la gloria. No he vivido como hombre viviente sino como un autómata al servicio de Dios. Pero ¿si no hubiera Dios? ¿Si no se cumpliese ninguna de las promesas? En el decurso de sesenta años he hecho una vida monótona, encerrada, pobre, melancólica, con la única garantía de una fe que vacila en mi corazón y a veces se apaga por completo precipitándose hacia la desesperación. No querría haberme equivocado, no querría haber entregado doradas manzanas a cambio de un puñado de áridas cenizas, no querría haber fundado sobre la nada toda una existencia de recluso soñador. Por todas estas razones a todos los que vienen desde lejos, desde el mundo de los hombres, les pregunto en la noche si eso es verdad, si es absolutamente cierto lo que he creído y esperado. ¡Respóndame en nombre de Dios o en nombre de Satanás!

Finalmente comprendí que me las tenía que ver con un frenético perseguido

por ideas obsesionantes. Con la esperanza de lograr calmarlo le dije que, en cualquiera de los casos, su elección había sido la mejor, que la vida del mundo hace pagar a precio durísimo los pocos momentos de placer imaginario que les tocan en suerte a los hombres, que una vida solitaria y tranquila, libre de las desilusiones y de las traiciones, es ya de por sí un premio grande, aun cuando no existiera una recompensa después de la muerte.

El monje me escuchó de mal talante, sacudiendo su cándida cabezota. Me pareció que su rostro se pasmaba y se contraía más que nunca, como el de un condenado al oír su sentencia. Luego, sin decir palabra tomó el farol y se alejó sin saludarme. ¿Quizá pretendía que yo, con pocas palabras, más geométrico, le demostrara en breves fórmulas la existencia de Dios y la eficacia de la Redención? Eso no podía ser más que el deseo de un psicasténico.

Huelga decir que no pude recuperarme de la sacudida causada por tan extraña visita, y que durante la noche no pude cerrar los ojos. Hoy mismo me alejaré del Monte Athos.

Conversación 28

EL MUSEO DE LOS DESPOJOS

Estambul, 8 de marzo.

Un estimado sacerdote maronita al que conocí pocos días antes y que me demuestra sincero aprecio, me dijo hoy por la mañana:

—Ya ha visto todas las maravillas que es obligatorio ver en Constantinopla, desde Santa Sofía hasta el Gran Bazar. Pero no ha visto aún la curiosidad más curiosa de esta sorprendente Bizancio: el Museo de los Despojos.

—Jamás oí hablar de él.

—¿Está libre? Podemos ir en seguida. El propietario del museo, Muzafer, es amigo mío.

—Vayamos.

Ya en una de las más viejas y tortuosas calles del sector imperial, el buen maronita me hizo entrar por una puertecita que conducía a un hermoso patio, en el que una fuente cantarina ponía una nota de alegría. Pocos momentos después bajó el dueño de la casa, un turco venerable, vestido al estilo antiguo, corpulento y obsequioso, que en seguida nos acompañó para visitar su pequeño pero singular museo.

—El amigo Muzafer —dijo el buen sacerdote— ha querido reunir aquí aquellos complementos de la vida que los hombres, habitualmente, descartan o desdeñan.

En la primera sala se veían expuestos en cajas o estuches de buen gusto lentes de todas formas y colores, viejos espejuelos con aros de hierro o de cuerno, algunos empañados, polvorrientos, estriados de trizaduras.

Junto a las lentes se veían ojos de vidrio, celestes y castaños, que mostraban

una mirada inmóvil y siniestra.

Luego se veía una rica colección de dentaduras y dientes, con agarraderas de oro viejo y paladares de gutapercha que parecían arrancados a calaveras de mandíbulas rechinantes.

Venían luego las pelucas, de hombre y de mujer, negras como cepillos de lustrar zapatos, rubias como sobrantes de panojas, blancas con una blancura sucia y amarillenta, semejantes a colas recortadas de caballos decrepitos, casi todas carcomidas y excoriadas, míseros trofeos de difuntas coqueterías.

En otra sala, se exhibían hileras de senos de goma, de ventreras elásticas, de cintos para herniados, untuosos y descortezados. En una vitrina grande estaban alineadas muletas de todas las formas y tamaños, manos artificiales, brazos mecánicos, piernas ortopédicas, costillas de cuero y de metal para paralíticos.

En una tercera salita vimos un casquete de plata que había formado parte de un cráneo, también un riñón postizo, un canuto que había servido de tráquea, narices de cera y un *phallos* muy bien imitado. Muzafer nos acompañaba, pero sin decir palabra. Se contentaba con extender su carnosa mano hacia los objetos que le parecían más notables. Pero todos aquellos despojos me parecían más repugnantes que curiosos.

Finalmente salimos de allí. El sacerdote maronita había notado mi desilusión, y me habló así:

—Si el Museo de los Despojos no le ha satisfecho, la culpa es suya. Usted no está acostumbrado a la meditación cristiana acerca de la caducidad de la vida y la victoria de la muerte. Esos pobres restos, testimonios de imperfecciones y desventuras humanas, pueden inspirar pensamientos saludables parecidos a los que los antiguos eremitas lograban en la contemplación de una calavera, y tal vez hasta más profundos, puesto que más dolorosos, dado que la calavera es siempre obra arquitectónica y divina, mientras que los adminículos recién vistos son sucedáneos desmañados y tristes que fabrica el ser humano para atenuar u ocultar sus miserias corporales, y sin lograr siempre ese objetivo. Por mi parte, voy frecuentemente al Museo de mi amigo Muzafer, y me sirve como escenario de ejercicios espirituales, me enseña humildad y resignación, me recuerda lo que mentaba un poeta italiano: «La infinita vanidad de todo».

Conversación 29

LA UNIVERSIDAD DEL HOMICIDIO

Tánger, 12 de febrero.

Desde tiempo antes sabía que existía en esta ciudad una escuela superior para alumnos dedicados al asesinato, pero no había logrado entrar para conocerla a pesar de prometer gruesas recompensas a varias personas. Un telegrama de palabras ya convenidas me hizo volver a Tánger, y el remitente de ese telegrama, un marroquí que tiene un café de mala fama, vino pronto a mi encuentro y me dijo que en la noche siguiente podía acompañarme a donde tanto deseaba ir.

La Universidad del Homicidio se halla instalada en una casona de aspecto pobre, situada en el suburbio oriental de la ciudad. Un letrero de latón, escrito en varias lenguas, hace saber que allí hay una agencia de colocaciones y de alquileres.

El marroquí, que parecía ser bastante conocedor, dijo algunas palabras en lengua árabe al portero, un adiposo gigante de exterior pacífico, y atravesamos un patio con piso de lajas, hacia el que se abrían muchas puertas. Mi guía golpeó tres veces, con los nudillos, en una puertita entreabierta, y se oyó una voz que decía: *¡Entrez!*

Era el cuarto del rector de la Universidad, un hombre seco y enérgico, que mostraba una cicatriz roja en la mejilla derecha y estaba vestido completamente de blanco. No quiso decirme su nombre, y me advirtió cortésmente que si hiciera saber a otros lo visto y oído en su Universidad, no apostaría dos centavos por mi piel. Le respondí, con la misma cortesía, que deseaba vivamente visitar la Universidad del Homicidio, pero que no deseaba en lo más mínimo ser asesinado; por lo tanto, podía contar con mi silencio.

Me hizo sentar en un taburete que estaba cerca de su mesa y me dijo:

—No estará de más que le haga oír algunas observaciones preliminares acerca de nuestro Instituto. Sin duda usted sabe que el homicidio está ocupando el

primer lugar entre los factores dominantes y determinantes de la vida moderna. Aumenta día a día la sed de venganza, de riquezas y de poder político, por lo cual aumenta también el número de homicidios, puesto que la supresión de vidas humanas es uno de los medios más rápidos para satisfacer nuestras pasiones, tanto en el amor como en la política.

»Mas, habrá observado que al aumento de los asesinatos no corresponde un proceso científico seguro en la técnica del homicidio. Muchos asesinos tan sólo logran herir, y a veces ligeramente, sus objetivos humanos: otros dejan huellas de su obra demasiado reconocibles, otros no son capaces ni de esconder los cadáveres ni de sustraerse a la captura. Casi siempre se trata de jóvenes muy capaces, pero que carecen de experiencia, son novicios y hasta ignoran que el homicidio perfecto es una obra de arte y que se debe hacer con métodos científicos. Parece esto una paradoja, pero en realidad así. Por lo tanto, es preciso venir en ayuda de los aspirantes y de los principiantes. Por todo ello, una sociedad de veteranos del delito ha decidido fundar el Instituto que tengo el honor de presidir. En esta escuela de altos estudios queremos atender a la instrucción profesional y al adiestramiento práctico de los jóvenes que desean consagrarse al gran arte del asesinato, y que hasta hoy se veían abandonados a las reglas de un empirismo precario. Pero, además, hemos instituido un curso superior de perfeccionamiento para homicidas habituales, o sea para los hombres maduros que poseen ya una cierta experiencia profesional.

»Por término medio los cursos duran dos años, puesto que son muchas las materias de enseñanza y los estudios son muy difíciles. En primer lugar hay una cátedra de anatomía humana, que es dictada por un médico evadido de cárcel perpetua; esta cátedra es utilísima para el conocimiento de los órganos vitales vulnerables con mayor seguridad. También hay una cátedra de psicología, que se ocupa preferentemente en investigar los diversos caracteres humanos y su manera de reaccionar en los momentos de peligro grave.

»Tenemos después una cátedra de toxicología destinada a los que prefieren servirse de venenos seguros con máximas garantías de impunidad. Naturalmente, tampoco falta una cátedra de balística, en la que se enseña todo lo que respecta a las armas de fuego, especialmente a las modernas, y a los métodos para utilizarlas con utilidad y seguridad.

»La cátedra de metalurgia, en cambio, se ocupa de las armas metálicas, las de punta y las de corte, puñales y cuchillos, con instrucciones aptas para la conservación y el uso.

»Entre nosotros, la enseñanza de la gimnasia es algo diversa de la que se estila en las escuelas comunes. Se hacen ejercicios de salto y de escalamiento, y se dictan cursos de *savate* y lucha japonesa, pero muy especialmente nos preocupamos por iniciar a los alumnos en la técnica de la estrangulación y de la sofocación, y también nos esforzamos por enseñar el arte, nada simple, de empujar un hombre al agua y de arrastrar un cadáver sin hacer esfuerzos y ruidos excesivos.

»Quizá le sorprenderá al saber que hay una cátedra de química, dedicada especialmente al estudio de los ácidos y los solventes, auxiliares preciosos para la disolución integral de los cadáveres. El arte del ocultamiento, tan importante en nuestro ingrato oficio, está confiado a una cátedra especial en la que los discípulos aprenden los diversos sistemas de caracterización, disfraz y enmascaramiento, y aprenden principalmente los recursos oportunos para hacer desaparecer, rápidamente, las manchas de sangre y las impresiones digitales. También tenemos una cátedra de historia universal del Asesinato, donde se describen e ilustran los homicidios más célebres de todos los países y sus métodos específicos personales. Finalmente, aun cuando pueda parecer superflua, hay una cátedra de antimoral, en la que un hábil filósofo expone las justificaciones biológicas y sociales de la supresión de hombres, refuta las doctrinas moralistas de la Antigüedad y de la Edad Media y, si hubiera necesidad, quita a los escolares los últimos escrúpulos de la compasión y de la vileza. Y ahora, si lo desea, podemos dar un vistazo a las aulas.

Salimos los tres del cuarto del rector y visitamos, en primer lugar, el Museo Retrospectivo, donde pude ver armas homicidas de todas las épocas y de todas formas: desde la piedra afilada de los prehistóricos, hasta el boomerang; desde las cimitarras hasta las navajas, así como también retratos de muchos asesinos famosos: Stenka, Razine, Cartouche, Lacenaire, Pranzini, Bonnot y otros que no fui capaz de reconocer.

Pasamos luego a la biblioteca, donde no faltaba, por supuesto, la obra *El Asesinato como una de las Bellas Artes*, de Tomás de Quincey, ni *La Mujer Asesinada con Ternura*, de Heywood, ni tampoco *El Hombre Delincuente*, de César Lombroso, *El Homicida*, de Ottolenghi, *El Poeta Asesinado*, de Apollinaire, la *Tragedia Americana*, de T. Dreiser, el *Ravaillac*, de los hermanos Tharaud y una extensa monografía sobre Gilles de Retz.

También pude entrar en las aulas de enseñanza, que no se diferenciaban mucho de las aulas de alguna pequeña universidad de provincias. Los alumnos no

tenían un rostro patibulario y siniestro, como sería lógico suponer, y los profesores mostraban un exterior austero y respetable, de sabios honrados poco afortunados.

Luego me hicieron pasar a una enorme sala llena de fantoches, bastante bien fabricados, que representaban hombres y mujeres; según me explicaron, los alumnos se ejercitaban en ellos tomándolos como blancos humanos.

Pregunté al rector algunos datos sobre los inscritos en aquella singularísima institución docente, y me respondió:

—Tenemos alumnos de casi todos los países del mundo, porque en otras partes no hay institutos similares. Nuestra universidad es verdaderamente internacional, y las enseñanzas se imparten en diversas lenguas: francés, inglés, italiano y español. La cuota de inscripción es modesta, pero recibimos elevadas colaboraciones en dinero de exalumnos que han hecho fortuna gracias a las enseñanzas aprendidas en nuestros cursos acelerados. Y espero que también usted, aun cuando no sea más que un simple visitante, no sea menos generoso.

Capté fácilmente la onda, y entregué al rector un sobre con quinientos dólares en billetes. Los contó con aire satisfecho y me dijo:

—Si desea asistir a alguna de nuestras lecciones, la puerta le estará siempre abierta. Desde este momento le consideramos un amigo de nuestra universidad. Los cursos se desarrollan durante las horas de la noche, desde las doce hasta las cinco de la mañana. Le proporcionaremos un pase libre. Pero debemos advertirle que, por razones evidentes, no podemos dar diplomas ni títulos de ningún género.

El señor rector me acompañó hasta el patio y el marroquí me llevó afuera. Miles de estrellas brillaban en el claro cielo africano. Me pareció que respiraba con más alegría y libertad.

—¿Está contento? —me preguntó el marroquí, y le respondí:

—Contentísimo.

Le pagué la suma convenida y me fui a dormir. Pero mi sueño estuvo perturbado por visiones horribles.

Conversación 30

RETIRO MARINO

Filadelfia, 8 de agosto.

El invierno de los años 1933 y 1934 fue funesto para mis bronquios y para mis nervios. No sabía adónde ir y todo me causaba disgusto: los hombres me hastiaban, las ciudades me cansaban, los montes me oprimían. No estimo a los médicos, pero sin embargo, acostumbro a consultarlos porque me divierte llegar a confundirlos. Uno de ellos, menos idiota que los demás, comprendió el juego y me sugirió mar y soledad.

Recorrió toda la costa de Florida, de Provenza y de la Magna Grecia en busca de una casa solitaria junto al mar. Vi muchas y ninguna me agradó, todas estaban cercanas a un camino, a una playa, a una ciudad; hubiera debido soportar la vista y la curiosidad de seres humanos no elegidos por mí. Pensé entonces en comprarme una casa flotante, hasta navegante, donde pudiera habitar tranquilo, casi solo en medio del mar. Por casualidad hallé en Reikiavik, en Islandia, lo que buscaba. Era un vapor grande, de paseo, con palos y velas sólo de figuración, tenía a proa un cómodo departamento: dormitorio, sala y estudio, separado de las cabinas del capitán y de la tripulación. Lo hice llevar a Nueva York y enarbolé la bandera de las estrellas. Hallé un capitán y siete hombres de tripulación dispuestos a hacer un contrato de embarque de larga duración. Llevé conmigo un secretario, un camarero y un cocinero. Hice cargar a bordo abundantes abastecimientos, una biblioteca, mazos de cartas de juego, un centenar de botellas de buenos vinos y licores, un gato siamés, una guitarra, una farmacia y una máquina de proyección.

Zarpamos en los primeros días de mayo. Ésta era la consigna: la nave debía navegar siempre, con rutas variables ordenadas por mi capricho y por las estaciones. Aquel verano lo pasamos casi todo en los mares del Norte, cerca del Círculo Polar Artico. En la primavera bajamos al Mediterráneo, en el invierno se navegó entre los océanos Índico y el Pacífico.

No tenía ninguna meta determinada, no quise desembarcar en ningún

puerto ni en isla alguna. Tres o cuatro veces al año la nave se vio obligada a hacer escala en alguna ciudad para proveerse de agua potable, de nafta, carbón y carne fresca. Pero las detenciones eran brevísimas y yo jamás descendía a tierra. Más aún, durante las horas del forzado detenimiento junto a los muelles, hacía cerrar las persianas de mis cuartos a fin de ahorrar a mis ojos la horrible visión de las casas y de los rostros humanos.

Mis contactos con la tripulación eran escasísimos, muy raros; comía solo y uno de los puentes era exclusivamente para mí, en él daba algunos pasos y contemplaba el variable humor de las olas; me aburría cuando reinaba bonanza y me excitaba si reinaba la tempestad.

Tan sólo el capitán y el secretario eran admitidos a mis separadas habitaciones para tener alguna breve conversación o para participar en alguna prolongada partida de *bridge*. Pasaba mis horas leyendo o fumando y, más que nada, durmiendo. Frecuentemente me aburría más de lo que había previsto, pero aun así me sentía extrañamente feliz. Aquel libérmino errar por las aguas ilimitadas, aquella casa nómada, aireada y silenciosa, aquel alejamiento de los hedores y rumores de las selvas ciudadanas, aquella vida plácida y solitaria sin jamás echar pie a tierra, sin ver jamás rostros nuevos ni monumentos odiosos, todo ello me agradaba más de lo que puedo decir, aun cuando debiera pagar tan profundo placer con el elevado precio de la melancolía. Pero acaso, ¿no es la melancolía una forma de alegría?

Pocos meses bastaron para sanar mis bronquios y reponer mis nervios. Pasé todo un año en aquel retiro flotante, surcando los mares más hermosos del globo, y ya pensaba transcurrir el resto de mi vida en tan cómoda prisión, en medio de la sonora salsedumbre de las enormes aguas.

Pero cuando llegamos al comienzo del segundo verano fui presa de atroces dolores abdominales, y las medicinas que tenía a bordo no lograban calmarme. Tuve que desembarcar en Filadelfia, con grandísimo pesar, haciéndome hospitalizar en una clínica y quedando a merced de los médicos.

Conversación 31

LA MUERTE DE LA ISLA

En el Océano Antártico, 18 de abril.

El cataclismo más apocalíptico al que asistí durante mi prolongada navegación solitaria, fue la destrucción de la Isla Desdichada, situada al sur de la Tierra del Fuego.

Era una isla de aspecto siniestro y estaba deshabitada, ya que se elevaban en ella siete volcanes de varia magnitud, que casi siempre estaban en erupción. Muy pocos arbustos semiquemados lograban vivir en ella, entre una y otra invasión de lava. Hasta las mismas aves marinas, aun cuando estuvieran cansadas en sus vuelos hacia la Antártida, evitaban posarse en aquellas abruptas alturas, en aquellos cráteres enrojecidos y llenos de cenizas. Cuando por espacio de alguna semana descansaban los volcanes, y en lugar de llamas y piedras sus bocas lanzaban solamente enormes humaredas, entonces la isla era sacudida y agitada por los terremotos que abrían abismos en los flancos de los montes y hacían desaparecer en las tumultuosas aguas extensiones enteras de la pétreas y escarpada orilla. Se diría que la isla quisiera aniquilarse y desaparecer del océano con el fuego de sus volcanes y las convulsiones de los terremotos. Todos los elementos, el impetuoso azote del viento, el fuego de las pétreas vísceras, el obstinado furor del mar, todo la amenazaba, la flagelaba, la corroía, como si la isla maldita estuviera condenada a una catástrofe.

A veces parecía que los enemigos de la isla estuviesen guerreando entre sí. La furia de los embates del mar irrumpía y sumergía la cima de las escolleras, pero los volcanes más próximos al agua vomitaban entonces ríos de lava que descendía sobre el mar, como queriendo reparar y cubrir las ruinas causadas. Lluvias tupidas y abundantísimas lograban apagar por algún día las erupciones de un volcán, transformando su cráter en un lago hirviente y fangoso, pero luego, algún turbión huracanado venido del Norte hacía huir a las nubes, desecaba los cráteres y concedía la victoria a las erupciones.

Es imposible saber desde cuánto tiempo antes aquella Isla Desdichada era teatro de los combates entre los titanes de la naturaleza. Y a pesar de ser sacudida, herida, bañada y golpeada, estaba siempre allí, con sus lívidos salientes, sus embudos infernales, sus hendiduras escarpadas, sus inmensos valles desiertos y grises, sus escollos golpeados y fragmentados.

Pero un día, el viejo e irascible océano perdió la paciencia y quiso que la tragedia concluyera de una vez. Hasta aquella jornada se había ensañado contra ella empleando marejadas furiosas, huracanes arrolladores, ciclones devastadores, pero la isla, impertérrita siempre, resistía y respondía con las salvas de sus volcanes.

Entonces, el océano unificó todas sus fuerzas y desencadenó la tempestad máxima. Comparadas con ésta, todas las anteriores no habían sido más que débiles y breves cóleras, capaces, a lo más, de arrastrar consigo aristas y jirones.

Aquel día sobrevino desde el mar un viento tan poderoso y vertiginoso que logró decapitar las montañas y romper las escolleras naturales como si fueran dunas de arena. No hubo ni torrentes de lluvia, ni truenos ni relámpagos. Desde lejos no se oía otra cosa que el silbido horrendo del viento y el mugido ensordecedor del océano enfurecido.

Tres días con sus noches duró la grandiosa tempestad. El mar alzaba incansablemente muros altos y verdes coronados por espuma delirante; poco a poco convirtió los valles en enormes lagos, trituró las montañas, dispersó los escollos, inundó y apagó los cráteres, todo lo cubrió y sumergió bajo la furia y la mordaza babosa de las olas movedizas y resonantes.

Cuando la enorme tempestad hubo concluido, de la Isla Desdichada no quedó más que algún escape de humo y el recuerdo de un castigo definitivo.

Conversación 32

ASCENZIA

Tierra del Fuego, 21 de octubre.

No pude permanecer más de veinticuatro horas en esta singularísima ciudad, donde todos los extranjeros son considerados espías enemigos. Un enviado del rey me acompañó sin dejarme un solo momento, ni siquiera durante las horas del sueño.

En cuanto pude captar, los habitantes están divididos en seis castas, cada una de las cuales tiene un color determinado. Los sacerdotes deben vestir enteramente de blanco, los conductores del pueblo de rojo, los ricos y los comerciantes de amarillo, los maestros y los artistas de verde, los servidores y esclavos de negro. Las mujeres, de cualquier condición o estado que sean, visten de violeta hasta los cuarenta años, y después de castaño.

Todo el que viola esas normas es desnudado y expuesto como vino al mundo en una jaula de hierro situada en la plaza mayor de la ciudad. Todo ciudadano, sea hombre o mujer, debe llevar en el pecho un trozo de género en forma rectangular donde está escrito con caracteres bien marcados su nombre y apellido, su dirección y la fecha de nacimiento. Así pues, con una ojeada a la ropa y al cartelito, cualquiera puede saber la casta, el nombre y la edad del que pasa a su lado, del que está sentado junto a sí, del que entra en una oficina o en un comercio. Nadie puede ocultar sus datos, el incógnito es juzgado como actitud culpable.

El gobierno de Ascenzia es una democracia pura, pero de una forma completamente diversa de las demás. Los nombres de los ciudadanos cuya edad oscila entre los veinticinco y los sesenta y cinco años, son insaculados en grandes urnas. Cada siete días un niño extrae un nombre, y el así designado por la suerte será rey de la ciudad durante una semana. Con el mismo sistema se extraen cien nombres más, y los agraciados desempeñan durante el mismo período de tiempo el oficio de parlamentarios.

Pedí explicaciones al hombre que me acompañaba acerca de tan absurdo método; me respondió que, como lo habían notado sus antepasados, en las democracias todos aspiraban a mandar y gobernar. Con el sistema elegido por ellos tal deseo era satisfecho con más generosidad que en otras partes, pues al cabo de un año eran más de cinco mil los ciudadanos que habían participado directamente en el gobierno de la ciudad. De ese modo, además, se evitaban los peligros de las camarillas y patrocinios, tan funestos para la libertad cuando el que gobierna permanece durante mucho tiempo en el poder.

Le hice notar que en esa forma se suprimía lo que se llama en otras partes «elección», o sea, escoger a los mejores. Mi guía no se inmutó lo más mínimo por tan ingenua crítica, y me replicó:

—Debería saber usted que en las repúblicas, los hombres más inteligentes y honrados, procediendo por instinto y por autodefensa, rehuyen ocuparse en la vida política, la que es tenida por ellos como basta e infecta, de modo que los electores se ven forzados a elegir entre las personas menos geniales y menos íntegras. En cambio, con nuestro sistema nadie puede rehuir el sacrosanto deber de guiar por turno la cosa pública, y frecuentemente sucede que son señalados por la suerte hombres estimados por su ingenio y sus virtudes, cosa que casi nunca sucede en las demás repúblicas. Al mismo tiempo se ahorra el gasto desenfrenado de mentiras y de dinero que se hace en las elecciones comunes.

—Pero ¿no es demasiado breve el período del mandato?

—También esta costumbre nuestra tiene sus ventajas. En caso de que los designados por el sorteo sean imbéciles o malvados, poco es el daño que pueden hacer en el breve lapso de siete días; en cambio, si son personas rectas e inteligentes, la misma brevedad del tiempo acordado les estimula a proceder prestamente, a efectuar sin demora lo que consideran útil para el bien común.

»Ese sistema de gobierno, aun siendo tan extraño, es superado en singularidad por la religión dominante en Ascenzia. Casi todos los habitantes siguen la antigua doctrina de Zaratustra, por lo cual creen en una divinidad creadora y bondadosa que lucha contra otra divinidad destructora y pésima. Mas, de esa doctrina sus seguidores deducen una consecuencia increíble y jamás pensada: su culto, las oraciones, ritos y sacrificios, son tributados únicamente a la divinidad mala, o sea al Diablo. Todos los santuarios están consagrados al Demonio, todos los sacerdotes están al servicio de Satanás. Las razones con que justifican tan diabólica adoración merecen ser consignadas, aun cuando tengan

sabor a paradojas infernales. Afirman sus teólogos que Dios es un padre amoroso, y por su naturaleza eterna no puede menos que amar y perdonar. No tiene necesidad de ofrendas ni de oraciones, sabe mejor que nosotros lo que se precisa cada día y no puede menos que proteger a sus hijos. El Dios malo, por el contrario, necesita ser adulado, propiciado, implorado, a fin de que no se ensañe contra nosotros. Se dedican ofrendas y tributos a los monstruos con la esperanza de que no se ensañen contra nosotros. Pues tal cosa es la que hacemos con el demonio. El mayor pecado del diablo es la soberbia, y por lo tanto nuestro culto exclusivo hacia él, nuestras alabanzas a su poder, nuestra perenne y humilde veneración logran halagarlo, dulcificarlo, blandarlo, de tal manera que sus venganzas nos alcanzan mucho menos que a otros pueblos. El Dios Bueno, en su bondad infinita tiene compasión de nuestro miedo y debilidad, y sabe perfectamente que, aun cuando el culto externo sea para el Demonio, nuestro amor interno es para Él.

El delegado del rey, que me hizo saber todas estas cosas, no me dejó entrar en ningún templo de la ciudad, aun cuando le ofrecí una gruesa suma de oro para que me lo permitiese. Me fui de Ascenzia lleno de estupor y asaltado por la curiosidad.

Conversación 33

EL CONGRESO DE LOS PANCLASTAS

Setebos, 5 de marzo.

El congreso de los Panclastas, o sea, como lo explicaba el manifiesto, de los Destructores Universales, estaba fijado para las cinco, pero yo me retrasé en el campamento de los gitanos y llegué una hora después de la convenida.

Servía de sede un circo ecuestre que estaba de paso por allí. Reinaba allí una confusa hediondez de establo y carnicería. Los toscos asientos dispuestos en círculo estaban ya ocupados por personas de todos los colores y edades: hombres siniestros de mirada torva, rostros de condenados a muerte agraciados en el último momento, de frenéticos contumaces, de epilépticos viciosos, de mujeres torvas y agitadas que jamás pudieron ser niñas. Aquí y allá se veía alguna máscara de negro encanecido, de indio color de terracota rajada, de chino viejo, sin cejas ni labios.

En medio de la polvorienta pista se veía un enorme cajón de embalar que servía de escenario y tribuna. Cuando entré ya estaba encaramado un viejo corpulento, que gritaba y gesticulaba y llevaba por todo vestido un camisón de noche que le llegaba hasta los pies. Vociferaba diciendo a gritos:

—¡Esa indigna burla debe concluir para siempre! ¡No queremos ser estafados y mofados! Nos han prometido la libertad, todas las libertades, y en cambio somos más esclavos que nunca. Libertad de palabra, libertad de imprenta, libertad de reunión, libertad de conciencia, pero todas ellas libertades parciales y preliminares, libertades homeopáticas, para uso y contentamiento de las minorías burguesas e intelectualoides. ¡A nosotros no nos bastan! Apenas son los entremeses del gran banquete de los hambrientos de libertad absoluta y total. Bien sabéis cómo junto a esas briznas de libertad, se destaca más aún la dureza de las antiguas prohibiciones de la moral, y de las viejas esclavitudes de la ley.

»Según nuestra doctrina, es un insulto para la libertad del hombre toda

limitación, por pequeña que sea, hecha a los instintos más naturales y a los deseos más comunes de nuestra especie. Y bien sabéis cuáles son los deseos fundamentales del hombre: apropiarse de lo que le sirve, aun cuando pertenezca a otro, el deseo de quitar la vida a los que amenazan nuestros intereses y nuestros gustos; el de poseer a todas las mujeres que nos agraden, ya sean vírgenes o esposas. Ésos son los instintos secretos y profundos de todos los hombres, de todos, de cualquier raza y condición que sean, incluso son los deseos de los que crean y aplican las leyes, sin exceptuar a los jueces, a los carceleros y a los verdugos.

»Y todavía estamos sometidos a códigos que prohíben y castigan el robo, la rapiña, el homicidio, el adulterio y el estupro, o sea, precisamente, los actos que constituyen el verdadero fondo de nuestra naturaleza, los actos que con más gusto realizarían los hombres! Por lo tanto, ¿no es la ley la más desvergonzada violación de las libertades humanas? Los valientes que se rebelan contra esas imposiciones arbitrarias son señalados a fuego con el nombre de malhechores y se les castiga atrozmente con la prisión o la muerte. ¿Qué es lo que parlotean entonces, hablando de libertades públicas? ¡Queremos todas las libertades, y en primer lugar las individuales y privadas! Una libertad circunscrita por restricciones y prohibiciones, ¡no es verdadera libertad, sino esclavitud presentada engañosamente por traidores charlatanes! ¡No seremos libres mientras no se hayan suprimido hasta los últimos legisladores, los últimos jueces, los últimos tiranos!.

Una explosión de aplausos y de aullidos interrumpió al orador en camisa de noche:

- ¡Mueran los diputados!
- ¡Abajo los ministros!
- ¡A la horca con los policías!
- ¡A exterminar a los maestros!
- ¡A fusilar a los oficiales!
- ¡Mueran los opresores!
- ¡Mueran todos!
- ¡Vivan los anarquistas!

Apenas se hizo un poco de silencio se oyó tronar nuevamente la voz indignada del enorme viejo orador:

—He sentido un ¡viva! por los anarquistas, y no puedo ocultar mi estupor ante tanta ingenuidad. Frente a nosotros, los Panclastas, los anarquistas no son más que vulgarísimos reaccionarios. Estos impávidos cultores del compromiso sueñan con una sociedad idílica, fundada sobre la fraternidad y el amor. Lo mismo que para los tiranos de todos los tiempos, también para ellos el robo y el asesinato son crímenes.

»Imaginan, en su ceguera e insensatez, que la supresión de la propiedad privada y la creación de grupos obreros autónomos pueden transformar los caracteres esenciales y constantes de la naturaleza humana. El ser humano, aun después de la muerte de todos los reyes y de todos los presidentes, continuará siendo lo que hemos dicho: un animal de presa y de lujuria. Siempre será verdadera la máxima del filósofo inglés: *Homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre, y la definición del filósofo francés: *Lhomme n'est qu'un gorille lubrique etféroce*, el hombre no es más que un gorila lúbrico y feroz. Los anarquistas quieren abolir a los patronos, pero conservan la ley, que es la peor de las tiranías. Unicamente nosotros, los Destructores Universales consecuentes, podemos llegar a ser los libertadores de la humanidad; sólo nosotros proclamaremos los verdaderos Derechos del Hombre, pero no las vanas palabras de los burgueses franceses del año 1789, sino los concretos y efectivos Derechos del Hombre, del hombre integral y sincero: el derecho a robar, a matar y a violentar».

Al terminar de decir estas palabras, estalló un aplauso aún más fuerte, y en seguida saltó al cajón que servía de tribuna, como una tigre, una mujer desgreñada, vestida con harapos negros, que comenzó a vociferar furiosamente a pesar de que el tumulto ahogaba sus palabras. Era delgadísima y blanquísimas, tenía dos ojos de bruja fijos en el fondo de dos órbitas de calavera. Cuando cesó el huracán de aplausos pudo hacer oír sus gritos:

—¡Me parece que el compañero Cerdial no ha insistido suficientemente acerca de la libertad de nosotras, las mujeres! Ha dicho cosas completamente ciertas, pero es un macho y su mentalidad es demasiado masculina. Ha defendido el derecho de los hombres a poseer todas las mujeres que les agraden, pero ni una palabra sobre el derecho de las mujeres a hacerse poseer por todos los hombres que ellas deseen. A pesar de las religiones, de las morales y de las leyes, es necesario reconocer que los machos ejercen ya bastante ése su justo derecho, aun cuando deban echar mano a expedientes y comedias de diverso género. Mas, para

nosotras, las mujeres, esa libertad es mucho más difícil y peligrosa. Por ejemplo: las prostitutas deben aceptar a todo cliente que pague, aun cuando sea repulsivo, y en cambio, están obligadas a pagar por el hombre que les agrada. Las muchachas no pueden elegir más de un marido; las casadas, habitualmente no logran tener más de tres o cuatro amantes, y esto a precio de subterfugios y frecuentemente con peligro de perder la vida. Y las feas y las viejas, ¿acaso no deben tener su derecho a satisfacer las emociones eróticas exigidas por la naturaleza?

»Esta condición de interioridad debe llegar a su término, y si triunfamos, terminará. Junto con los Derechos del Hombre, proclamados claramente por el amigo Cerdial, nosotras exigirnos una Declaración de los Derechos de la Mujer. Y también estos derechos son tres: el derecho al libre abrazo, el derecho a la infidelidad cotidiana, el derecho al aborto.

Las mujeres que asistían a la asamblea, harpías y bizcas, que eran muy numerosas, se pusieron simultáneamente de pie y se apretujaron alrededor del palco, gritando, riendo y queriendo estrechar la mano de la valerosa intérprete de su pensamiento.

Aproveché aquel tumulto de brujas desenfrenadas para escurrirme, sin ser observado, por una salida de lona del circo. Ya había aprendido bastante acerca de lo que pretendían los Panclastas, y no me sentía seguro en medio de aquellos locos sueltos.

Conversación 34

MUERTE A LOS MUERTOS

Ciudad de Méjico, 25 de abril.

—Señor, ¿pertenece usted al partido de los vivos o al de los muertos?

Así me interpeló anoche el joven vestido de negro que se sentaba a mi lado en la desierta sala del Bar de la Revolución.

No le respondí y lo miré fijamente; hasta ese momento no había reparado en su presencia: su rostro era alargado como el de algunas figuras del Greco, era moreno y delgado, tenía bigotes negros bien recortados, unos ojos vivaces de gato salvaje a la espera de saltar sobre su presa. Tenía algo de bandido y de poeta, algunos de sus rasgos hacían pensar en antepasados indios.

Pensé primeramente que mi interpelante habría bebido excesivamente, y recordé que con los borrachos conviene ser sincero, por lo cual le respondí que no comprendía bien su pregunta.

—Usted es viejo —afirmó desdeñosamente el desconocido joven—, y debería saber mejor que yo que los muertos perjudican y subyugan de mil maneras a los vivos. Los muertos, muertos están sin duda, pero son infinitamente más numerosos que los vivos, y en todas las guerras triunfa en definitiva la superioridad en número; además, los muertos no tienen nada que perder y están seguros de su inmunidad y de su impunidad; son prepotentes, maliciosos, malignos, ¡pobre de quien no sabe defenderse de los muertos! Siempre llevamos la peor parte; ¿recuerda la vieja frase francesa? *Le mort saisit le vif.* Tienen un poderoso aliado: el miedo y la superstición de los vivos. ¿Sigue mis explicaciones?

—Sigo sus palabras, pero aún no comprendo bien qué es lo que quiere demostrar y adónde quiere llegar.

—¿No es usted el famoso mister Gog? Me habían dicho que no sólo era un

hombre rico, sino también —excepción muy rara entre los potentados del dinero—, que además era inteligente. Tal vez me han informado mal, y ahora le pido disculpas por haber expuesto razonamientos que trascienden su inteligencia de simple propietario de dólares.

—Tenga un poco de paciencia, amigo. Quizá logre comprender si tiene la cortesía de añadir alguna dilucidación concreta. Me atraen todas las ideas, ninguna me espanta.

—Le dedicaré entonces diez minutos más, y no más de diez minutos porque no tengo tiempo para desperdiciar. Así pues, le diré que quiero proclamar y conducir la revolución más formidable que se ha visto sobre la tierra desde el Diluvio Universal: la revolución de los vivos contra los muertos. Creemos ingenuamente que los muertos no existen, siendo así que durante siglos usurpan nuestro espacio y nuestro tiempo, dominan nuestro pensamiento, nos oprimen con sus fantasmas y con sus antojos. Los muertos son señores y dueños de los vivos. Es necesario concluir de una vez con esta engañosa y perpetua esclavitud.

»Fíjese en nuestras escuelas: gran parte del tiempo de enseñanza se emplea para explicar y aprender las vicisitudes, aventuras, vergüenzas y teorías acerca de los muertos. La historia, ese ídolo de la gente moderna, no es más que un interminable y aburrido Libro de los Muertos.

»En política debemos obedecer constituciones, leyes, costumbres y fórmulas que, en grandísima proporción, son obras elaboradas con el pensamiento de personas muertas. En la vida privada nos vemos obligados a obedecer las llamadas “últimas voluntades” de los muertos, sus quirógrafos, sus testamentos espirituales y no espirituales. En los países católicos se recurre diariamente a los sacerdotes para oficiar ceremonias con el objeto de lograr la salvación eterna de los muertos. Nuestros museos están llenos de obras de muertos célebres que, con el prestigio de su antigüedad, impresionan a los jóvenes, desvigorizan los ingenios y obstaculizan cuanto pueden el surgimiento de novedades. Muchos de los artistas se ven atados aún ahora a los cánones de la escultura griega de veinticinco siglos atrás y a los preceptos de los pintores muertos hace quinientos años.

»En nuestras plazas se pavonean difuntos famosos, ya sea a caballo y con el sable desenvainado en alto, amenazando, ya sentados como pensadores, vestidos con ropas pasadas de moda.

»En todos los países del mundo hay millares de imbéciles: espiritistas,

magos, metafísicos, que pretenden evocar a los muertos o, por lo menos, trabar con ellos alguna relación misteriosa.

»Finalmente, los muertos ocupan una grandísima extensión de la superficie terrestre. Los cementerios, que cada día se multiplican y se amplían, son una creciente amenaza de carestía y de hambre. Aumenta la población, y al mismo tiempo las áreas cultivables, aptas para proporcionar alimento a los vivientes, se convierten en "lugares para el último descanso de los muertos". Si en los milenios pasados no se hubiera destruido a las necrópolis, hoy en día no habría ni una hectárea de terreno para sembrar trigo. Hay en la tierra demasiadas tumbas, demasiados sepulcros, túmulos, camposantos, capillas funerarias, etc. ¡O matamos por segunda vez a los muertos o éstos nos harán morir, dentro de poco, como a perros hambrientos!

»Supongo que ahora habrá comprendido la necesidad, más aún, la urgencia de la revolución que quiero promover. Es preciso cambiar, y en el menor tiempo posible, el estado actual de esas cosas: el dominio de los fallecidos sobre los vivientes. Ya he elegido la palabra de orden: ¡Muerte a los muertos!, ¡vivan los vivos!

»¿Quiere ayudarme con su dinero? Se precisan grandes sumas: para la propaganda de la idea, para la destrucción de los monumentos y de los cementerios, para la violenta supresión de todos los traidores partidarios y cómplices de los muertos. ¿Qué quiere ser usted?, ¿una de nuestras columnas o una de nuestras víctimas?

—Finalmente —le respondí—, he podido comprender perfectamente el sentido y la finalidad de sus razonamientos. Me ha persuadido de que los muertos son más poderosos que los vivos, y consiguientemente, como ya soy viejo, cosa que usted ha hecho observar gentilmente, prefiero pertenecer al partido de los más fuertes.

El joven vestido de negro permaneció un momento sin saber qué decir, y yo aproveché su confusión para salir del bar y subir prestamente en el automóvil que me estaba esperando afuera.

Conversación 35

LA PREDICACIÓN DE LA SOBERBIA

Bogotá, 26 de agosto.

Ciudad ésta bella y cordial, situada sobre montañas, fresca, en ella el ocio no causa remordimientos y el pensar no fatiga. En un atardecer, paseando por una calle larga, estrecha y solitaria, desemboqué imprevistamente en una amplia plaza, en forma de triángulo isósceles, llena de verdor. En el costado base, el más largo, se alzaba un edificio grande en el que reconocí, al cabo de algunos momentos de incertidumbre, una iglesia, pero una iglesia completamente diferente de las que había visto en el resto del mundo.

Ostentaba una fachada altísima, cuadrada, sin ventanas ni aberturas de ninguna especie. El centro de ese enorme cuadrado de piedra grisácea estaba ocupado por un Cristo hecho en mosaico, que con las espinas de la corona alcanzaba a la parte superior de la fachada. No estaba suspendido en una cruz, como se le ve casi siempre, sino que con sus dos brazos alzados parecía llamar a sí a los que por allí transitaban. Me detuve a contemplarlo, y entonces me di cuenta de que, bajo los pies, muy próximos al suelo, se abría una puertecita estrecha, según me pareció, la única entrada de aquella singularísima iglesia. Me aproximé a aquella abertura, pero era tan baja que hube de agachar la cabeza y doblar el espinazo para poder entrar.

Me hallé entonces en un atrio espacioso, de forma rectangular, que lucía un pavimento de mármol negro y estaba alumbrado con luminarias de siete llamas cada una y que pendían del techo.

Aquel atrio estaba desierto, no tenía altares ni imágenes, pero las paredes estaban ocupadas a breves trechos por confesionarios piramidales, cerrados y oscuros como sepulcros. Observando mejor vi en el fondo, frente a mí, los primeros escalones de dos escaleras en descenso, las que debían conducir a una iglesia subterránea. Bajé por la escalera derecha y me hallé, efectivamente, en una gran basílica de tres naves, que recibía luz de una doble fila de ventanales

redondos abiertos hacia el claro cielo. Las paredes estaban cubiertas por mosaicos estilo bizantino, en los que predominaban el azul y el oro. Las columnas, majestuosas y sólidas, eran de mármol rosado veteado por filamentos color negro. En el fondo de la nave central, pero algo distante del altar mayor en el que brillaban centenares de velas encendidas, se alzaba un púlpito de madera blanca, muy simple y casi pobre, poco elevado sobre el suelo. La nave estaba llena de gente que se mantenía de pie: mujeres con la mantilla, viejos calvos o canosos, jóvenes trigueños vestidos de color claro, algunos indios que a cada momento bostezaban dejando ver las hileras de sus blanquísimos dientes. Todos parecían esperar a alguien o algo, y también yo me dispuse a esperar con ellos, y me apoyé en una columna.

De pronto se oyó el tintineo argentino de una campanilla y vi subir al púlpito a un sacerdote de estatura elevada, con la cabeza cubierta por un velo de color negro con pespunte, velo que descendía sobre su rostro llegando casi hasta la boca.

Rezó algunas oraciones en latín, y luego comenzó su sermón hablando con voz sonora en muy buen castellano:

—Hermanos y hermanas. Vimos en los días precedentes cuál es la forma y gravedad de los siete pecados capitales o pecados mortales. Hoy deseo deciros una verdad que nadie ha dicho hasta ahora al pueblo cristiano. Quiero anunciar en esta iglesia consagrada a Nuestra Señora de la Humildad, que en realidad esos siete pecados se reducen a uno solo: el pecado de la soberbia.

»Considerad, por ejemplo, los modos y motivos de la ira. Este horrible pecado no es más que un efecto y un escape de la soberbia. El hombre soberbio no tolera ser contrariado, se siente ofendido por cualquier contraste y hasta por la más justa repremisión; el hombre soberbio siempre quiere vencer y superar a quien considera inferior, y por esto se ve arrastrado a las injurias, a la cólera y la rabia.

»Pensad en otro pecado igualmente odioso y maldito: la envidia. El soberbio no puede concebir que otro hombre tenga cualidades o fortunas de las que él carece; no puede soportar, a causa de su ilusión de que está sobre todos, que otros estén en sitios más elevados que el suyo, que sean más alabados y honrados, que sean más poderosos y ricos. Por lo tanto la envidia no es más que una consecuencia y manifestación de la soberbia.

»También se manifiesta claramente la soberbia en el repugnante pecado de

la lujuria. El lujurioso es el que quiere someter a su capricho y a su placer al mayor número posible de mujeres dóciles y complacientes. La mujer lujuriosa es la que quiere someter a su carne y a su vanidad al mayor número de hombres robados al derecho o al deseo de otras mujeres. El frenesí de la posesión carnal se funda en la ilusión de una dominación recíproca, o sea, en la *libido dominandi* que es, a su vez, el verdadero fundamento de la soberbia. Poseer quiere decir ser dueño, o sea, superior; ser amado significa ser preferido a los demás, es decir: ser considerado y adorado como criatura privilegiada. Y todo esto no es otra cosa que manifestación y satisfacción de ciega soberbia.

»Ya es más difícil reconocer a la soberbia en el innoble pecado de la gula. Mas, como de costumbre, también en esto viene en nuestra ayuda la Sagrada Biblia. Cuando la serpiente, símbolo de la soberbia, quiso tentar a Eva, ¿a qué medio recurrió además de mentirosas promesas? Presentó a la mujer una fruta deseable a la vista y dulce para comer. Recordad también que en la Última Cena Nuestro Señor ofreció pan mojado, es decir, el bocado preferido, al traidor, y esto después de haber dicho que Satanás, o sea, la soberbia, había entrado en Judas. Por lo tanto, los que ponen sus delicias en llenar el vientre más allá de lo que se precisa para saciar el hambre, están emparentados con los soberbios; en tan bestial proeza o manía buscan una prueba de su riqueza, de su capacidad o valer, de su arte de engullir y saborear, resumiendo, de su superioridad.

»También la avaricia, hermanos míos, o la voracidad por el dinero y demás bienes terrenos, se halla estrechamente relacionada con el pecado de la soberbia. El hombre avaro desea hacer todo suyo y no ceder a los hermanos ni siquiera una parte mínima de su tesoro. Su sueño supremo consiste en llegar a ser el más rico de todos en medio de una turba de pobres, pues sabe que en nuestro mundo idiota y perverso el rico es respetado, es adulado, honrado, implorado y servido como un monarca. Para el avaro la riqueza es antes que nada un medio para saciar su avidez de dominio, su torpe vanidad, su loca soberbia.

»Ahora no nos queda más que volver nuestra consideración hacia la vergonzosa pereza. Como bien lo pensáis, el perezoso es el ser humano que anhela o pretende vivir a costa del trabajo de los demás, como si tuviera un derecho natural al tributo de seres que le son inferiores, como si el trabajo fuera algo indigno de su orgullosa superioridad; perezoso es el que nada hace y nada emprende para mejorarse a sí mismo, para mejorar su alma y su condición, y en esto fácil es descubrir la implícita persuasión de que ya es perfecto, de que es mejor que quienes están a su alrededor, pero en ésa su loca certeza notáis fácilmente la diabólica afirmación de la omnipresente soberbia.

»Espero haber demostrado, aunque haya hablado brevemente, la verdad de mi aserto: hay un solo pecado en séxtuple forma, el homicida y deicida pecado de la soberbia.

»De todo lo que se ha dicho podemos deducir una pavorosa conclusión. Los cristianos son llamados a la imitación de Cristo, quien fue, antes que nada, portaestandarte sublime de la humildad: siendo Dios quiso humillarse hasta el punto de encarnarse en figura de hombre en la tierra. Pero los cristianos, la mayor parte de ellos, son pecadores, y en cuanto tales se cubren con las diversas vestiduras y hábitos de la soberbia, que fue la culpa máxima de Lucifer. Por lo tanto, dejan de lado la imitación de Cristo para imitar a Satanás. Nosotros, todos nosotros, ostentando el nombre de cristianos somos imitadores del Demonio.

Diciendo esto el predicador apartó el velo que cubría su rostro y pude entrever dos mejillas pálidas, surcadas por gruesas lágrimas. Luego se arrodilló en el piso del púlpito y continuó diciendo:

—En el caso de que yo, al exponeros esta doctrina creída por mí verdadera y nueva, haya caído como sucede a todos en el horrible pecado de la soberbia, aquí postrado pido perdón a Cristo, mi Señor y Maestro, y también a vosotros, hermanos y hermanas, que con tanta y tan humilde paciencia me habéis escuchado.

Las palabras del extraño sacerdote fueron interrumpidas por un acceso de sollozos; también se alzaron sollozos, lamentos y suspiros entre los oyentes.

Yo me separé de la columna, crucé el pavimento negro del atrio, me curvé bajo el marco de la puertecita abierta bajo los pies de Cristo y me vi en la plaza verde y desierta. Respiré más libremente, pero confieso que me sentía extraordinariamente contento y satisfecho por haber oído aquella predicación.

Conversación 36

EL FIN DE LOS PERSEGUDORES

Buenos Aires, 6 de junio.

En una pequeña revista católica que cayó por casualidad entre mis manos, hallé un curioso artículo, sin firma, que quiero copiar aquí para hacerlo leer a un amigo norteamericano que halla sus deleites en investigar las leyes y los misterios de la historia. El artículo se titula: «El Fin de los Perseguidores».

Con ese título escribió el famoso Lactancio, en el siglo IV después de Cristo, un pequeño tratado que es considerado por los modernos racionalistas como una simple fantasía apologética. Pero, en nuestros tiempos, la verdad demostrada por Lactancio en esa obra, o sea, que los enemigos del Cristianismo son castigados casi siempre con un fin desdichado, es confirmada con numerosos casos y ejemplos. Nos limitaremos a recordar cómo concluyeron, durante el siglo XIX y en lo que va del nuestro, los más famosos adversarios de la religión y especialmente del Cristianismo.

El Marqués de Sade, quien no fue únicamente un novelista obsceno y perverso, sino también un ateo declarado, como lo demuestra su obra *Dialogue entre un Prétre et un moribond*, murió loco, en Charenton, en el año 1814.

El célebre poeta Shelley, que en su juventud escribió una llameante *Necesidad del Ateísmo*, murió ahogado en el mar Tirreno, en el año 1822, a la temprana edad de treinta años.

El celeberrimo filósofo alemán Hegel, quien se jactaba de haber «superado» a la religión con su sistema idealista, murió atacado de cólera en el año 1831, en la plenitud de sus fuerzas, teniendo poco más de cincuenta años de edad.

El renombrado crítico ruso Belinski, enemigo acérximo del Cristianismo, murió tísico en el año 1848 y a los treinta y ocho de edad.

El fundador del positivismo, también el «superador» y negador de las religiones reveladas, se volvió loco delirante en los últimos años de su vida falleciendo en el año 1857 a los cincuenta y nueve de edad.

Isidoro Ducasse, escritor famoso bajo el seudónimo de Conde de Lautréamont, autor de los blasfemos *Chants de Maldoror*, una de las más alocadas acusaciones lanzadas contra el Creador, murió miserablemente, tal vez asesinado, a la temprana edad de treinta años, en 1870.

El profeta del superhombre, Federico Nietzsche, autor del *Anticristo*, se volvió loco en 1888 y loco murió en 1900.

El popularísimo novelista francés Emilio Zola, que en sus obras hizo gala de un bajo materialismo y denigró al Catolicismo en Lourdes y en Roma, murió asfixiado mientras dormía en el año 1902.

Roberto Ardigó, el sacerdote que colgó los hábitos y abjuró de su fe para consagrarse a la filosofía positivista, murió quitándose la vida con sus propias manos, en 1920.

Lenin, que aprobó y fomentó la asociación de los Sin-Dios, fue herido por la parálisis progresiva en 1920 y murió en 1924.

Su amigo y compañero Trotsky, también el enemigo y perseguidor de la Iglesia Cristiana, fue asesinado por sus enemigos políticos en 1940.

Adolfo Hitler, que pretendió restaurar en Alemania el viejo paganismo anticristiano, concluyó suicidándose en el año 1945 en el momento de su derrota final.

Alfredo Rosemberg, amigo y colaborador del anterior, el teórico del racismo antisemita y anticristiano, fue ahorcado en Nuremberg en el año 1946.

Buscando en la historia de estos últimos siglos y también de los precedentes, fácil sería hallar otros ejemplos del triste fin reservado a los que, con sus escritos o sus acciones, se propusieron abatir la fe cristiana. Como se ve por nuestra enumeración, no se trata de hombres oscuros, de poca o ninguna importancia, sino de hombres que tuvieron y tienen grandísima fama, que han dejado sus nombres en la historia de la literatura, de la filosofía o de la política. Nos parece que vale la pena meditar sobre tan pavorosa nómina, que además es una inesperada prueba de la tesis sostenida ya en el año 317 por el doctísimo escritor que se llamó

Firmiano Lactancio.

Conversación 37

LA JUVENTUD DE DON QUIJOTE

(DE CERVANTES)

Granada, 7 de abril.

En la preciosa colección de manuscritos desconocidos que comprara en Londres hace ya algunos meses, y que perteneciera a Lord Everett, he hallado un esbozo titulado *Mocedades de Don Quijote*, manuscrito autógrafo de Don Miguel de Cervantes y desconocido hasta ahora para todos los estudiosos de la literatura castellana. Lo hice descifrar, transcribir y traducir por un joven profesor de esta ciudad, y finalmente pude leer esta inédita prehistoria del famoso Caballero de la Triste Figura.

Como lo recordarán todos, la famosa Obra de Cervantes nos presenta a un Don Quijote que alrededor de los cincuenta años se ha retirado a su casa de Argamasilla de Alba para leer novelas de caballería. Acerca de la vida que lleva hasta ese tiempo, es nada o casi nada lo que nos dicen las dos partes de la obra publicadas hasta el presente. Es mi opinión que Don Miguel tenía en su ánimo la idea de narrar también la juventud de su héroe, pero la muerte le impidió dar forma artística al esbozo que tengo ante mi vista.

Según este desconocido manuscrito don Quijote había nacido en una familia noble, pero venido a menos; desde la infancia dio muestras de espíritu audaz y de ingenio movedizo. Siendo algo mayorcito, y cuando hubo aprendido con el sacerdote del lugar algo de latín y de teología, fue enviado por su padre a la famosa Universidad de Salamanca, donde en un principio se sintió atraído por las cátedras que dictaban los maestros de filosofía. Pero al cabo de un par de años perdidos en aquella fatigosa y tediosa disciplina, nuestro Alonso Quijano, pues

éste era su verdadero nombre, se disgustó de aquellas acrobacias y artimañas mentales y de tan estériles juegos dialécticos; entonces se orientó hacia las letras humanas y halló sus deleites en escribir romances y redondillas sobre temas amorosos. Durante este período se había enamorado de una hermosa jovencita, hija de un corregidor, doncella que, aun cuando más no fuera que con miradas y guiños, daba señales de corresponder a su tímida pero fogosa pasión. Finalmente, una noche pudo hablarle, aunque por muy pocos momentos, y la joven, temblando en la oscuridad, le prometió que sería suya y jamás de ningún otro. El joven caballero, delirante de felicidad, continuó soñando y escribiendo para ella poemas tan ardorosos que, según escribe Cervantes, parecían chamuscar el papel en que los garabateaba. Pero... un mal día el pobre enamorado se enteró de que su prometida se había casado con un doctor en leyes, amigo del padre de ella.

Entonces Don Quijote comprendió de qué clase de paño estaban hechas las mujeres, sin excluir a las que parecen angelicales, y cobró odio hasta contra la poesía que tan poca ayuda le había prestado. Fue tal su desesperación que solicitó y obtuvo ser admitido como novicio en un convento de carmelitas. Desde su temprana niñez había sido un cristiano devoto, y ahora, sabida la traición de la amada, se persuadió de que únicamente Dios merecería el afecto íntegro de su corazón. Permaneció en el convento por más de un año, esforzándose por llegar a los más elevados grados de la perfección. Pero el espectáculo que le brindaban los monjes, tanto los jóvenes como los viejos, era para su cándida alma algo muy distante de ser ejemplo de edificación. Los más eran perezosos e indiferentes, como ligados por un hábito mecánico a los deberes externos de su profesión. Algunos se mostraban arrogantes, impacientes, malignos e hipócritas. Ni siquiera faltaba alguno que se embruteciera en la ebriedad o buscara a las mujeres. El futuro Don Quijote tuvo valor suficiente para quejarse de aquellas desvergüenzas ante el Maestro de Novicios, quien desde ese día le cobró ojeriza y se complacía atormentándolo con castigos injustos.

Una buena mañana, el Superior del convento lo llamó a su celda y le dijo que no estaba seguro de su vocación religiosa; el joven novicio tuvo que dejar los hábitos y salir de allí.

Gracias a la protección que le brindó un tío marqués, bien visto por el Rey, fue recibido como gentilhombre de cámara en la corte de Madrid. Según lo da a entender Cervantes, esa experiencia fue una de las más desgraciadas en su vida. Contaba ya casi treinta años de edad y su espíritu había madurado con largas lecturas y meditaciones. Todo cuanto observaba a su alrededor le hacía sufrir: la corrupción de las damas, la altanería de los grandes, la avidez de los ministros, las

intrigas de los cortesanos, la abyección de los subalternos, todo ello hería y ofendía continuamente su ánimo sensible y delicado. No pudiendo aguantar más el hedor de aquella cloaca dorada, pidió licencia a Su Majestad y obtuvo permiso para dirigirse al Nuevo Mundo, como oficial de la guardia de un virrey. Al comienzo el joven castellano halló grandísimo placer recorriendo a caballo montañas y bosques, en medio de gente salvaje tan diversa de la que moraba en su patria. Pero tiempo después también esta nueva experiencia concluyó dolorosamente, como las anteriores. Cristiano e hidalgo como era, el futuro defensor de los débiles no pudo soportar la vista de las atroces exacciones y cargas a que eran sometidos los pobres indios. La crueldad y jactancia de los conquistadores, la avidez y desenfreno de los oficiales de gobierno, los abusos y costumbres depravadas de la soldadesca, todo esto le llenó de náuseas, repugnancia y horror.

En su honrada ingenuidad tuvo la malhadada idea de denunciar tales vergüenzas al Consejo de Indias, que tenía su sede en Sevilla. Se envió entonces desde España un inquisidor real, quien comprado con ducados sonantes por el virrey, escribió en su informe que el señor Alonso Quijano era un visionario calumniador, un desatinado loco, y como tal lo hizo arrestar. Llevado a España fue encerrado en las cárceles de Alba de Tormes, donde languideció por espacio de varios años sin ser juzgado por tribunal alguno. El desventurado se resintió por aquella infame injusticia y cayó en una especie de melancolía fantasiosa de la que nunca se recuperó. Finalmente fue considerado enfermo poco peligroso y le devolvieron la libertad. No hizo entonces intento ninguno por reiniciar una nueva vida. Volvió a la casa paterna, en la que ya habían muerto todos los suyos, y procuró consolarse de la desagradable realidad, por él en tan diversos modos conocida, refugiándose en el reino de la fantasía heroica y poética, en los poemas caballerescos y novelescos donde hallaba intelectualmente satisfechos sus ideales de caballero cristiano, enamorado y sin miedo.

Lo que le sucedió una vez saturado con aquellas lecturas solitarias, es conocido por todos los que han leído la obra maestra de Don Miguel de Cervantes y Saavedra. Pero me parece que en esta otra obra apenas esbozada, que actualmente se halla en mi poder, está la verdadera clave y justificación de las fantasías y empresas de Don Quijote de la Mancha. Finalmente, se comprende así también por qué el viejo hidalgo, desilusionado, contristado y perseguido, solo en su casa, se consagró a leer aquellos libros de aventuras imaginarias, los únicos que podían consolarlo y compensarlo de la dura y sucia realidad que hasta entonces tanto le había hecho sufrir. Quien no conoce la juventud de Alonso Quijano no puede comprender al Don Quijote de la Mancha ya maduro, ni tampoco sus generosas y desinteresadas extravagancias.

Conversación 38

COLOQUIO CON GARCÍA LORCA

(*O DE LAS CORRIDAS*)

Madrid, 8 de abril.

Fui ayer a la Plaza de Toros, y un amigo español que me acompañaba me presentó a un joven de aspecto genial y viril que se llamaba García Lorca, y es ya famoso aquí y en América como poeta y pintor. Me causó una bellísima impresión, incluso por su orgulloso ánimo salvaje, y concluida la corrida fuimos los tres al Café del Pombo. Como sucede frecuentemente en este país, la conversación versó acerca de la tauromaquia, y quise saber de labios de García Lorca qué pensaba de los extranjeros dispuestos a ver en ese juego sangriento una prueba de crueldad del pueblo español, y el joven poeta me respondió:

—No todos los extranjeros son tan imbéciles, pero la mayoría de los que vienen son simultáneamente atraídos y asqueados por el espectáculo de nuestras corridas. Esto depende en gran parte de que son viajeros filisteos, y aun cuando sean personas cultas carecen de verdadero espíritu poético. Estoy escribiendo un poema sobre Ignacio Sánchez Mejías, uno de nuestros toreros más famosos, y espero hacer comprender la belleza heroica, pagana, popular y mística que hay en la lucha entre el hombre y el toro. Pero creo que nadie ha sabido explicar a los extranjeros el contenido profundo, sublime, y hasta diré casi sobrehumano, del sacrificio taurino.

»La corrida, en sí, a pesar de sus acompañamientos acrobáticos y espectaculares, es en realidad un misterio religioso, un rito sacro. Con sus acompañantes o acólitos, el torero es una especie de sacerdote de los tiempos prechristianos, pero al que el Cristianismo no puede condenar. ¿Qué es lo que

representa el toro en la conciencia de los hombres?, la energía primitiva y salvaje, y al mismo tiempo la ultrapotencia fecundadora. Es el bruto con toda su potencia oscura; el macho con toda su fuerza sexual.

»Pero el hombre, si quiere ser verdaderamente hombre, debe disciplinar y conducir la fuerza con la inteligencia, debe ennoblecer y sublimar el sexo con el amor. Le corresponde matar en sí mismo la animalidad primigenia, vencer el porcentaje de bruto que hay en él. Su antagonista más evidente en su voluntad de purificación es el toro. El hombre debe matar los elementos taurinos que hay en él: la adoración de la fuerza muscular agresiva y de la fuerza erótica, igualmente agresiva.

»La corrida es la representación pública y solemne de esa victoria de la virtud humana sobre el instinto bestial. El torero, con su inteligencia pronta y despierta, con la ligereza de los movimientos rápidos y elegantes de su cuerpo, supera, vence y da por tierra con la masa membruda, ciega y violenta del toro. La victoria sobre la bestia sensual y feroz es la proyección visible de una victoria interior. Por lo tanto, la corrida es el símbolo pintoresco y agonístico de la superioridad del espíritu sobre la materia, de la inteligencia sobre el instinto, del héroe sonriente sobre el monstruo espumajeante o si prefiere, del sabio Ulises sobre el cruel Cíclope. Así pues, el torero es el ministro cruento en una ceremonia de fondo espiritual, su espada no es otra que el descendiente supérstite del cuchillo sacrificial que utilizaban los antiguos sacerdotes. Y así como también el Cristianismo enseña a los hombres a liberarse de las supervivencias bestiales que hay en nosotros, nada hay de extraño que un pueblo católico como el nuestro concurra a este juego sacro, aun cuando no comprenda con claridad la íntima significación espiritual del mismo. Se podría recordar también que el rito inicial del antiguo culto de Mitra, aquella religión que en un cierto momento amenazó el triunfo del Cristianismo, consistía en el sacrificio del toro: el taurobolio. Si los humanitarios y puritanos extranjeros, que habitualmente están dotados de inteligencia más bien estrecha, fueran capaces de profundizar el verdadero secreto de la tauromaquia, juzgarían de una manera muy diversa a nuestras corridas.

El amigo español se levantó y abrazó a García Lorca. También yo, aun cuando no diera muestras externas de entusiasmo tan expresivas, reconocí que su ingeniosa y paradójica teoría era merecedora de una atenta meditación.

Conversación 39

EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO

(DE MIGUEL DE UNAMUNO)

Madrid, 29 de mayo.

Cada vez se acentúa más en mí la manía por los autógrafos. No satisfecho con haber comprado la colección de Everett, que contiene tantas obras maestras desconocidas, voy buscando por todas las ciudades manuscritos de autores célebres. En estos días he tenido la fortuna de hallar en casa de un periodista que se vio reducido a la miseria, el comienzo de un drama inédito escrito por Miguel de Unamuno.

Se titula *El Primero y el Último*, pero sólo contiene el esbozo de la primera escena. El comienzo de la obra tiene una grandísima originalidad, pero no he logrado dilucidar si se trata de una obra juvenil, o de los últimos tiempos de la vida del gran pensador y poeta. Me inclino a creer que se trata de una idea habida en la ancianidad, cuando estaba atormentado por la idea de la decadencia del Cristianismo.

Comienza la acción cuando el mundo está a punto de ser destruido y la vida ha concluido sobre la tierra. En la inmensa soledad hay dos seres vivientes —¿supervivientes o resucitados?—, se encuentran y se reconocen: el Primer Hombre, o sea, Adán, y el Ultimo Hombre, que ni siquiera tiene un nombre al estilo antiguo, sino que es una especie de autómata viviente, identificado por una sigla grabada en una medalla que le cuelga sobre el pecho: W. S. 347926.

Ambas criaturas, tan distintas entre sí, se miran en silencio: el hombre perfecto, salido de la mano de Dios; el hombre mecánico, convertido en número y

átomo por voluntad de la ciencia y de la masa. El ser casi ángel; el ser casi máquina. Al comienzo no saben qué decirse, pero se miran, sospechosos y rencorosos. Uno frente a otro representan el principio y el fin de la historia humana, y a pesar de ello se sienten seres mutuamente extraños, lejísimos, tan diversos y adversos que no saben cómo entablar diálogo.

En el pensamiento de Unamuno aquí está la tragedia, la pavorosa tragedia: el primer padre no sabe qué decir al último hijo.

Entre ambos taciturnos seres aparece improvisamente un gigantesco ser velludo: Hanuman, el dios de los monos, amigo de los hombres. Reprocha a ambos su extraño silencio. Los dos deberán debatir su causa ante él, quien a su vez contará con la asistencia del ángel Ariel y del demonio Belfegor.

Adán es obligado a hablar. El anciano primer hombre, casi desnudo, con una piel de león en la cintura, manifiesta que hubiera querido reprochar y acusar a su lejanísimo y degenerado descendiente, pero el remordimiento de la propia culpa le había impedido hacerlo:

—Cuando fui vencido por el ansia de saber, de conocer, de hacerme semejante a Dios, en aquella mi voluntad ya se hallaba en germen todo lo que éstos llamaron ciencia, y más que nada su loca intención de ponerse a sí mismos en lugar de Dios. La intentada deificación del hombre condujo a mis insensatos descendientes a renegar de lo humano, a la verdadera y definitiva caída del hombre. Por lo tanto, no tengo derecho a lanzar reprimendas y reproches contra este aborto degradado y deshumanizado.

Pero entonces habló Ariel diciendo:

—Olvidas, Adán, que tu prole fue rescatada, que el sacrificio de Dios le restituyó gran parte de lo que había perdido a causa de tu error. Así pues, tienes derecho a acusar y condenar.

—No —replicó Belfegor—, Dios no llegó a restaurar la dignidad y perfección anteriores del hombre. Los descendientes de Adán, incluso después que el Hijo descendiera a la tierra, continuaron siendo débiles y frágiles, continuaron bajó el dominio de la sangre y del orgullo y debieron dedicarse a reconquistar con sus pobres fuerzas la sabiduría y el poder. Dios los había maldecido y castigado, los había entregado a Satanás y entonces se dirigieron a nosotros pidiendo auxilio. Lo demás está escrito en la historia de los últimos milenios. Nosotros, los demonios,

nos hemos vengado, y estoy dispuesto a defender al último hombre, que es hijo de nuestras obras.

Entonces W. E. 347926 pidió hablar:

—Todo lo que estáis profiriendo es una sarta de ideas sin sentido, expresadas en una jerga salvaje, desusada, incomprensible y hueca. Para nosotros, las palabras de Dios: culpa, redención, pecado, bien y mal, desde hace ya siglos y siglos no tienen ningún significado. El hombre había llegado a ser el único y verdadero señor y dueño del mundo y se ocupaba solamente en aprovechar los recursos del planeta para la propia conservación. Todas las viejas elucubraciones ideales, todas las mitologías y disfraces de la edad primitiva habían sido ya abolidas y olvidadas. La libertad de la voluntad era una ilusión, el amor un ridículo perder el tiempo, la virtud un sueño fastidioso, el individuo no era más que un átomo y un número, Dios un concepto inútil y absurdo. La vida automática y colectiva había destruido todos los sentimientos idiotas, las emociones torturantes, los pensamientos vanos, los tormentos imbéciles, los afectos superfluos. Esas fruslerías supersticiosas tuvieron algún crédito únicamente en la bárbara edad de la cultura, en los tiempos transcurridos desde Platón a Dante y desde Milton a Kant.

»Si hay alguno que podría juzgarme, ése sería Hanuman, pues es a él, y no a vuestro Adán, al que reconozco como mi progenitor.

Lamentablemente, lo legible del manuscrito concluye en ese punto. En otras páginas se leen palabras dispersas, abreviaciones, nombres de otros personajes, comienzos de períodos, etc., pero es imposible reconstruir la continuación de la tragedia.

Mi amigo Ernesto Giménez Caballero, óptimo conocedor de la literatura castellana antigua y moderna, opina como yo.

Conversación 40

LA REVUELTA DE LOS ACTORES

Toledo, 8 de junio.

Ayer por la noche presencié en un gran teatro de esta ciudad una aventura que, según creo, es la única que debe haber sucedido en el mundo desde que existen teatros y actores.

Había leído una cartelera anunciando la representación de la obra *Muerte de Danton*, de Büchner, y como no tenía ninguna ocupación y nunca había visto esa tragedia, fui a ese teatro.

Llegué algo antes de la hora. La platea estaba vacía y en los palcos no se veía a nadie. Poco a poco llegaron algunos espectadores, todos hombres. Llegó la hora fijada para comenzar la representación y a lo más habría unas treinta personas distribuidas por todos los lugares destinados al auditorio.

Pensé que el nombre del autor, aun cuando se hubiera hecho célebre con *Woyzek*, sería casi desconocido en este país, y tal vez el argumento mismo no atraía a un pueblo que nunca sintió entusiasmo especial por los héroes de la Revolución Francesa. Poco a poco y muy especialmente llegaron otros melancólicos espectadores, y finalmente, con media hora de atraso se levantó el telón.

No conozco muy bien las finezas de la bellísima lengua castellana, pero como en tiempos pasados había leído la tragedia de Büchner, pude comprenderlo todo y comprobé que los actores eran excelentes, todos ellos sin excepción, y no, como sucede casi siempre, sólo los protagonistas.

Pero el escaso auditorio, desparramado acá y allá en las butacas de terciopelo rojo pronto comenzó a hacer demostraciones de que el espectáculo no le agradaba: uno comenzó a reírse en sordina, otros cuchicheaban entre sí haciendo gestos de disgusto, algunos dichos cínicos y paradójicos de Danton y de sus

amigos eran recibidos con exclamaciones de indignación y con toses fingidas. A pesar de todo esto el primer acto concluyó sin graves inconvenientes, pero el descenso del telón fue acompañado con silbidos rabiosos y voces de burla.

Con el acto segundo comenzó la segunda tragedia, el choque violento entre las plateas y el escenario. Los espectadores, aun cuando eran pocos, parecían estar cada vez más exasperados, ya porque no les agradara el tono sin cadencias y sin prejuicios de los diálogos de Büchner, ya porque tuvieran mala disposición para con los actores y actrices. No se contuvieron las risas sino que estallaron ostentosamente, no faltó quien se sacudiera como un obeso y alzara voz y bastón, los comentarios mordaces fueron tan ruidosos que casi superaron las voces de los actores. Un viejo barbudo, más exaltado que los demás, se acercó a la boca del escenario y lanzó contra Danton un bastón de Malaca con pomo de marfil.

Y en aquel momento comenzó lo inverosímil. El protagonista de la tragedia, hombre alto y macizo, como lo demandaba su papel, recogió el bastón, lo levantó y con gesto imperioso hizo que sus compañeros interrumpieran la representación, les dijo apresuradamente algunas palabras que no comprendí, aparecieron de entre bastidores otros actores vestidos de soldados y sansculottes, surgieron los maquinistas, tramoyistas, vestidores, todos los que prestaban servicio en la representación. Uno de ellos apoyó una escalerita contra el borde del escenario hacia el lado de la orquesta, y toda aquella turba descendió precipitadamente a la platea, silenciosa pero resuelta, comenzando en seguida a expulsar a los espectadores.

Incluyendo a los refuerzos logrados de entre las candilejas la compañía sumaba más personas que los malhadados espectadores, los que, atemorizados y aterrados ante aquel imprevisto pronunciamiento, casi no oponían resistencia al asalto.

En seguida capté cómo habría de concluir aquel tumulto, y aprovechando la confusión suscitada corrí hacia un pasadizo lateral, hallé abierta la puertita de un palco y me oculté lo mejor que pude detrás de una mampara.

Alguno de los espectadores al ser alcanzado intentaba defenderse contra aquella violenta expulsión, pero sin éxito, puesto que los asaltantes eran más numerosos y tenían la ventaja de la sorpresa.

En pocos minutos la platea fue despejada por los rebeldes, se cerraron las puertas del teatro y todos los actores, felices con el triunfo logrado en la

improvisada revuelta, volvieron al escenario. Suponía yo que suspenderían la representación y que se apagarían las luces, cuando con gran maravilla de mi parte vi que todo aquello, aunque increíble, continuaba siéndolo: los maquinistas y tramoyistas desaparecieron entre bastidores y los actores y actrices ocuparon otra vez sus sitios.

Danton, «pálido y enorme», antes de recomenzar el recitado, dijo en voz alta:

—Esos granujas no entienden absolutamente nada y han querido impedirnos recitar una obra maestra. Por vez primera en la historia del teatro, los actores, artistas e intérpretes de poetas, nos hemos sublevado y hemos logrado la victoria. Ahora, lanzadas fuera aquellas bestias, podemos empezar de nuevo tranquilamente nuestro trabajo, finalmente podremos recitar a nuestro gusto y modo.

Comenzó nuevamente la representación, con mayor vida y convicción que antes, como si los actores tuvieran ante sí un público atento y benévolos. La platea estaba oscura y desierta, como un campo de batalla en el filo de la noche. Recatado detrás de mi mampara pude escuchar todo, hasta la última escena de la intensa y original tragedia de Büchner, y al concluir no pude menos que aplaudir ruidosamente.

—¡Hemos sido descubiertos! —exclamó Danton—, ¿quién es el intruso que ha permanecido ahí adentro?

Salí del palco y corrí presurosamente hacia ellos, les expliqué mi presencia y les manifesté mi admiración hacia Büchner y hacia toda la compañía, y también yo fui blanco de un aplauso a telón corrido. Nos hicimos amigos en pocos minutos y todo concluyó trasnochando todos juntos en una taberna próxima al teatro, comentando alegremente la primera «revuelta de los actores» que se recuerda en la historia del teatro.

Conversación 41

VISITA A SALVADOR DALÍ

(*O ACERCA DEL GENIO*)

Barcelona, 26 de Junio.

Fui a ver una muestra de obras de Salvador Dalí, con la esperanza de encontrarme con el famoso pintor catalán. Y efectivamente estaba allí, en el fondo de la última sala, con sus bigotes largos y enhiestos como los de un mandarín manchú, siendo la figura central de una reunión de adolescentes imberbes y viejas señoritas teñidas y reteñidas. Me dijeron que aquél era su auditorio predilecto: el de los que todavía no habían comenzado a vivir y el de las personas que ya habían dejado de vivir. Por intermedio del secretario de la exposición hice preguntar a Dalí si podía concederme una audiencia privada, de breves minutos. El pintor me miró fijamente por un buen lapso y me dijo:

—Lo conozco, he leído su diario y me asombra que se haya demorado tanto en venir a conocerme. Mis palabras le hubieran ahorrado el fastidio, hasta el inútil suplicio de escuchar millares de palabras sin peso y sin sentido. Ahora es demasiado tarde. Vuelva, pues, a sus imbéciles de escape libre y a sus loros cronométricos.

Me disculpé lo mejor que pude, pero Dalí se mostró irreducible; sus bigotes se agitaban al soplo de su ira mal contenida:

—Váyase, míster Gog, no soy yo el hombre que usted busca. Usted no podría comprender ni siquiera uno de mis pensamientos. Usted ama a los hombres originales, y yo estoy muy por encima de la originalidad puesto que represento lo nuevo en lo eterno. Usted busca a los hombres inteligentes, y yo estoy por encima

de la inteligencia dado que soy el genio absoluto, el genio *tout cour*.

»No puedo decir que soy semejante a usted, que está sumergido todavía en las bañeras de la banalidad. En estos tiempos mi empresa es demasiado importante y no puedo perder ni siquiera un minuto para reparar ese mecanismo gastado que es su cerebro.

—Pero ¡señor Dalí!...

—¿Tal vez quiere saber qué es lo que estoy haciendo? Es cosa demasiado difícil para usted. Simplemente, estoy transformando en formas y signos nuevos toda la realidad humana y divina; estoy dando vuelta al mundo que todos conocen a fin de mostrar la otra parte, el anverso, el otro lado. La verdad es como la luna que muestra solamente una de sus faces. Solamente mi genio puede imponer una segunda y más auténtica visión del universo. Dios ha dejado su creación a medio hacer, corresponde ahora a Salvador Dalí completarla y terminarla. Por todo ello estoy obligado a rehacer a Dios, es decir, la idea errada y baja que tienen los hombres acerca de Dios. Dalí no es un artista como lo fueron todos los artistas hasta hoy, sino es un creador que ha de abrir la segunda era de la humanidad: antes de Dalí y después de Dalí; Dalí es el único redentor y la pintura es su evangelio. ¿Cómo quiere, pues, que pueda perder ni un solo minuto con usted? Váyase o lo haré expulsar por mi ángel gendarme.

Conversación 42

LA VENGANZA

Arbuela tras los Montes, 12 de abril.

Un abogado de Toledo me habló acerca de un pueblecito vasco, escondido entre las montañas, donde desde siglos atrás se practicaba una extrañísima ceremonia llamada La Venganza, al amanecer del Viernes Santo. Rito singularísimo, cristiano en sí pero completamente laico, sin clero, único en el mundo. Hasta en la misma España son muy pocos los que están enterados y es desconocido enteramente para los viajeros extranjeros.

Llegué a Arbuela el jueves Santo y tuve que pasar la noche en casa de un caballerizo, porque el único hotel del lugar estaba lleno. Al alba del día siguiente ya se habían reunido en la Plaza Mayor los actores del rito, poco más de un centenar de personajes, únicamente hombres, casi todos de edad madura; no vi entre ellos ni adolescentes ni viejos.

Todos ellos tenían el rostro manchado con una tinta de color escarlata vivo y vestían largas capas de paño color ceniza. Todos estaban montados en borricos bajos, enjaezados pobemente, al estilo de la región. Al son apagado de una trompeta la cabalgata se puso en movimiento, y también yo la seguí montado en un asno.

A la cabeza del cortejo flameaba un estandarte donde campeaba la blanca imagen de un esqueleto. Se subía por un sendero de mulas empinado y pedregoso, que tenía a los costados juníperos de poca altura. Ninguno hablaba ni cantaba. De vez en cuando rebuznaba alguno de los animales, y tan desagradable interrupción del silencio se perdía en los matorrales cercanos, en el aire húmedo.

La subida duró aproximadamente una hora. La larga hilera de asnos y de hombres graves, de rostro escarlata, serpenteaba a través de pequeños llanos y lugares rocosos más y más pobres y desprovistos. De pronto se detuvo en un llano amplio, donde y a estaban esperando otras personas. A la sombra de una alta roca

se veía una gran mesa de piedra, sostenida por cuatro columnas de haya sin trabajar. Sobre la mesa había siete cofres, según me parecieron, cubiertos por géneros de color blanco. Detrás de la mesa aguardaban siete hombres, con el rostro teñido de rojo, igual que los recién llegados. Cerca de la misma mesa ardía un gran montón de malezas y ramas secas, al que se había aplicado fuego y comenzaba a echar llamas. El espectáculo era misterioso y majestuoso. Alrededor del lugar se levantaban los picos agudos y amenazadores de la Sierra Negra; dos halcones describían círculos a gran altura, en el suave vapor amarillento causado por el sol del amanecer.

Los silenciosos peregrinos descendieron de sus cabalgaduras y se colocaron en semicírculo alrededor de la mesa de piedra. Sus rostros, aun cuando estuvieran pintarrajeados de rojo como los de los payasos, sin embargo causaban impresión de austeridad y meditación. Comenzó entonces la ceremonia.

Uno de los siete hombres que habían estado aguardando nuestra llegada, descubrió el primer cofre y lo abrió. Sacó afuera un gallo, un gallo orgulloso, altivo, con una hermosa cresta erguida, de color sangre. El hombre lo tomó por el cuello, lo apretó fuertemente para hacerlo morir, y exclamó:

—Tú, gallo, eres nuestra soberbia; ¡que el fuego te consuma!

Y arrojó al gallo, en los últimos estertores de la agonía, sobre el montón de ramas encendidas.

El segundo hombre sacó del segundo cofre un cachorro aullador que en seguida comenzó a ladear, lo degolló con un estilete con empuñadura de plata, y exclamó:

—Tú, perro, eres nuestra ira, ¡que el fuego te destruya!

Y el cachorro sangriento fue a dar a la hoguera. El tercer hombre abrió cautelosamente el tercer cofre y tomó entre sus manos un palomino blanquísimo que se debatía afanosamente. Le golpeó la cabeza con una piedra y habló así:

—Tú, paloma, eres nuestra lujuria, ¡que el fuego te reduzca a cenizas!

Y el pobre palomino fue a dar con las demás víctimas entre las ramas ardientes del montón.

El cuarto hombre sacó del cuarto cofre un enorme ratón. Lo sofocó entre sus

fuertes manos nudosas y exclamó:

—Tú, ratón, eres nuestra gula, ¡que el fuego te anique!

El quinto hombre sacó del quinto cofre una pequeña serpiente negra, y con un tosco cuchillo le cortó la cabeza, diciendo:

—Tú, serpiente, eres nuestra envidia, ¡que el fuego te devore!

El sexto hombre tomó del sexto cofre una urraca que lanzó gritos estridentes agitando sus hermosas alas azules. Pero el sacrificador, procediendo con rápidos movimientos, la apretó entre sus dos manazas y la arrojó, moribunda, entre las llamas:

—Tú, urraca ladrona, eres nuestra avaricia, ¡que el fuego te destruya!

El séptimo hombre sacó del séptimo cofre un viejo gato gordo y atigrado, con un rapidísimo movimiento de sus manos forzudas lo estranguló y gritó:

—Tú, gato, eres nuestra pereza, ¡que el fuego te deshaga para siempre!

Entonces, el portaestandarte que llevaba el emblema del esqueleto se adelantó y también entregó a las llamas su fúnebre insignia.

En seguida todos los peregrinos se quitaron las capas color ceniza, y se vio que debajo estaban vestidos con hermosas túnicas blancas orladas de oro. Luego corrieron de a uno hasta una fuente cercana donde se lavaron el rostro quitando la tinta escarlata. Reaparecieron con sus caras al natural, honradas y severas caras surcadas de arrugas de campesinos, de artesanos adustos, de hombres en buena posición, blancas y pálidas.

Cuando todos estuvieron listos, limpios de rostro y cándidos en sus vestiduras, montaron otra vez y el cortejo se movió hacia el pueblo, dejando sola, en aquel llano, la pira funeraria con sus siete víctimas. Contrariamente a la subida, la bajada fue ruidosa y alegre. Todos hablaban y reían; alguno, un poco más joven que los otros, cantaba con voz sonora y bien entonada un viejo romance. Los asnos trotaban por el sendero pedregoso con alegre prisa. En poco más de media hora se llegó a la plaza de Arbuela, y los peregrinos se dirigieron a sus casas.

Pero yo quise saber algo más sobre el significado de aquella singular ceremonia, que tenía algo de cristiana y algo de pagana. Me dirigí entonces a un

sacerdote anciano y enjuto que nos había recibido al regreso, y le interrogué acerca de lo que había visto con mis ojos.

—Es una costumbre antiquísima —me respondió—, que se ha mantenido únicamente en Arbuela. Debe ser el último testimonio sobreviviente de una devoción medieval que, en el día de la Crucifixión de Nuestro Señor, quiere simbolizar la muerte de los siete pecados capitales. Los peregrinos se tiñen el rostro de bermellón para demostrar la vergüenza por las culpas cometidas, cabalgan únicamente sobre asnos para imitar la humildad del Redentor, arrojan los siete animales simbólicos en la pira que representa el fuego del infierno. Como todos los que participan en ese rito son buenos católicos, nosotros los sacerdotes lo toleramos, pero el clero, por orden del Obispo, se ha negado siempre a participar en la ceremonia, porque nos parece que tiene algo de ingenuo y ridículo. Se llama La Venganza, pero no se comprende bien si quiere decir venganza de Dios, o venganza de los hombres contra los pecados. El pueblo denomina a esa ceremonia, quizás con algo de ironía: la salida de los burros.

Agradecí al anciano sacerdote las explicaciones proporcionadas, pero le manifesté que no participaba de su opinión acerca del valor de aquella antigua costumbre. Por mi parte estoy contentísimo, incluso desde el punto de vista estético, de haber presenciado un espectáculo tan grandioso en su mágica y salvaje simplicidad.

Conversación 43

EL GRAN SABIO

Nápoles, 19 de febrero.

Algunos amigos napolitanos me han hecho saber que en Castellammare di Stabia vive un viejo sabio, contrario en todo, por principios y costumbres, a sus contemporáneos y a los nuestros, hasta el punto de hacer pensar que, como la estatua de algún filósofo antiguo, haya surgido de entre los escombros y despojos de las ciudades sepultadas por el Vesubio. En estos tiempos de neuróticos y frenéticos, la perfecta sabiduría y prudencia es cosa tan rara que no pude resistir la tentación de conocer a ese hombre.

El señor Gersolé me pareció ser un hombre redondo y sin brazos. Su dorso se parece lejanamente a una joroba aplastada y planchada; su prominente abdomen a un saco lleno de harapos. Algo intermedio entre un Sileno perezoso y un Polichinela serio. Afirma contar ochenta años de edad, pero quizás lo dice por coquetería, puesto que tiene el cabello siempre oscuro y una dentadura casi perfecta, además de una piel fresca y una complexión llena.

Le pregunté a qué atribuía su aspecto juvenil en tan avanzada edad.

—Los amigos —me respondió—, se mofan gustosamente de mi antigua sabiduría, y les dejo decir. En realidad, mi sabiduría consiste en haber rechazado todas las formas de la vida. No he querido estudiar porque siempre he sabido, y esto por instinto, que muchos de los conocimientos se olvidan, muchos otros hacen tristes a los seres y los más son inciertos y engañosos. Jamás me enamoré porque esa estúpida forma de locura que consiste en preferir a una sola criatura sobre todas las demás, siempre llevó a los hombres a la inquietud, a la angustia, al delirio, causándoles desilusiones y furores homicidas; por esto consideré al amor como una simple necesidad fisiológica, natural y tranquila, como la que me induce a comer un melocotón maduro o a liberar los intestinos de su molesta carga.

»De ese modo me salvé de la familia y de los innumerables fastidios,

trabajos y servidumbres que surgen por tener esposa e hijos.

»Ni siquiera quise obstaculizar mi vida con la política. El amor de patria es una de las tantas infatuaciones absurdas y funestas del hombre moderno el amor de patria inyecta envidias, soberbia, ira y otros pecados capitales, es un promotor de odios, es decir, de guerras, lo que equivale a decir, de muertes. Y poco me importa ser gobernado por los rojos o por los negros, por los blancos o por los azules. Sé perfectísimamente bien que tanto los unos como los otros arrebatan pedazos de mi libertad y sacan provecho de mis haberes. Cualquiera que sea el partido dominante, el buen ciudadano está condenado a vivir en una jaula y a pagar los impuestos y tasas.

»A propósito no he querido profundizar la religión, para no añadir suplicios y tormentos. No hay más que dos caminos razonables: o negarlo todo sin discutirlo o aceptarlo todo a ojos cerrados. Por diversas razones de comodidad personal social he elegido el segundo, y me hallo bien a gusto. Creo en todo, pero jamás pienso en nada: conviene dejar en el misterio lo que en el misterio se halla.

»Me aconsejaron la lectura de poemas y novelas para pasar mejor el tiempo. Probé hacerlo, pero casi en seguida desistí. Los poetas me parecen niños vagabundos que andan a la caza de mentiras; los novelistas me narran historias de ciertos hombres y de ciertas mujeres que, si los hallara por casualidad en la vida, con sus ridículas miserias y actitudes fijas, huiría de ellos como el diablo huye ante la cruz.

»Tengo una pequeña renta que me es suficiente para vivir sin lujos, pero también sin estrecheces, y así Dios Santísimo y Bendito me ha salvado de la carga asnal del trabajo y también de la maldición, todavía más atroz, de buscar, acumular, salvar y administrar las riquezas.

»Tal es, estimado señor Gog, mi verdadero secreto. Soy un renunciante universal y perpetuo, soy el remisionario de la vida. Rechazando todas las ilusiones y ocupaciones, todas las trampas y cadenas, he llegado a la quietud de la carne y del espíritu llamada sabiduría por los agitados y obsesionados. En eso consiste mi secreto cabal.

—Pero, resumiendo: ¿es usted feliz o no lo es? —pregunté al señor Gersolé. El gran sabio cerró los ojos y pasó la mano derecha, a modo de peine, sobre los cabellos; los reabrió nuevamente y mirándome con fijeza, exclamó:

—No, ni siquiera yo soy feliz. Y sepa que la verdadera sabiduría no tiene relación ninguna con la felicidad, sino con la muerte.

Conversación 44

EL ÚNICO HABITANTE DEL MUNDO

Positano, 10 de febrero.

Con la esperanza de poder descansar alquilé una villa próxima al mar, en esta maravillosa costa. Anoche, mientras regresaba a casa en medio de la oscuridad, tropecé con un cuerpo humano tendido delante de mi puerta. Tuve por un momento la sensación de experimentar un escalofrío, pero muy breve porque no se trataba de un muerto, ya que de aquel cuerpo tendido sobre el empedrado surgió una voz que decía:

— ¿Aún estás vivo? ¿Eres tú el amo?

Aquel hombre se levantó. Encendí entonces mi linterna de bolsillo y con la otra mano me aseguré de que llevaba mi revólver. Vi ante mí el rostro imbécil de un pordiosero que tendría treinta años o poco más de edad, estaba todo sucio de polvo y cubierto por pelos ensortijados. Le pregunté:

— ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

Sonrió estúpidamente y replicó:

— ¿No tienes algún lugar donde pueda dormir: un establo, un granero, un sótano? ¿No tienes un pedazo de pan, un ajo, dos nueces?

Comprendí que era un mendigo vagabundo y me pareció inofensivo. Sin responder palabra le hice pasar al jardín y luego a un cuarto de la servidumbre, ordenando que le trajeran comida. Rechazó la sopa y la carne, pero aceptó el queso y las nueces. Una vez comido le pregunté quién era y por qué andaba vagando por ahí con tal atuendo, pues estaba vestido con telas de saco mal cosidas, llevaba en la cabeza una especie de guirnalda hecha con hojas secas y en los pies unas sandalias de paja mal entretejida.

—Me llamo Eugenio —contestó—, y huí para aguardar la venganza. Los hombres son malos, los hombres se matan y se matarán, de modo que Dios los hará morir a todos, a todos, hasta el último. Me habían encerrado en una especie de prisión sucia, donde hombres vestidos de blanco me decían: ¡Eugenio, tú desvarías; Eugenio, estás enfermo! Eugenio, obedece y te curaremos. Pero yo no quería obedecer a aquellos hombres malos, a aquellos hombres vestidos de blanco como los peluqueros de mi región. Huí de esa prisión y voy por el mundo esperando la venganza de Dios.

—¿La venganza? ¿Qué venganza?

—Los hombres son malvados, son asesinos, se matarán todos, unos a otros, y Dios permitirá que todos mueran, hasta el último, para castigar el mal que me hicieron. Unicamente yo no moriré, sólo yo permaneceré vivo sobre la tierra y seré dueño de todas las cosas; el mundo será mío, ¡todo mío! Ésta es la venganza. Los hombres querían hacer la guerra, yo no quería hacerla y entonces me encerraron en la prisión. Dios los hará morir y solamente yo quedaré; he ahí la venganza que espero.

—Pero, cuando estés solo sobre la tierra, ¿qué harás? ¿Qué comerás?

—Ordeñaré las ovejas y haré requesones, luego comeré los requesones que son blancos pero buenos. Iré a los campos y recogeré cerezas, luego comeré las cerezas que son rojas como la sangre pero son buenas. En las casas de los muertos hallaré tanto vino que me bastará para trescientos años, y beberé vino, que es blanco y rojo, pero es bueno. Seré el amo del mundo e iré a donde me plazca y ya no habrá muchachos que me tiren piedras, no habrá ningún policía que me pida documentos; no habrá ya ninguna persona porque todas habrán muerto, habrán muerto asesinadas, porque fueron malas con Eugenio y con Dios.

No logré sacar otra clase de razonamientos a aquel mentecato vagabundo, y lo mandé a dormir en las dependencias del casero. Hoy por la mañana fui a buscarlo para saber cuáles eran sus intenciones, pero el fugitivo Eugenio había desaparecido.

Los razonamientos de aquel loco me han hecho meditar acerca de un problema en el que nunca había pensado: si quedara sobre la tierra solamente un hombre, ¿cómo podría vivir? ¿Lograría sobrevivir durante mucho tiempo? ¿Se sentiría feliz por su libertad? O tal vez, ¿se sentiría desesperado por su soledad?

Conversación 45

EL OPTIMISMO DE LEOPARDI

Nápoles, 5 de marzo.

En un negocio de libros viejos, situado cerca del puerto, hallé dos folletos autógrafos del célebre poeta Giacomo Leopardi, y todos los estudiosos napolitanos me aseguran que son completamente inéditos. Indudablemente, la escritura es la suya, yo mismo pude comprobarlo y persuadirme confrontando esas páginas con los autógrafos del mismo escritor que se encuentran en la Biblioteca Nacional, pero el contenido de los pensamientos parecería contradecir, o por lo menos atenuar, el obstinado y radical pesimismo del gran poeta. Transcribiré aquí, para mi recuerdo, estos dos pensamientos:

«Los que razonan o escriben largamente acerca de la infelicidad de la vida humana —como lo estoy haciendo yo desde los años de mi juventud— pueden ser fácilmente acusados de estar en abierta contradicción consigo mismos. Puesto que el escritor, quien no sólo pone en blanco y negro, en la forma más prolífica y adornada que puede, sus desesperados pensamientos, sino que además los hace imprimir y vender para que sean leídos, meditados y admirados por los que se deleitan en las cosas de la literatura y de la filosofía moral, manifiesta con los hechos expresados —aplicándose a escribir sus quejas y dándolas a la luz—, que no es el desesperado negador de toda clase de felicidad que pretende hacer creer a sus lectores. Y tal cosa se puede probar con dos argumentos.

»El primero es a mi juicio el siguiente: si el susodicho escritor, que afirma continuamente que para el hombre es imposible cualquier alivio del tedio y del dolor, se ingenia y esfuerza por transcribir en excelente prosa o poesía sus humores melancólicos y sus quejas acerca de los males de la vida, si no me equivoco demuestra con ello que, escribir sobre la infelicidad propia y la de los demás le deleita o por lo menos hace que sienta esos males como menos acerbos e insoportables. Un verdadero desesperado puede llorar, o gritar, o callar, mas, conociendo la inutilidad total y final de toda ocupación humana, jamás piensa en tomar la pluma para describir en el papel, con la complacencia que se comprueba

en la consecución de un buen estilo, sus lamentos sobre las miserias de la existencia humana. Esto significa, a mi parecer, que el desahogo volcado en las páginas, los cuidados empeñosos en lograrlas perfectas y la solicitud desplegada para hacerlas conocer a los demás, le causan un cierto placer, o por lo menos sirven de alivio a su cotidiano suplicio.

»La segunda razón podría ser ésta: el que escribe y hace imprimir demuestra su deseo de ser leído y, aun cuando el pudor le impida confesarlo, demuestra también su deseo de ser comprendido y admirado. Se sigue de esto que juzga a los hombres capaces de hallar deleite en leer sus escritos, más aún: los juzga dispuestos a comprender esos pensamientos hasta el punto de vencer la natural despreocupación y la universal ceguera. Este escritor demuestra, además, que cree en el valor efectivo del juicio humano, por él siempre y justamente despreciado, y finalmente, confiesa que halla complacencia en las alabanzas de los mismos hombres que en sí nada tienen que merezca ser estimado y alabado. Estas esperanzas y esperas suyas contrastan y desmienten las verdades juzgadas ciertas e inatacables por el mismo escritor. Si el hombre es una criatura mísera y tonta, que nada tiene propio y eterno, ¿qué podrá comprender? ¿Qué precio y valor podrán tener su consentimiento y su aplauso?

»El escritor acerca del cual estamos razonando —y que bien podría ser el mismo que estas cosas escribe—, confiesa, sin quererlo, que está menos sometido al dolor de lo que dicen y repiten sus obras. En realidad, demuestra que según su creencia vale la pena exponer ordenada y elegantemente sus pensamientos; demuestra que ese esfuerzo es un placer o aminoración del sufrimiento, que los hombres, no obstante su manifiesta insensatez, son capaces de comprender y estimar sus escritos, y demuestra, finalmente, que esa comprensión y esas alabanzas son bienes apetecibles y consuelos deseables. Por el contrario, el infelísimo negador de la felicidad que conoce bien *“l'infinita vanitá del tutto”*, jamás se dejará seducir por las pueriles ilusiones de la hermosa literatura y de la inteligencia humana. Si a semejanza de la vacua plebe de literatos y filósofos cede ante esos deleitosos engaños, es señal segura de que no cree, en lo profundo de su ánimo, en lo que afirma y repite hastiadamente, o sea, que la vida no es más que tedio, aflicción y desventura.

»Y, puesto que yo mismo me doy cuenta de que soy uno de esos escritores de dos caras, como el Jano de la antigüedad —y quizás el único que existe hoy en Italia—, quiero reconocer sinceramente las contradicciones de mi entendimiento aun cuando no tenga todavía el coraje suficiente para avergonzarme en público».

He aquí el segundo pensamiento, más breve:

«Me sucedió repetidas veces que lamentara en mis escritos los “amenos engaños” que causaba a la gente antigua la benigna ilusión de la felicidad, haciéndoles creer en la protección de la Divinidad, en los beneficios de la naturaleza, en el amor o en la gloria. Pero luego, cuando me acuerdo de las desgracias, calamidades, destrucciones u otras alocadas y malvadas acciones que, según lo dicen los historiadores y los poetas, abundaban en aquellas lejanas edades, no menos que en la tan bestial y malvada edad nuestra, comienzo a dudar bastante de mi opinión anterior. Ni siquiera los engaños más amenos —como se ve incluso en el tiempo de la juventud—, bastan para que el hombre eluda la desventura y las múltiples formas del mal. De modo que, razonablemente, se debería llegar a la conclusión de que entre las ilusiones humanas se ha de incluir la que hace estimar como beneficiosas a ciertas ilusiones comunes».

Conversación 46

VISITA A MARCONI

(O ACERCA DEL FIN DEL MOVIMIENTO)

Roma, 25 de septiembre.

Hace muchos años fui presentado a Marconi, en Nueva York, estando en casa de unos amigos, pero aquel día el famoso italiano estaba tan asediado por señoritas admiradoras, que no pude conversar con él más de medio minuto. Hace algunos días logré obtener una audiencia de él, y esta mañana el célebre hombre de ciencia me recibió en la Villa Farnesina, donde tiene su sede la Academia de Italia de la que es presidente.

Fui llevado a una hermosísima sala en la que Sodoma pintó el encuentro de Alejandro Magno con Roxana. A pesar de su fortuna y de su ingenio, Guillermo Marconi es suave y modesto, tiene modales señorialmente cordiales pero algo reservados, hay en él una mezcla de bonhomía italiana y empeño inglés. Me causó la impresión de un *gentleman* cansado, que ya ha saludado a todos los personajes de la fiesta y tuviera deseos de irse a dormir. Luego de conversar un poco dándonos mutuas noticias sobre amigos comunes de los Estados Unidos, me atreví a preguntarle qué había de verdad acerca de su nuevo descubrimiento.

El noble rostro de Marconi se ensombreció, en un momento pareció que sus claras pupilas se ofuscaban y permaneció pensativo por un breve espacio. Luego, hablando con voz baja y constante, me respondió:

—Ese descubrimiento, que no he revelado a nadie, es la última de mis tragedias y quizás apurará mi muerte. Desde hace algún tiempo estoy gravemente enfermo, y el terrible problema que se plantea a mi conciencia acrecienta mis

preocupaciones —calló nuevamente y me miró con fijeza, como si quisiera escrutar mi interior; entonces le dije:

—Si me concede el grandísimo honor de revelarme algo, puede tener plena certeza de que no diré a ningún viviente ni una de sus palabras.

—Le creo —replicó el gran inventor—, pero, por lo demás, no puedo y no quiero decirle lo que para todos es y debe ser y permanecer un secreto. Pero el descubrimiento del que tanto se habla en Italia es desgraciadamente cierto y ha sido confirmado completamente con los experimentos que se han hecho hasta ahora.

»Los profanos y los periodistas parlotean acerca de un “rayo de la muerte”. Tal expresión es tonta y equivocada, pero lo que realmente he hallado no es menos espantoso. He descubierto un sistema simple pero infalible para detener, súbitamente y aún a muchas millas de distancia, a cualquier motor. Entreveo, además, el modo de inmovilizar toda clase de máquinas y hasta toda forma de movimiento, incluso el paso del hombre; todavía más: hasta el latido de su corazón.

»Comprenderá usted en seguida cuáles serían las mortales consecuencias de ese invento. Hasta ahora hemos logrado detener a todos los automóviles que, en una hora determinada, se acercaban a Roma. Después se quiso detener en los cielos de las marismas toscanas a dos aeroplanos que estaban volando: se precipitaron a tierra y los dos pilotos quedaron gravemente heridos.

»Comprenderá, pues, las tremendas aplicaciones que podría tener mi descubrimiento en caso de guerra, hoy en día, cuando todos los ejércitos avanzan y combaten mediante motores: los tanques, los vehículos armados, los trenes eléctricos, los automóviles, las ambulancias, todos los medios de transporte y de ataque quedarían inmóviles, paralizados. Para el ejército que tuviera mis aparatos, sería un juego fácil hacer estragos entre los enemigos reducidos por sorpresa a la inmovilidad. Y, cosa aún más terrible, todos los aeroplanos caerían del cielo envueltos en llamas, con sus pasajeros carbonizados o deshechos.

»Si después, como así lo pienso, se llegara a impedir todos los demás movimientos, sin excluir los del cuerpo humano, ya no habría salvación para los atacados, que repentinamente quedarían convertidos en estatuas firmes o en cadáveres inertes. Mi dispositivo paralizante, que sin embargo no es una verdadera arma, sería un instrumento para causar hecatombes inmensas.

»Frente a tales perspectivas mi mente se ve desorientada y atormentada. Soy cristiano y sé que Dios quiere que reine la fraternidad entre sus hijos, no el fraticidio. Soy un físico, y sé que el movimiento es la esencia y el alma del universo: suspender el movimiento es un delito contra la naturaleza. Finalmente, soy hombre, y sé que las máquinas inventadas por el ingenio de los hombres sirven para su bienestar y para contribuir a su potencia creadora; detenerlas, sería un crimen de lesa humanidad. No podría acrecentar mi gloria situándome contra las leyes humanas y divinas. Esto, no obstante, el pensamiento de llevar conmigo al sepulcro el secreto de ese descubrimiento, es algo que me perturba y me opreme. Las tentaciones son fuertes, pero la responsabilidad es grande. En mi conciencia de católico he decidido renunciar a esta última gloria y callar. Pero usted adivinará cuáles son los sentimientos humanos, demasiado humanos, que hacen difícil ese silencio y dolorosa esa renuncia. El creyente y el patriota, el científico y el hombre combaten sin tregua dentro de mi conciencia. La angustia causada por esta postrera tragedia de mi vida me quita el sueño, la paz, la serenidad. Tengo el presentimiento de que no podré vivir por mucho tiempo, estoy seguro de que no nos veremos nunca más.

Cualquier consuelo que hubiera querido prodigarle no hubiera sido más que una serie de palabras vanas. Al despedirme de Marconi noté que su mano estaba húmeda por el sudor y que temblaba perceptiblemente.

Conversación 47

LA HUMANIDAD DE MÁRMOL

Carrara, 19 de mayo.

¡Día feliz, gozoso, memorable! ¡Principio y promesa de mi victoria blanca!

Desde muchos años atrás soñaba con los ojos abiertos y cerrados en este sueño gigantesco; parecía que debiera permanecer como un objetivo vano de mi cotidiano delirio. Hoy, en cambio, todo está diseñado y listo para ser traducido en bella y maciza materia real. Se precisarán algunos millones de dólares y cinco años de trabajo, pero finalmente podré ver lo que ningún ser semejante a mí ni siquiera se atrevió a imaginar.

El sueño es éste: una mole de mármol para estatuas, blanco, que tenga treinta y tres metros por lado, en forma cúbica. En sus cuatro caras laterales estará representada, en bajorrelieves paralelos y sobrepuertos, la historia del género humano. En la primera se grabarán los orígenes de la civilización y las alternativas de los grandes imperios de África y de Asia. La segunda se destinará a los héroes y a las gestas de la historia de Grecia y de Roma, desde los egeos y etruscos hasta las invasiones de los bárbaros. En la tercera estarán los protagonistas espirituales e imperiales de la *enorme et delicat* epopeya humana y divina de la Edad Media. Finalmente, en la cuarta veremos la trágica y milagrosa aventura de los tiempos modernos, desde las carabelas de Colón hasta la bomba de Hiroshima.

En el centro del gran rellano superior del cubo y sobre un pedestal poblado por fieras y constelado de flores, habrá dos estatuas colosales: Adán en toda su original y potente belleza viril; Eva en toda su carnal y espiritual belleza materna. Las cabezas de los dos primeros padres del género humano sobresaldrán sobre sus descendientes una altura de cincuenta metros.

Esta obra, ideada por mí, es titánica y no podía ser realizada sino en Italia, más aún, en estas riberas dominadas por los Alpes Apeninos, donde Miguel Ángel, vicario previsorio del Creador, anduvo buscando la materia de los cuerpos de sus

gigantes.

He apalabrado a doce excelentes escultores, los más célebres y audaces que hay hoy en toda Italia; cada uno de ellos, a fin de concluir a su debido tiempo los bajorrelieves que le correspondan, tendrá a sus órdenes diez expertos diseñadores y cinceladores que traducirán al mármol las escenas de esta epopeya y tragedia humana.

Ya han sido extraídos casi todos los bloques, muchos están ya en las canteras de trabajo y bajo la acción del cincel; se han firmado los contratos con los doce artistas y varios de éstos me han mostrado las primeras figuras en creta, esbozos de las grandes escenas ideadas. Centenares de hombres entre los que hay excavadores, esbozadores y escultores, trabajarán por espacio de cinco años para alzar frente al azul mar etrusco, un portentoso monumento dedicado al esfuerzo y a la gloria del hombre. Dejaré aquí, como representantes míos y también con funciones de supervisores de tan magna obra, a un poeta de gran corazón y a un arquitecto verdaderamente honrado.

Conversación 48

ITALIA ES DESPOJADA DE SU BELLEZA

Milán, 20 de noviembre.

He querido visitar otra vez Italia, sus ciudades fabulosas y populosas, sus sorprendentes capitales de provincia, sus paisajes de sueño y clamor: desde Taormina a Borromeo. Al cabo de tres meses y medio de peregrinaciones y detenciones me siento extrañamente entristecido. Tanto por mí como por este país.

Vi a Italia por vez primera hace cincuenta años. Ya estaba decentada y deslucida por la llamada civilización moderna, pero era siempre la patria hermosa de hombres humanos. Había ciudades y regiones intactas, donde aún se respiraba el aire del feliz siglo XIX en un escenario del XIV o del XVI. Italia era pobre, pero los italianos poseían todavía las riquezas que ningún banco puede proporcionar: amor, cordialidad, gentileza, buen humor. Italia era sucia en algunas de sus regiones, pero con una suciedad antigua y saludable, natural y lugareña, que no menoscababa la belleza de la naturaleza y no privaba al aire de su pureza. Italia era incómoda, algo primitiva, carecía de confort, pero compensaba al visitante con la quietud de sus calles, con la generosidad ambiental de sus plazas, con la paz de sus pequeñas ciudades, con la tranquilidad de su vida humilde y trabajosa, con la estimada simplicidad de sus costumbres, con la serenidad bondadosa de sus señores campechanos y sus plebeyos señoriales.

Ya entonces había bandoleros, timadores, mendigos y rameras, pero en cantidad reducida y tolerable, en formas distintas y reconocibles. Los bandoleros antiguos tenían algo de paladines e hidalgos, mientras que hoy en día los ladrones y asaltantes son muchachotes brutales que han convertido la práctica de su delito en una gran industria organizada sin poesía alguna. Los mendigos parecían ser parte legítima de la cristiandad, y casi eran custodios pintorescos de las iglesias y palacios. Hoy en día se llaman desocupados, y viven a costillas del que trabaja detestando a los que son más inteligentes y trabajadores que ellos. Los estafadores y liosos formaban una clase aparte, eran simpáticos artistas del engaño y se contentaban con ganancias modestas; hoy en día, la estafa y el timo se encuentra

por doquier: en las industrias, en los negocios, en las oficinas estatales y en las aceras de las calles. A las rameras era necesario buscarlas en los prostíbulos; hoy en día hasta las señoritas de buenas familias y las señoras con títulos han conocido los frutos de la prostitución clandestina.

Adiós, vieja y querida Italia; adiós, malandrines y vagabundos de Nápoles; adiós, desocupados y mirones de Florencia; adiós, cantantes, músicos callejeros, vendedores ambulantes y floristas de Roma; adiós, gondoleros y vividores negros de Venecia; adiós, pescadores de Capri y titiriteros de Palermo; adiós, popular, festiva, ingeniosa y genial Italia. En estos años, después de la segunda infernal guerra, hasta el dulce paraíso italiano se está convirtiendo en un infierno al estilo yankee. La civilización norteamericana, la del dólar y la máquina, ha invadido la vieja y adorable península para «civilizarla» a su imagen y semejanza.

Las calles, casi todas ellas estrechas, construidas para un pueblo de peatones y jinetes, están ahora saturadas por automóviles ruidosos, por motocicletas accionadas con motores insoportables. En sitios donde antes se oían tan sólo los lamentos musicales de los vendedores ambulantes, los cantos de las doncellas y los jóvenes, las alegres risas de las comadres que charlaban a la puerta de sus casas y los chasquidos de las fustas, ahora no se oyen más que estrépitos metálicos, mugidos y ladridos de automóviles, rechinamientos de ruedas, fragores de escapes libres, estruendos de motores y sonidos de bocinas, coros cacofónicos y ensordecedores de gramófonos y altavoces. Las calles de Italia se han convertido en las más ruidosas y peligrosas de toda Europa. Los italianos se comportan como si el ruido fuera la afirmación indispensable del movimiento, la rapidez, la riqueza, el lujo, el orgullo, la vida. Ya no es posible detenerse en una plaza para admirar tranquilamente una fachada o un monumento. El cerebro se siente aturrido y entontecido por los ruidos, la persona física se ve bajo una continua amenaza de ser atropellada y deshecha. Las máquinas han empeorado la índole de los italianos: todos tienen apuro, hablan con voz dura, tienen el rostro triste, hacen gala de actitud despectiva.

Los hedores se han multiplicado igual que los ruidos y no sólo en las hormigueantes calles urbanas; hasta en los caminos que bordean el mar, en las callejas de las ciudades medievales, en los parques públicos y en las colinas florecidas, hasta en algunos caminos del campo, los olores que trae la brisa son vencidos por el hedor de la bencina, de la gasolina, del aceite quemado, de todos los acres residuos de la combustión.

¡A eso han reducido a la divina Italia de mi juventud! Aparentar ser hoy más

rica, más activa, más «moderna». En realidad es más pobre y más fea que antes.

Las casas nuevas son cajones anónimos e innobles, que no llegan a tener la grandiosidad de los rascacielos y hacen lamentar la ausencia de las humildes casas al estilo antiguo, entre huertas y pérgolas, desprovistas quizás de las recientes comodidades hidráulicas, pero enriquecidas por el verdor y patinadas por el sol.

Casi todo lo nuevo que se ha hecho en Italia durante los últimos decenios es más presuntuoso, pero indeciblemente más feo. En las ciudades se destruyen cruelmente sombreados jardines para levantar cajones de cemento, odiosas celdas donde vivirán mezquinos idiotas de buena posición.

En las grandes carreteras, junto a los lagos y en la visibilidad de los montes, la vista es impedita y ofendida por carteles de publicidad salpicados con horribles colores vulgares que ensalzan las virtudes de un licor o de un jabón para afeitarse. Por doquier se cortan árboles y se destruyen bosques. La patria de San Francisco y de Leonardo no puede sufrir la belleza de la vegetación ni el canto de las aves. En cada italiano anida en germen el alma de un cortador de bosques y de un cazador. En ningún otro país del mundo hay, como en Italia, una pasión tan fuerte por destruir las plantas y matar seres emplumados. El escudo de esta nación debería tener como emblemas simbólicos un hacha y un fusil.

Yo, que procedo de un país donde «lo moderno» con todas sus máquinas triunfa abierta e incontestablemente, tampoco soy enemigo del llamado «progreso». Pero en Norteamérica, antes de la invasión europea no había más que praderas desiertas y tiendas o chozas de indios pieles rojas. Italia, en cambio, es un venerable museo que contiene tres o cuatro civilizaciones, y tiene el derecho y el deber de salvar, para alegría y satisfacción de todos, sus bellezas y apariencias.

En cambio, cada día se está volviendo más ruidosa, más maloliente, más vulgar, más mecánica y más fea; o sea: cada vez es menos digna de admiración y menos habitable. Dentro de cincuenta años, y tal vez antes, las gracias y las glorias del «jardín de Europa» habrán sido deshechas, degradadas y escondidas por una mala copia de la «civilización bárbara» de este siglo alocado.

Conversación 49

VISITA A PICASSO

(*O ACERCA DEL FIN DEL ARTE*)

Antibes, 19 de febrero.

Hace muchos años había comprado en París seis cuadros de Picasso, no porque me gustaran, sino porque estaba de moda y podía utilizarlos para hacer regalos a las señoras que me invitaban a comer. Pero ahora, hallándome solo en la Côte d'Azur y no sabiendo cómo pasar los días, me vino el deseo de ver personalmente al autor de aquellas pinturas.

Vive cerca de aquí, en una villa marítima, en compañía de su esposa, mujer muy joven y florida; Picasso según creo tiene sesenta y cinco o sesenta y seis años de edad, pero conforme a su buena sangre española es hombre fuerte y bien formado, tiene un hermoso color y goza de buen humor.

Al principio conversamos acerca de algunos conocidos comunes, pero muy pronto el tema se circunscribió a la pintura. Pablo Picasso es no sólo un artista feliz, sino también un hombre inteligente, que no tiene miedo de sonreírse, a su debido tiempo y lugar, de las teorías de sus admiradores.

—Usted no es ni crítico ni esteta, me dijo, y por lo tanto puedo hablar con usted libremente. Cuando era joven tuve como todos los jóvenes la religión del arte, del gran arte. Pero más adelante, a medida que pasaron los años, me di cuenta de que el arte, tal cual fue entendido hasta el siglo XIX inclusive, ya está concluido, moribundo, condenado, y que la llamada "actividad artística", con la misma abundancia que ostenta, no es más que la multiforme manifestación de su agonía. A pesar de las apariencias en contrario los hombres pierden más y más el afecto

hacia las pinturas, las esculturas y la poesía. Los seres humanos de ahora han puesto su corazón en cosas completamente diversas: máquinas, descubrimientos científicos, riquezas, dominio de las fuerzas naturales y de las extensiones de la tierra. Ya no sienten el arte como una necesidad vital, espiritual, como sucedía en los siglos pasados. Muchos de ellos continúan actuando como artistas y ocupándose del arte, pero lo hacen por razones que poco tienen que ver con el verdadero arte, lo hacen por espíritu de imitación, por la nostalgia de la tradición, por la fuerza de la inercia, por amor a la ostentación, al lujo, a la curiosidad intelectual, por seguir la moda o por cálculo. Por hábito o por esnobismo viven todavía en un pasado reciente, pero la inmensa mayoría, tanto de la clase elevada como de la inferior, no siente una sincera y cálida pasión por el arte, al que considera, a lo más, como una expansión, una diversión o un ornato. Poco a poco, a medida que las nuevas generaciones se enamoren de la mecánica y de los deportes, se vuelvan más sinceras, más cínicas y más brutales, dejarán el arte en los museos y bibliotecas, como restos inútiles e incomprensibles del pasado.

»¿Qué puede hacer un artista que, como me ha sucedido a mí, ve con claridad ese próximo fin? Sería un partido demasiado duro cambiar de ocupación, y además, peligroso desde el punto de vista alimenticio. Para él no quedan más que dos caminos: procurar divertirse y procurar ganar dinero.

»Desde el momento en que el arte no es más el alimento que nutre a los mejores, el artista está en libertad para desahogarse según su talento en todas las tentativas de fórmulas nuevas, en todos los caprichos de la fantasía, en todos los expedientes del charlatanismo intelectual. El pueblo ya no busca en el arte consuelo y exaltación, pero los refinados, los ricos, los ociosos, los alambicadores de quintaesencias, buscan lo nuevo, lo extraño, lo original, lo extravagante, lo escandaloso. A partir del cubismo yo he contentado a esos señores y a esos críticos con todas esas mudables singularidades que me han venido a la cabeza, y cuanto menos las comprendían más las admiraban. A fuerza de sobrepasarme en esos juegos, con esas cosas funambulescas, con los rompecabezas, arabescos y demás cosas, llegué a ser célebre bastante rápidamente. Para un pintor, la celebridad significa ventas, ganancias, fortuna, riqueza. Ahora, como ya lo sabe usted, soy célebre y soy rico. Mas, cuando estoy a solas conmigo mismo no tengo valor para considerarme un artista en el sentido grande y antiguo de la palabra. Verdaderos pintores fueron Giotto y Ticiano, Rembrandt y Goya; yo no soy más que un *amuseur public*, que ha comprendido su tiempo y ha aprovechado lo mejor que ha sabido hacerlo la imbecilidad, la vanidad y la ambición de sus contemporáneos. Esta que le hago es una amarga confesión, más dolorosa de lo que le pueda parecer, pero tiene el mérito de ser sincera.

»*Et après ça —concluyó por decir Picasso—, allons boire.*

La conversación no terminó ahí, pero no tengo la paciencia necesaria para consignar las otras desprejuiciadas paradojas que brotaron de los labios del viejo pintor catalán.

Conversación 50 VISITA A VÓRONOV

(*O DE LA TRANSFORMACIÓN DEL HOMBRE*)

Niza, 17 de marzo.

El viejo y rejuvenecido ruso me hizo pasar a una aireada sala de estar, donde se encontraba también su juvenil esposa.

—Nada hay que hacer con usted —me dijo Vóronov riendo en cuanto nos sentamos—, nada que hacer, según creo. Usted no desea volver a ser joven ni ser transformado en genio. Por lo tanto, no comprendo por qué quiso venir a verme.

Le respondí diciendo que sus investigaciones y experimentos habían excitado mi curiosidad aunque sin ninguna finalidad personal, y que gustosamente daría una buena contribución en dólares para su Instituto de Mejoramiento Humano. Repentinamente se volvió más amable:

—Agradezco mucho su inteligente propósito, mister Gog. En lo que respecta a la clínica de rejuvenecimiento, no tengo necesidad de nada, fuera de algún mono sano. Mis clientes son riquísimos y no reparan en gastos. Su oferta es, en cambio, más preciosa que nunca en lo que respecta a la metamorfosis de los cretinos e idiotas. Estos desgraciados son tan estúpidos que ni siquiera comprenden la necesidad en que se hallan de ser redimidos de su estupidez. Y aún comprenden menos que es preciso pagar mucho dinero para llegar a ser diversos de lo que son.

Le pregunté si sus primeras pruebas en este campo eran satisfactorias y si la audaz operación de transformar el cerebro había dado los primeros frutos.

—Me permitirá usted —respondió Vóronov— que por ahora guarde el

secreto, porque de lo contrario diría algunos nombres de celebridades contemporáneas que le dejarían asombrado. Debe saber que mis experimentos para lograr un genio, o algo que se le parezca, de un cretino, son anteriores a los experimentos para el rejuvenecimiento que me hicieron conocer en todo el mundo. Acerca de la primera empresa callé hasta los últimos tiempos, aun cuando me enorgulleció y me divirtió mucho más que la segunda. Restituir a un viejo algunas características de la juventud es una operación más bien fácil, pero que trasunta su utilidad sólo en favor del individuo tratado, es decir, la prolongación de su actividad sexual, y que no tiene larga duración. Muy diverso es el caso del cretino. Aquí podemos trabajar con cuerpos de seres muy jóvenes, habitualmente niños, y cuando la añosa mutación tiene éxito, el nuevo genio puede ser útil no sólo para sí mismo, sino para toda la humanidad. Algunos escritores famosos, ciertos admirados artistas, varios pensadores de moda, en su infancia no eran más que pobres y obtusos retardados, recogidos por mí en los hospicios para niños deficientes. Llegaron a ser lo que son después de pasar por mis manos.

—¿No podría decirme por lo menos algún nombre, uno sólo?

—En verdad, no puedo, míster Gog, traicionaría, faltaría al secreto profesional, y daría como bocado a la envidiosa plebe intelectual un hombre famoso que me debe su valer. Esto, no obstante, si es usted un buen observador, no le será imposible hacer algunos reconocimientos. Gracias a mi ciencia y mi paciencia he realizado lo que los profanos estarían dispuestos a llamar un milagro. Pero debo confesar que mi obra casi nunca es perfecta. En esos cretinos convertidos en genios queda siempre alguna traza, a veces evidentísima, de su idiosincrasia original. Gracias a mis esfuerzos su cretinismo se sublimó mediante la exaltación de la locura y la exasperación del yo. Ciertas manías por tener originalidad a toda costa, ciertas extrañezas tontas y de charlatanes, ciertos accesos de imbecilidad presuntuosa, que se observan en algunos hombres célebres de nuestra época, para una mirada advertida son índices de los bajos y oscuros orígenes de esa artificial genialidad. He logrado hacer mucho, muchísimo, pero la naturaleza es engañosa y tenaz, la pobreza primitiva se trasluce, y con mucha frecuencia, a través de la grandeza intelectual así elaborada. Observe constantemente a las celebridades de hoy en día, con ojo atento y receloso, y quizás descubra a algunas de mis imperfectas obras maestras. No puede imaginar cuál es mi irónica diversión, cuando en alguno de mis afortunados pupilos entreveo señales de regresión al cretinismo de antes. Pero el público, acostumbrado a creerlos seres superiores, aplaude y abre la boca, incluso cuando la recidiva de la imbecilidad es más escandalosa y patente que nunca. Es preciso que me excuse usted, pues se trataba en esos casos de los primeros esbozos y tanteos, modelados hace ya muchos años,

cuando no poseía todos los recursos de la técnica. Los genios que estoy formando ahora, utilizando como base a lamentables idiotas, resultarán mucho mejores.

—¿Y no puede decirme nada acerca de sus métodos?

—Lo siento, pero en realidad no puedo. La técnica para transformar a un idiota en un genio de clase es tan complicada que no bastarían unas pocas frases ni siquiera para hacer comprender los principios de los que parte. Más bien le expondré la idea general que guió mi vida. Desde jovencito me sentí aterrorizado por el espectáculo de mis semejantes y de su mediocre y animal existencia. Pensé que se había detenido la evolución de la especie porque la especie última, que hubiera debido sustituir a la naturaleza con una propia y consciente voluntad, ya no se preocupaba de ello. El hombre, mediante su inteligencia podía y por lo tanto debía, mejorarse a sí mismo y a los demás animales.

»Por consiguiente, mi problema esencial fue la transmutación de los hombres. Esto había sido intentado por sacerdotes, por filósofos, moralistas, maestros, políticos, pero los efectos logrados siempre fueron precarios y esporádicos. Se precisaba la ciencia solamente, la biología podía dedicarse a rehacer racionalmente al hombre. Para comenzar me propuse hacer que los viejos volvieran a ser viriles y que los imbéciles se convirtieran en seres geniales. Y tuve éxito. Ahora me propongo hacer que los criminales se conviertan en santos, los enanos en gigantes, que los apocados y tímidos se vuelvan feroces, que los niños tengan la sabiduría de los viejos, que los normales se vuelvan locos y las hembras se conviertan en machos.

»Nada es imposible para la ciencia, nada es arduo y absurdo para la biología, la medicina o la cirugía. El mundo de los seres humanos debe ser sacudido y dado vuelta. Es ya la hora de superar la monotonía milenaria de esta raza ovina, ha llegado el día de la gran revolución biológica, la única revolución radical digna de nosotros y de este siglo. Si algún mal aconsejado se atreviera a oponerse a esta revolución total, lo transformaré en animal insensato o en autómata mudo. Míster Gog, ¿quiere ser usted el munífico sostenedor de mi Instituto para el Mejoramiento Humano? Nuestra divisa será la de Nietzsche, se la robaremos: «El hombre no es más que un puente entre el mono y el superhombre».

A todo esto, mientras el profesor hablaba se había puesto de pie, su rostro había ido adquiriendo un tinte rojo, gritaba y gesticulaba como un delirante. Pero su esposa corrió hacia él y le dijo al oído algunas palabras en un idioma desconocido para mí. Luego, la misma señora se volvió hacia mí y me acompañó

hasta la puerta.

—Le agradezco mucho, mister Gog, la promesa que ha hecho a mi marido. Ya le telefonearé para decirle cuándo puede volver a nuestra casa.

Conversación 51

EL ABATE Y LAS PECADORAS

Montpellier, 6 de marzo.

El Dr. Gr., quien me curó hace ya varios años de una de mis crisis de depresión melancólica, me habló hace varios días para decirme:

—Sé que para huir del hastío usted anda de ciudad en ciudad buscando a personas que salgan de lo común. ¿Por qué no va a conocer al Abate d'Espagnac, que es el sacerdote más singular de toda la diócesis? No tiene cura de almas, no enseña, es de familia noble y rica y vive en su palacio, uno de los más hermosos y más antiguos de Montpellier, en el que tiene una capilla privada, un hermoso jardín y una rica biblioteca, cosas que le ayudan a soportar la melosa antipatía de sus cofrades y de la buena sociedad.

—Pero ¿en qué consiste su singularidad? Vaya a visitarlo y lo sabrá directamente de él. No quiero disminuir el sabor picante de la sorpresa.

El Dr. Gr. fue tan atento que llegó a *griffonner* una cartita de presentación, y hoy hice que me condujeran a casa del Abate d'Espagnac.

El palacio donde vive se levanta en uno de los más amenos sitios de Montpellier, y por lo que pude ver se remonta al siglo XVI. Lo circunda y adorna un amplio jardín de estilo italiano, con bordes de boj, bosquecillos de cedros y pinos y fuentes de mármol ubicadas en medio de matorrales de rosales.

El Abate d'Espagnac me recibió con una amabilidad intermedia entre lo aristocrático y lo eclesiástico. Estábamos en su biblioteca, donde en seguida atrajo mi curiosidad una gran tela, de la escuela veneciana, que representaba a María Magdalena mientras con su abundante cabellera rubia seca los pies de Jesús.

—El Dr. Gr. —dijo el cortés abate— me escribe diciéndome que usted desea conocer la misión que he elegido para santificar mi vida sacerdotal. Puedo

confesársela en seguida sin recurrir a hipócritas giros de palabras: desde hace muchos años me consagré a la redención póstuma de las pobres pecadoras, de esas mujeres bellas y frágiles que son famosas en la historia terrena, pero que ahora sufren y gimen en la otra vida.

Lo miré más atentamente, algo desconcertado por sus palabras. El Abate d'Espagnac debe haber pasado los sesenta años, pero es todavía un hombre bien plantado, de rasgos nobles, su cabeza parece estar aureolada e iluminada por una cabellera blanca, abundante, sus ojos son angelicalmente celestes y afectuosos. Continuó diciendo:

—Quizá le cause admiración que un sacerdote católico, servidor obsecuente de la Santa Iglesia Romana, haya sentido la vocación de dedicar su vida en pro de la salvación de esas mujeres desventuradas que se han hecho célebres más por su pecado que por su belleza. Pero debe reflexionar recordando que cada uno de nosotros, los cristianos, tiene la sacrosanta obligación de imitar en cuanto le sea posible a nuestro Salvador. Para nosotros, los mortales, es imposible imitar en todas sus partes a tan sublime y divino modelo. Es preciso elegir un aspecto, un episodio, un acto particular en el que más brille la luz de su infinita caridad. Por mi parte, desde mi juventud he tenido presente en el espíritu su encuentro con María Magdalena. Como comentan algunos por ahí, hubiera podido dedicarme a la conversión de las mujeres perdidas vivientes, pero como usted lo comprende, esa hubiera sido una empresa extremadamente comprometida y peligrosa para un sacerdote joven, sano y no deformé. Además, era muy intenso mi deseo de conservar fidelidad íntegra a mis votos y al crisma santo de mi ordenación sacerdotal.

»Pensé entonces que en el pasado lejano y próximo, hubo pecadoras ilustres que son recordadas por muchos por curiosidad histórica o por amor al escándalo, pero por ninguno con el propósito de hacer algo, si aún es posible, en beneficio de sus desventuradas almas. Yo creo firmemente que la mayor parte de esas desventuradas no fueron precipitadas en las tinieblas infernales, como lo imagina el vulgo, sino que, como lo aseguran las palabras de Cristo dichas a María Magdalena, no se condenaron y estarán en el Purgatorio. Nuestra Santa Madre la Iglesia, fiel intérprete del espíritu de perdón que inspira a nuestra religión, enseña que los vivos podemos interceder para abreviar los sufrimientos de las almas que se encuentran en el Purgatorio. La Comunión de los Santos, una de las más maravillosas doctrinas del Catolicismo, nos da la esperanza de poder aliviar los sufrimientos de los fallecidos con tal de que no hayan sido condenados eternamente. Las oraciones, las súplicas, más que nada la Santa Misa, pueden

anticipar la ascensión de las almas que purgan sus culpas a la gloria del Paraíso.

»Ésta es la obra de caridad que me propuse realizar y que me consuela en mi solitaria vida. Usted sabe cuán numerosas son, sólo en la historia de mi país, esas pecadoras célebres, favoritas de reyes y de príncipes, como Gabriela d'Estrées, Madame de Montespan, Madame Dubarry, o heteras de lujo como Ninón de Lenclos o María Duplessis, hecha inmortal por la pluma de Dumas. Pero no me ocupo solamente de ellas, aun cuando estén más próximas a mi corazón. Celebro Misas también por la Vannozza, la amante de Alejandro VI, por la famosa Imperia, por Tulia de Aragón, por la Perricholi, famosa en la crónica escandalosa del viejo Perú, por Emma Liona y por Lady Hamilton, por la Condesa Walewska, que fuera amante de Napoleón, por Lola Montes, que puso en peligro el trono del Rey de Baviera, por la Condesa de Mirafiori, concubina de Víctor Manuel II, por María Vetzera, la amante del Archiduque Rodolfo de Habsburgo, muerta trágicamente en Mayerling y finalmente por Catalina Schratt, la del amoroso romance clandestino del Emperador Francisco José.

»Podría seguir nombrando a muchas otras, son legión. Estudié diligentemente la biografía y documentos de ellas, y me parece ya haberlas conocido en persona. Estoy persuadido de que casi todas amaron sinceramente, por lo menos alguna vez, y me atengo por ellas a las palabras dichas por el Redentor a María de Magdala: *Mucho le será perdonado porque amó mucho.* Y efectivamente, algunas de ellas no amaron solamente a los mortales; en algunas horas de su vida, por lo menos, amaron también al Hijo del Hombre, al Hombre Dios. En favor de esas criaturas demasiado hermosas, que pecaron pero al mismo tiempo también sufrieron, yo celebro durante el año el mayor número de Misas que me es permitido por los Cánones, y ofrendo a Dios misericordioso por su salvación, mis oraciones, mis renuncias cotidianas, mis pobres méritos de sacerdote y de hombre. Con la frente alta y sin ruborizarme, puedo asegurar a usted que no me siento atraído hacia ellas por fantasiosas lascivias ni por lo que llaman los teólogos delectación morosa, sino por una inmensa compasión hacia esas almas abandonadas y descuidadas por los mismos que ganan dinero relatando sus gestas galantes. Esta empresa a la que he denominado "redención póstuma" no me parece indigna de un cristiano ni de un sacerdote. Mis cofrades en el sacerdocio se burlan de lo que ellos llaman mi extravagante manía, pero yo estoy seguro de que Cristo no me condena, y quizás, si la soberbia no me ciega, estoy seguro de que no desdeña mis humildes oraciones. ¿Acaso no vino a la tierra para salvar a todos los humanos, y antes que nadie a los pecadores? Y cada una de esas desventuradas, ¿no tenía un alma que como las demás fue rescatada con su Preciosa Sangre?

Cuando fui a ver al sacerdote pensé conocer una extravagancia risueña, algo así como un *divertissement* para mi hastío. En cambio, salí del palacio del Abate d'Espagnac casi edificado y hasta un poco conmovido.

Conversación 52
¿QUIERES LA PAZ?

Aviñón, 18 de febrero.

Me agrada infinitamente esta vieja ciudad papal y provinciana; siempre me brindó alguna buena sorpresa. He aquí la última: hace algunos días, pasando cerca del famoso puente impresionó mi vista un cartelón enorme, pintado a mano y con vivaces colores. Rezaba así:

¡CIUDADANOS DE TODOS LOS PARTIDOS!

¡AMIGOS! ¡ENEMIGOS!

¡HOMBRES Y MUJERES DE FRANCIA!

¡HOMBRES Y MUJERES DE EUROPA!

¡HOMBRES Y MUJERES DE TODO EL MUNDO!

¿QUERÉIS VERDADERAMENTE LA PAZ?

NO OS FIÉIS DE NADIE

LAS PALOMAS HAN SIDO HECHAS PARA SER ASADAS

LAS CRUCES HAN SIDO HECHAS PARA LAS ALMILLAS DE LOS CABALLEROS

SI QUERÉIS CONOCER CUÁL ES

EL REMEDIO INFALIBLE

PARA IMPEDIR CUALQUIER GUERRA

ACUDID EL MIÉRCOLES A LA NOCHE, A LAS 9,30 HORAS P. M.

AL GRAN CAFÉ MOGADOR

PARA ESCUCHAR LA PALABRA

DE PIERRE-LOUIS GOURJAT SOBRE EL TEMA

¿QUERÉIS LA PAZ?

PRECIO DE LA ENTRADA: FRANCOS 300

(INCLUIDA LA CONSUMICIÓN)

ESTE AVISO ESTÁ DESTINADO ESPECIALMENTE

A LAS PERSONAS INTELIGENTES

En la noche del miércoles fui de los primeros que entraron en el salón del Gran Café Mogador. Era la sala grande, pero cuando llegué habría como máximo una docena de personas, casi todas ancianas. Se hicieron las nueve y media y aún estaba sin ocupar la mitad del lugar. A las diez apareció en el palco destinado al orador el señor Pierre-Louis Gourjat. Era un hombre rechoncho, de unos cincuenta años edad, usaba barba negra de coleta y traía un sobretodo también negro en el que lucía un cuello de astracán. De su larga perorata citaré aquí únicamente los pasajes que más me impresionaron:

No os dejéis embollar por las largas eyaculaciones oratorias en las que se repite hasta perder el aliento, con sospechosa monotonía, la palabra «paz». Juzgando por lo que vociferan nuestros gramófonos políticos, difundidos por la radio y los diarios, todos los gobiernos quieren la paz, todos los partidos aspiran a la paz, todos los responsables, sin excluir a los generales y almirantes, sueñan únicamente con la paz. No os fiéis de esas charlatanerías hipócritas ni de esas proclamaciones hechas de mala fe. Las oímos ya, casi iguales, en los años 1914 y 1938, y fueron el preludio y el prólogo de las guerras más horribles y duraderas que han perturbado al mundo. Cuando vuestros jefes políticos y militares hablan demasiado de la paz, se debe temblar de espanto.

También hoy, si damos crédito a las recuas parlanchinas oficiales y oficiosas, el pensamiento dominante de todos los pueblos y de todos los partidos es la paz universal y definitiva. Tanto en el Norte como en el Sur, en el Oriente y en el

Occidente, entre los negros y los rojos, entre los grises y los azules, nadie hay que no desee la paz, que no trabaje en pro de la paz, que no predique la paz. Y es precisamente esa unanimidad lo que me aterra.

Durante los escasos períodos en los que reinó verdaderamente la paz, ninguno hablaba acerca de ella, a lo más se hablaba de guerras, de guerras de un triste pretérito.

Sabéis vosotros cómo es que nuestros presidentes y ministros, en cualquier país de la tierra, preparan la paz. Su método consiste en fabricar armas cada vez más abundantes y mortíferas, consiste en adiestrar a un número cada vez más elevado de seres humanos, en el arte de suprimir a sus semejantes. En definitiva actúan como actuaría el que dijese que el modo más seguro para evitar los incendios consiste en amontonar paja, estopa y petróleo en una fábrica de explosivos y de fuegos artificiales. Todos sabéis que cuando se colocan en conjunto o a poca distancia millones de armas, basta un fósforo, o sea: un malentendido, un pretexto, una chispa de locura, para provocar una conflagración mundial.

Para alejar tan ingente peligro, para impedir una nueva guerra que implicaría el fin de la civilización y quizá la destrucción de casi todo el género humano, no bastan folletos de propaganda, manifiestos, congresos, desfiles ni agitar al viento símbolos pacifistas. Hay tan sólo dos medios, ambos eficaces y radicales, pero nadie tiene el coraje de proponerlos.

El primero consistiría en una profunda y total transmutación del alma humana, al decir esto, entiendo decir el alma de todos los hombres, transmutación de las mentes y de los sentimientos, de modo que en definitiva todos los hombres, de cualquier raza o fe que sean, estén persuadidos y convencidos de que el recurso a la violencia y al asesinato colectivo es el modo más absurdo, criminal y bestial que se puede imaginar para hacer que las naciones se pongan de acuerdo entre sí. Pero una obra tal de mejoramiento espiritual requeriría, además de una autoridad fuerte y de una técnica apropiada, centenares de años, mientras por desgracia, es ya inminente la amenaza de la catástrofe.

Por esto es necesario recurrir a otro medio, de actuación más fácil y más rápida. Tened presentes estos dos hechos, igualmente observables e innegables: no sería posible fabricar las armas destinadas a nuestra destrucción sin el trabajo de innumerables técnicos y obreros. El segundo hecho es éste: los técnicos y los obreros están dispuestos a suspender su trabajo por razones de diversas especies, por cuestiones de salarios y de disciplina, por protestas políticas o ideológicas, y a

veces hasta por motivos más fútiles.

Mi proposición, tan simple como el huevo de Colón, se funda en esos dos hechos. En un momento dado, por decisión sindical aceptada y obedecida por los trabajadores de todo el mundo, todos los que trabajan en la fabricación de los instrumentos bélicos, ya lo hagan directa o indirectamente, deberán cruzarse de brazos, desertar de las minas y las fábricas, proclamar una huelga universal, todo ello en nombre de la paz. Pero, es necesario que esa sacrosanta huelga sea efectuada simultáneamente en todos los países, los de Oriente y los de Occidente, y en todas las fábricas que preparan o producen material de guerra. Deberán declararse en huelga los peones y los oficiales, los ingenieros y los empleados, todos los que se dedican a la fabricación de fusiles y cañones, de bombas incendiarias y de bombas atómicas, de tanques y de explosivos, de acorazados y submarinos, de aeroplanos a reacción y de helicópteros, de sables y bayonetas, de cascos y de puñales, sin excluir a ninguno. Hoy en día esos trabajadores están dispuestos a hacer huelga para obtener un aumento de salario o una reducción en los horarios, pero la huelga que yo propongo será también para ellos muchísimo más importante, sin parangón. Deben pensar que los terribles artefactos que construyen con sus manos, serán utilizados en el día de mañana contra ellos mismos, contra sus hijos, sus hermanos, contra sus casas y sus ciudades; están colaborando con su esfuerzo en pro de una próxima destrucción de todo lo que es más caro a su corazón: familia, hogar doméstico, vida. Quien sea capaz de reflexionar con mínimo alcance, ¿cómo podrá negarse a prestar su adhesión?

Y ahora, ¿qué podrían hacer los gobiernos y los estados mayores frente a una conjuración semejante? Es posible dominar una huelga parcial, limitada a una industria o a una región, pero ¿cómo se podría impedir y debelar la huelga de millones de hombres, declarada en un mismo día, en todas las naciones de la tierra?

Esa huelga universal constreñiría a los gobiernos a arrepentirse y a rendirse. Entonces, pronunciándose concordemente todos los pueblos será fácil obtener que las armas ya fabricadas sean destruidas y que se declare fuera de la ley a todas y cualesquiera fabricación futura de medios destinados a diezmar vidas humanas. Las naves de guerra serán transformadas en buques de transporte, las fábricas de armas serán convertidas para la fabricación de cosas útiles en la vida civil; los fusiles, cañones, ametralladoras y bombas, los explosivos y los tanques serán lanzados a los abismos, al fondo de los océanos, con solemnes y jocundas ceremonias. Sólo con esta condición, sólo con este medio, las palabras de paz significarán un verdadero estado de paz entre los seres humanos. Haciendo una

sencilla añadidura, bastará utilizar el grito famoso de Carlos Marx: «¡Trabajadores de las industrias bélicas de todo el mundo uníos si queréis en verdad la paz!».

Quizá, tal vez alguno de vosotros creerá poder refutar mi vital proposición planteando una simple objeción: durante y después de la huelga, ¿cómo vivirán los millones de trabajadores que ahora se ganan la vida preparando la muerte? No me sorprende esa objeción ni tampoco me hace perder el ánimo.

Todo el resto de la humanidad, todos los demás seres humanos que viven bajo la amenaza de esa incubación de exterminio, todos ellos, repito, están interesados a fin de que esa huelga colosal, segura promesa de salvación, tenga buen éxito, razón por la cual todos se sentirán felices ofrendando dinero y medios de vida, aprovisionamientos, subsidios y pagas diarias a los obreros de las industrias bélicas, para el sostenimiento de ellos y de sus familias. Y una vez lograda la victoria de esta sublevación en pro de la paz, cuando los gobiernos y los ciudadanos no deban ya más soportar el insoportable peso de los gastos militares, entonces será fácil crear nuevas industrias destinadas al bienestar general, industrias en los que se dará ocupación, con fines más humanos y prudentes, a los obreros que hasta entonces habían vertido sus esfuerzos a las industrias del homicidio y de la devastación. Así pues, para todos nosotros se trata de algo en que se juega vida y muerte.

Señores: he sugerido el único medio eficaz para que la vida triunfe sobre la muerte. Veremos ahora si los proletarios y sus guías son capaces de comprender y actuar mi proposición. ¿Queréis en verdad la paz? ¡Destruid entonces y para siempre lo que sirve para hacer la guerra!

Con gran maravilla de mi parte comprobé que el fogoso discurso del señor Pierre-Louis Gourjat no conmovió demasiado al escaso auditorio del Gran Café Mogador. Se oyeron algunos débiles y raros aplausos; algunos señores de edad avanzada sonreían y se hacían guiños; uno de ellos dijo en voz alta: «Este señor Gourjat es un alucinado, y las autoridades deberían entregarlo a los psiquiatras».

Conversación 53

MUERTO POR EL AMOR

Biarritz, 6 de septiembre.

Conocí a Runo Elodial en París, hace pocos años, en el estudio de un amigo pintor. Era entonces un hermoso joven rubio, fresco e infantil, agitado por el anhelo de ver, de comprender, de admirar. Fijaba sus glaucos ojos en las telas del estudio como si quisiera asimilarse a ellas, como si pretendiera devorarlas. Su entusiasmo de adolescente apasionado quedó impreso en mi memoria porque era muy raro hallarlo, incluso entre los más jóvenes.

Salimos juntos, cruzamos el Sena y nos sentamos en un café de la avenida de los Campos Elíseos, y Runo Elodial no cesó ni un solo instante de manifestarme su gozo de existir, de mirar, de descubrir, de conmoverse frente a la insospechada belleza que notaba hasta en las más mínimas partecitas del mundo. Levantó una hoja de árbol y me hizo notar la finura de la verde grana, el diseño armonioso de los nervios, la perfecta proporción del contorno, la gracia primaveral del dentado. Se detuvo una niña cerca de nosotros, y Runo quedó como extasiado ante la expresión de los labios entreabiertos, ante la transparencia de las rosadas mejillas, ante la morbidez del humilde vestido color verde marino. El rostro de ese joven estaba siempre iluminado, trasmitiéndome su éxtasis, por una sonrisa de ángel feliz.

—El mundo es demasiado bello —me dijo en un momento dado— y no sé cómo hacen los hombres para soportar sin peligro tanta felicidad. Quizá no se dan cuenta, quizás se defienden con la ceguera, quizás no son capaces de amar. Yo, en cambio...

No quiso decir nada más. Desde aquel día no volví a ver a Runo Elodial, pero jamás pude olvidarlo. Hace pocos días caminaba yo de noche por un paseo de Biarritz cuando vi venir hacia mí una sombra decaída y pálida a la que no reconocí en el momento. Se detuvo a un paso y me dijo con débil voz:

—¿No me reconoce? Soy aquel Runo Elodial que estuvo con usted por espacio de algunas horas, en París, hace ya mucho tiempo.

Quedé mudo e inmóvil. A pesar de mi buena memoria visual no lograba conciliar la imagen del tenue espectro que tenía delante con la del adolescente flordio y fogoso que conociera en París: los cabellos eran todavía rubios, pero escasos y tendiendo a un color ceniza, los ojos parecían estar hundidos en las cavidades orbitales, la espalda estaba algo curvada, la graciosa sonrisa angélica de otrora se había convertido en una cansada contracción de labios casi blancos. Tomó mi mano, y al estrecharla me pareció apretar los pétalos húmedos de una medusa muerta.

Finalmente dije que lo reconocía, pero más lo dije por compasión que por convicción.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté—. ¿Cómo es que se ha transformado de esa manera?

—No puedo mantenerme mucho rato de pie —me respondió—, discúlpeme. Venga a mi casa y le responderé.

Su casa, pequeña y florida, estaba próxima al mar. Se dejó caer en una poltrona y bebió todo el líquido que quedaba en un vaso alto colocado cerca de su sitio.

—¿Está usted enfermo?

—Mi enfermedad no se encuentra consignada en los tratados de medicina, pero tiene un nombre bastante conocido: se llama amor.

—¿Le ha traicionado alguna mujer?, ¿o tal vez ha muerto?

—Amé a muchas mujeres y fui correspondido por ellas, pero no son esos amores los que me han llevado al umbral de la muerte. Quizá recuerde usted algunas palabras que le dije en París, estando alrededor de la mesa de aquel café. Lo que temía se ha realizado: soy víctima de la inaudita y universal belleza del mundo. Estoy consumido y muerto por mi sensibilidad jamás adormecida, por mi obstinado entusiasmo, por mi irrefrenable eretismo intelectual, por mi infinito amor hacia todos los seres, hacia todas las cosas.

»Voy por una calle, entro en un museo o en un bosque, en un palacio o en

una taberna, en una feria campesina o en un jardín de suburbio, y paso así de una maravilla a otra, de un éxtasis a otro. Todo me atrae y me aferra, me inflama, me causa sorpresa y maravilla. Entiéndalo usted bien: todo, sin exceptuar ninguna cosa, todo cuanto veo me fuerza a amar y a admirar: una piedra jaspeada, una flor moribunda, una joven florecida, una pobre prostituta ajada, un árbol sin hojas, las manchas y musgos de una vieja pared, un pensamiento insólito y temerario, un torso de mármol ennegrecido, un dibujo hecho por un niño, una oveja que come hierbas en el campo, la espuma del mar, la nube del atardecer y la estrella de la noche; todas las infinitas ostentaciones del universo me commueven, me inundan de felicidad, me obligan a deshacer en mil palpitaciones mi corazón de eterno enamorado.

»Y no le hablo del arte, que tiene sobre mí un poder irresistible, pavoroso, lacerante. He viajado mucho, pero, cuántas veces, no pudiendo resistir las congojas causadas por repentinias nostalgias, partí apresuradamente para ir a ver la *Sainte Chapelle* o la *Resurrezione* de Pier della Francesca, el Sindaco del Villaggio que se admira en el Museo de El Cairo, o la *Galatea* de Rafael, o los Goya que hay en el Prado, las esculturas de Olimpia, un retrato de Bronzino o de Rembrandt. Era como un amante angustiado por la lejanía del ser amado, que recorre miles de millas para ver, aunque sea por unos pocos minutos, los ojos, la boca, la cabellera, las manos que le han embrujado.

»Siento fuertemente, y por eso amo fuerte y perdidamente. Tengo también la malhadada pasión de hacer sentir a los demás lo que yo siento, de querer persuadirles a que amen lo que amo. Por esto siempre estoy excitado, me siento feliz y lacerado, torturado por el recuerdo y la espera, siempre estoy en el fuego del incendio, siempre me veo en movimiento sobre la tierra, siempre inquieto, lleno de gozo y de locuacidad.

»Usted no imagina qué dilapidación de fuerzas, qué gasto de nervios y de sangre me cuesta ese perpetuo amor. Desde hace muchos años casi no puedo dormir, y frecuentemente me olvido de comer. Para el que ama desesperadamente al amor, toda hora de sueño es una hora de ausencia y de pecado, de vergüenza, de martirio. Si el universo es una perenne posibilidad de hacer maravillosos descubrimientos, si la vida es un milagro continuo, si el amor, el amor desinteresado y fiel, es la única ocupación digna de un hombre, entonces la indiferencia y el olvido son culpas inexpiables contra el espíritu y contra Dios. Pero esa llama interna me ha consumido, me derrite, me destruye, me mata. Siento que no puedo resistir más, que estoy ya en vísperas del fin. Hércules pudo arrancarse de encima su vestido de fuego, pero mi fuego está en lo interior, me quema hasta

las últimas fibras en cada instante. Perdóneme que no le pueda decir cosas diversas, que no pueda darle otras noticias respecto de mi persona. Quizá no volveremos a vernos. Acuérdese de mí. El amor ha saturado y colmado mi vida, el amor me mata, ¡adiós!

Dos días después fui a la casita de Runo Elodial y golpeeé a la puerta con ánimo de pedir noticias acerca del joven. Salió una anciana vestida de blanco, quien me dijo que Runo había expirado la noche anterior.

Conversación 54

LA RESURRECCIÓN DE LA MATERIA

Biarritz, 3 de agosto.

Me hallé casualmente en la playa con mi viejo amigo Dodsworth, de Minneapolis, quien estaba en compañía de un joven de tez oscura y de ojos vivaces, que me pareció era un mestizo con algo de sangre india. El amigo Dodsworth me lo presentó: se llama Curro, Alcionillo Curro, y parece ser brasileño.

—El señor Curro —siguió diciendo Dodsworth— es el sabio más fantástico que he conocido en mi vida, y precisamente ahora me estaba hablando de su teoría sobre la resurrección de la materia. Estoy seguro de que tendrá la amabilidad de exponerla también ante ti.

El joven Curro no se hizo rogar; se veía claramente que tenía alma de apóstol. Nos sentamos en un bar, y una vez frente a tres vasos de *whisky* la conversación comenzó así:

—¿Conoce usted —preguntó Curro— la teoría de Preyer?

Tuve que confesar mi ignorancia, aquella era la primera vez que oía ese nombre. El apóstol científico continuó hablando:

—Preyer fue un sabio del ochocientos, a quien su época no fue capaz de comprender, cosa que sucede frecuentemente. Usted sabe que, a pesar de los esfuerzos de los mecanicistas, la ciencia no logró explicar jamás cómo es que la vida puede surgir de la materia inerte, de la materia inorgánica. Preyer tuvo una idea digna de su genio: pensó que si es inconcebible el paso de la materia a la vida, puesto que ésta presenta caracteres completamente nuevos y no reducibles a fenómenos físicos, es concebible en cambio, y más aún, es natural, la realización del paso opuesto: de la materia viviente a la materia muerta. Por disociación o decadencia se puede pasar del conjunto a lo simple, mientras que nuestra mente no

logra comprender la aparición repentina de la novedad y de la complejidad en los cuerpos elementales y casi homogéneos. Cada día asistimos en la naturaleza a la transformación de seres vivientes en materia muerta, mientras que por todos los biólogos es reconocida como imposible la generación espontánea, o sea: el nacimiento de un viviente que no provenga de un germen o de una madre viviente.

»Preyer sostuvo entonces una hipótesis que parece ser más audaz, pero que según mi juicio está muy fundada. Según él, en un principio todo el universo estuvo vivo, estuvo constituido enteramente por lo que se llama vida. En el principio era el Verbo y el Verbo se encarnó en la Vida. Este concepto concuerda mejor que ningún otro con la dignidad del Creador. ¿Cómo podía Dios, que es puro espíritu, dar origen a un mundo formado de materia inerte, o sea a una sustancia tan inferior a la suya? No; creó la vida, solamente la vida, esa vida que, incluso en sus formas más humildes, está asociada a las manifestaciones espirituales.

»Pero la vida, como para pagar su divina superioridad, está sujeta a la muerte. Y aquí se halla, finalmente, la revelación del misterio que fatiga desde hace siglos a los hombres. La materia no es más que el inmenso cadáver de la vida originaria. No sucede que surja la vida de la materia, como sin prueba válida alguna lo pretenden los materialistas, sino que de la vida que poco a poco se apaga, toma su origen lo que hoy se denomina materia. Los seres vivientes no serían otra cosa que los últimos restos supérstites de aquella vida total y triunfal que llenaba el universo. Hoy, en cambio, el universo se ha convertido en un interminable cementerio donde las criaturas vivas, restos extremos de la creación viviente, parecen ser huéspedes errantes y amenazados, raros y casi a desaparecer en medio de un mundo que poco a poco se ha vuelto inerte e inorgánico por parálisis y caquexia en el decurso de los milenios.

»Los célebres experimentos de Bose han venido a confirmar la intuición de Preyer: incluso en los metales, hasta en las piedras, hay trazas aun cuando sean mínimas y apenas perceptibles, de algunos caracteres de la vida, por ejemplo, de la sensibilidad y de la enfermedad.

»Si estas concepciones son verdaderas, y yo las juzgo científicamente demostrables, corresponde al hombre, al supérstite más consciente de la vida universal, una labor y misión gigantesca: la resurrección de la materia. Si ésta fue en su origen enteramente viviente, debemos restituirla a su estado primitivo, a su dignidad superior. Las piedras que hollamos, las inmóviles montañas que

contemplamos maravillados, las rocas y las aguas, todos esos elementos fueron en un principio criaturas semejantes a nosotros, capaces de sentir, de amar, de pensar, de engendrar. En una palabra, son seres hermanos nuestros, que están adormecidos en el inmóvil congelamiento de la muerte. Es deber nuestro resucitarlos, elevarlos nuevamente a la vida, y solamente entonces será posible la sublimación suprema: el retorno de toda la vida al espíritu puro, la ascensión del universo a Dios.

»El Espíritu por excelencia, o sea Dios, creó la vida; la vida decaída y extinguida se ha cambiado, en su mayor parte, en materia; ahora debemos hacer el camino contrario: devolver la vida a la materia, a toda la materia; luego transformar la vida, toda la vida, en espíritu, y de este modo reunir al universo con su Creador.

Dicho esto, Curro calló y bebió su *whisky*. Por su rostro oscuro, de mulato, corrían gotas de sudor; sus negrísimas pupilas se habían dilatado hasta ocupar casi todo el ojo; jadeaba ligeramente, pero sus labios tenían un firme rictus de sonrisa feliz.

Le pregunté tímidamente si había pensado en los medios para lograr esa milagrosa resurrección de la materia. Se secó lentamente el sudor y luego de unos breves momentos de silencio respondió así:

—Entreveo ya el método que nos llevará certamente a la resurrección. Se me ocurren instalaciones colosales que requerirán gastos cuantiosísimos. Soy pobre y no me escuchan; los más benignos me juzgan un loco; los más malignos un engañador. Me he dirigido a los sabios y a los gobiernos de muchas naciones, pero ninguno quiere proporcionarme ni un centavo. Usted es rico, y creo que fabulosamente rico. Ayúdeme. Se trata de una obra gigantesca e ilimitada, pero que cambiará la faz del mundo y la suerte del género humano.

—Lo pensaré —le respondí—. Pero ahora debo dejarle porque ya estoy atrasado y alguien me espera en el hotel.

Me levanté, saludé al amigo Dodsworth y al joven Curro y salí del bar con tanto apuro que me olvidé de pagar mi *whisky*.

Conversación 55

UNA CONVERSACIÓN CON PAUL VALÉRY

(*O CERCA DE LA FILOSOFÍA Y LA POESÍA*)

París, 20 de marzo.

Paul Valéry, miembro de la *Académie Française*, es un hombrecillo de exterior modesto, de rostro delgado, de cabello blanco, que recuerda mucho a ciertos distinguidos empleados ya jubilados de los ministerios franceses.

Es distraídamente afable con los desconocidos; aun cuando junto con Alain sea considerado el *penseur national*, habla gustosamente con los que gustosamente le escuchan.

No había tenido valor para ir en su busca, pero lo encontré por casualidad en un almuerzo de amigos comunes, y por espacio de varios minutos pude conversar con él.

Cuando supo que yo era ciudadano norteamericano, creyendo hacerme un favor recordó en seguida a Edgar Poe.

—Poe ha sido uno de los grandes maestros de mi gran maestro Mallarmé, y yo mismo escribí un ensayo sobre *Eureka*, pues considero que este libro ha sido dejado de lado, con excesiva ligereza, por los literatos ignorantísimos de todo lo que es ciencia y pensamiento. Lo cual no quiere decir —añadió con una maliciosa sonrisa— que sean muy sabios en su arte. Poe, lo mismo que yo, fue poeta y filósofo, tomando esta palabra en su más humilde significado etimológico.

Le pregunté cómo se podían unir, en una misma persona, dos facultades que para los profanos parecen ser incompatibles entre sí.

—Los profanos —respondió—, no pueden hablar sino como profanos, o sea, como esos que nada saben de las cosas de las que quieren hablar. Desde los griegos hasta nosotros la verdadera poesía es también pensamiento, y por otra parte, el verdadero filósofo no llega a ser tal si no tiene en sí algo de la imaginación que es la trama secreta de la poesía. Poetas y pensadores escriben dictándoles los dioses, pero como usted sabe, los dioses son avaros y celosos, y no dictan más que el primer verso del poeta y el primer párrafo del discurso.

Le pregunté entonces cuál de las dos actividades le había proporcionado goces más profundos, y me respondió:

—Ni el poeta ni el filósofo van en busca de goces. La poesía no es un vino generoso ni es la filosofía un éter que cause placer. Estos dos superiores juegos de los más nobles espíritus son, casi siempre, fatigantes y engañadores. La poesía, cuando tiende hacia lo absoluto se halla frente a lo inexpresable; el pensamiento, cuando intenta poseerse plenamente a sí mismo, se debate contra el muro de lo imposible.

»La verdadera, la única tragedia del hombre es la que yo mismo he vivido y recitado hasta la última escena. El hombre que sale de lo común descubre que la más elevada operación posible es la del pensamiento desinteresado, del pensamiento no envilecido al servicio de los dogmas de la civilización ni destinado a consolar los temores de los débiles. Pero el pensamiento puro es un microscopio quemante, que consume aquello mismo que debería hacernos ver; a fuerza de análisis, de profundizaciones, de críticas y subdivisiones, hasta el pensamiento más independiente y audaz se corroe y mina a sí mismo, se da cuenta de su propia falacia e inutilidad, disuelve y destruye su propio objeto. El pensamiento que no conoce el temor siempre concluye por ser suicida. La única actividad del hombre, pues, que vale la pena ser cultivada, conduce a la desesperación y al aniquilamiento. Los que no saben o no admiten esto...

Lamentablemente, en aquel preciso instante se acercó a Paul Valéry una bella y joven señora, prodigándole una sonrisa maravillosa que invitaba más que cualquier frase, y el *penseur national* haciendo un gesto de excusa dejó truncado su doloroso raciocinio. Durante el resto de la noche no logré acercarme a él nuevamente.

Conversación 56

LA POESÍA DEL OCTOGENARIO

(DE VICTOR HUGO)

Niza, 29 de diciembre.

Paso las noches seleccionando en mi colección de escritos, autógrafos e inéditos. Una de las perlas que hallé entre esos viejos papeles es una poesía corta de Víctor Hugo, fechada el 12 de septiembre de 1880. Cuando escribió esos dieciséis versos contaba el poeta casi ochenta años de edad, y tal vez fueron los últimos que brotaron de su alma y de su pluma. Y sin embargo, el pensamiento, o mejor, el nostálgico deseo que se los inspiró, es todavía deliciosamente poético. Durante su juventud, su madurez y su ancianidad, Víctor Hugo fue el poeta de lo terrible, de lo enorme, de lo espantoso, de lo majestuoso, de la naturaleza salvaje y de la noche misteriosa, exceptuando, quizás, algunas aclaraciones y trozos aislados. Ahora, en la víspera de la muerte, el poeta habría querido que se deshiciera y desapareciera su mundo pavoroso y solemne, le bastaría un fresco jardín, una jovencita vestida de blanco. Más allá del trágico escenario dantesco y esquiliano, el octogenario visionario de *Notre Dame* entrevé la infancia del mundo: un jardín y una mujer, el Edén y Eva antes del pecado.

Pero yo no soy un crítico, y hay ciertas cosas que no sé decir. Me contentaré con copiar aquí los suaves versos de la edad senil de Víctor Hugo:

Si les deserts, si les sables,

Si les grands bois,

Si les choses formidables

Que l'entrevois
Etaient, sauvage nature,
Coupés soudain
Par la gaité toute pure
D'un frais jardín,
Si tout à coup, en mantille,
En blanc corset,
Une belle jeune fille
Apparissait,
Si je rencontrais des roses
Dans les forêts,
Nymphes, ah! les douces choses
Que je dirais!

(12 septiembre 1880)

Conversación 57 DEL ODIO

(*DE STENDHAL*)

París, 30 de marzo.

Aproveché mi estancia en París para hacer que un apasionado stendhalófilo descifrara el *brouillon* inédito atribuido a Henry Beyle en el catálogo de los papeles Everett. Obtuve así la confirmación de la autenticidad absoluta de esos fragmentos, destinados a ser material de un libro sobre el *Odio*, y que hubiera sido secuela del otro, quizá demasiado famoso *De l'Amour*.

Se recopilan esos fragmentos en nueve piezas intituladas *De la Haine*, difíciles de leer. El conocido stendhaliano al que recurrí no pudo transcribirlas todas, tan diminuta es la escritura y tan llena está de abreviaciones y de palabras en inglés e italiano. Copiaré aquí, para darme el gusto, los párrafos más notables.

«La Haine est plus puissante et durable que l'Amour. La Haine qui nait de l'Amour decu ou trahi est plus profonde que la première passion. Chi ben ama ben odia».

«Espéces et variétés de la Haine dite carthaginoise (serment d'Annibal) *LOdium theologicum* et ses méfaits anciens et modernes (Calvin à Genéve). Les Haines familiales; les frères ennemis; les maris haissables et l'adultére comme conséquence de la Haine».

«Le Christianisme défini par Tacite *odium huniani generis*: explication de ce jugement étrange. Le vrai chrétien doit haïr soi-même, sa chair de péché. Le moi haissable de Pascal. La haine inspire plusieurs episodes du poème de Dante.

Massacres des Albigeois, etc.».

«Les plaisirs de la Haine compares aux plaisirs de l'Amour. L'Amour a ses tourments et la Haine a ses délices. Les fautes et les malheurs de celui qu'on hait nous remplissent de volupté bien plus que sa mort».

«On dit que la Haine est aveugle mais on dit la même chose de l'Amour. Il n'y a qu'une différence la Haine n'est pas capable de voir les bons côtés d'un être; l'Amour est incapable de percevoir ses mauvais côtés. Au point de vue des relations humaines cette différence est notable mais elle n'existe pas du tout quand on songe à la substance de la chose. Ceux qui ne voient pas le blanc et ceux qui n'aperçoivent pas le noir sont également doués de mauvais yeux».

«Les aboutissements de la Haine: le Pardon ou la Vengeance. Les ames faibles et craintives choisissent le Pardon. Les ames orgueilleuses et sans crain te font recours à la Vengeance. Mais la Vengeance exige beaucoup d'efforts et de patience: quelquefois il faut attendre des années l'occasion propice de se venger. On pourrait démontrer que le Pardon n'est qu'une forme —peut-être la plus cruelle— de la Vengeance. Mépris absolu envers celui que nous haissons. Son acte ne m'atteint pas (orgueil?). La Vengeance est confiée à Dieu et sera d'autant plus terrible».

«Utilité de la Haine. Elle épargne l'homme haï (et qui se sait surveillé par son ennemi) beaucoup de sottises et de faux pas. Ya Haine, comme toutes les passions, grandit son object et accroît le sentiment de sa valeur. Les mediocres n'ont pas d'ennemis. Celui qui hait est un bienfaiteur malgré lui».

«Odio il peccato e non il peccatore, disent les italiens. Mais le péché n'a pas d'existence propre, abstraite, impersonnelle. Il est toujours incarné dans certains hommes en chair et os. Celui que hait le péché est forcément conduit à la haine du pécheur, c'est à dire de son prochain, et il tombe lui même, sans le vouloir, dans le péché».

«La Haine, quelquefois, peut mourir mais alors elle se transforme presque toujours dans le sentiment opposé: l'Amour. Les ames passionnées ne connaissent pas le mépris, qui est la negation de la Haine, ni l'indifférence: elles vont toujours aux extrêmes».

Conversación 58

TODO POR REHACER

Saint-Moritz, 28 de julio.

Desde hace quince días estoy en este hotel, solo con mi secretaria india, y no he querido conocer a ninguna de las personas que andan por aquí. Pero me he dado cuenta de que un señor anciano, que tal vez fuera escandinavo, me seguía y espiaba, como si deseara mucho tratar conversación conmigo. Siempre lo veía cerca de mí, en la sala de escribir, en el bar, en el porche, en la veranda y en el parque, y no me quitaba los ojos de encima. Yo le huía, no me agradaba y tenía un aspecto poco grato. Era de físico grande, con características de enfermo bacilar, dos ojos sucios encajados en las órbitas y rodeados por arrugas lívidas; el color de su piel oscilaba entre el terroso y el verde. Parecía un reptil que se hubiera criado en arenales palúdicos. Me esforzaba por no mirarlo, apartando mis ojos de los suyos. Sin embargo, ayer por la noche el nórdico logró hablarle. Fue culpa de mi secretaria india, a la que el reptil logró sobornar, no sé cómo. Me hallaba sentado solo contemplando las montañas, y ella se aproximó acompañándolo, musitó su nombre y se alejó. Yo estaba cansado y no tuve fuerzas para seguirla y reprenderla. El hombre enfermo y grisáceo comenzó a hablar en perfecto inglés:

—Le diré en seguida por qué deseo conversar con usted. En un diario suyo que se publicó en los Estados Unidos leí algunas drásticas y mordientes definiciones de las obras maestras de la literatura universal. Me agradaron muchísimo, tanto que las aprendí de memoria y frecuentemente reflexiono sobre ellas. Las mismas me han inspirado el proyecto de una titánica, pero urgentísima empresa. ¿Me escucha usted?

—Le escucho porque tengo dos oídos y no puedo evitarlo; le escucho porque no tengo ni la voluntad ni la energía suficiente para levantarme de esta poltrona. Siga, pues, pero no deje de mirar su reloj, pues dentro de media hora me iré a dormir.

—Vale la pena escuchar una idea que tuvo su origen en su libro. Me

convenció usted de que la vieja literatura humana se ha de rehacer toda, o por lo menos precisa audaces restauraciones. Desde hace algunos años consagro todo mi tiempo, mi ingenio y mi ciencia, a esta gigantesca empresa. Desde los tiempos de Homero en adelante, y también desde Goethe hasta ahora, el mundo se ha transformado profundamente, mientras que aquellas obras célebres han permanecido obstinadamente siendo las mismas. Cambiaron los gustos, los humores, los pensamientos, las costumbres, las técnicas y las metafísicas; todo se ha cambiado y cambia. Por esto, los libros antiguos son parcialmente ininteligibles y parcialmente duros para los lectores de ahora. Hasta la forma, que tan perfecta parecía a los antiguos, ha de ser mejorada y pulida para que sea más grata a nuestro tiempo. A las que nada se han de cambiar las situaciones, las alternativas, las tesis y las catástrofes. Un trabajo ímprobo, pero apasionante.

»Conozco y domino las lenguas más importantes del mundo y pude, consiguientemente, trabajar en los originales. Comencé con los poemas homéricos, tan ingenuos y bastos para nuestros ojos. Quite de la *Odisea* todas las fábulas infantiles que en ella había, sustituyéndolas con un instructivo periplo del antiguo Mediterráneo. La matanza de los Procos me pareció indigna del prudente Ulises; la cambié imaginando que los procos fueron enviados al exilio y que el hijo de Laertes se puso en camino para hacer otros viajes más allá de las Columnas de Hércules.

»También el *Edipo*, de Sófocles, me pareció demasiado fabuloso y deshumanizado. He hecho que Edipo recupere milagrosamente la visión y que Antígona contraiga un buen matrimonio.

»Tuve que rehacer casi por completo *La Divina Comedia*. Desde el fallecimiento de Dante hasta nosotros han pasado ya más de seiscientos años, apareciendo en ese ínterin muchos otros pecadores y malhechores que bien merecen ser colocados en el Infierno. Eliminé, además, todos los rellenos teológicos que había en el poema, los que no sólo eran fastidiosos, sino que, y esto es aún peor, no corresponden ya a las conclusiones alcanzadas por la moderna filosofía positivista.

»También el *Hamlet* me ha dado mucho trabajo. Deseoso Shakespeare de saciar los feroces gustos de su público, ha hecho morir con muerte violenta a la mayoría de los personajes. Ya he remediado eso: *Hamlet* mata al padrastro adúltero, pero sale del paso con algún que otro rasguño; Ofelia es salvada mediante la respiración artificial y en la última escena ya puede casarse con su querido príncipe.

»Del *Don Quijote* tuve que rehacer por lo menos la mitad. En el héroe reformado por mí, sus ratos de buen juicio se alternan con los ataques de locura, y surgen así amenísimos encuentros y aventuras formidables.

»También el *Fausto*, de Goethe, me ha hecho trabajar empeñosamente. Suprimí la segunda parte, demasiado ligada y hermética, y mejoré mucho la primera. Mefistófeles reconoce que los demonios no son más que una tonta invención de la mente humana y desaparece en el aire de la madrugada como un sueño; Margarita es absuelta por los jueces, Fausto la toma como esposa y vuelve a su cátedra de Wittenberg.

»Pero apenas me hallo al comienzo de esta necesarísima obra de perfeccionamiento literario. En estos días estoy rehaciendo el *Moby Dick*, de Melville, y la *Saison en enfer*, de Rimbaud...

No le fue posible continuar hablando. Yo no podía aguantar más: el disgusto y la indignación me proporcionaron fuerzas suficientes para levantarme en actitud amenazadora frente a aquel hombre reptil; la expresión de mis ojos debió ser terrible, porque el desconocido reformador de las grandes obras humanas se sintió lleno de pavor, balbució algunas palabras de disculpa y desapareció entre las sombras del parque.

Conversación 59

EL REGRESO

(DE FRANZ KAFKA)

Praga, 27 de marzo.

Un librero de Praga, conocedor de mi pasión por los autógrafos de escritores célebres, me ofreció en venta el borrador (inédito) de un cuento de Franz Kafka. Tiempo antes yo había leído la traducción inglesa de su obra *El Proceso*; dicha lectura me había simultáneamente hastiado y entusiasmado. Por eso quise hacer una rápida lectura del manuscrito, seis paginitas de apuntes en alemán, antes de pagar el elevado precio que me pedía el librero.

El Regreso, título que se lee en la parte superior, es el rápido esbozo de un cuento que Kafka no quiso o no tuvo tiempo de desarrollar. Un agente de seguros, el señor W. B., quiere emprender un largo viaje de negocios por Bohemia, debiendo dejar sola a su joven esposa en la casa de campo, situada a unos cien kilómetros de Praga. Le disgusta mucho dejarla porque se han casado poco tiempo antes y están muy enamorados, pero el deber y el interés le obligan a partir. Dicho viaje debía durar un mes y medio, pero por diversas causas, que Kafka no hace saber, el señor W. B. se ve obligado a permanecer ausente por espacio de dos meses. Finalmente llega el tan deseado día del regreso; aproximándose la noche desciende en la estación más cercana a su morada, en la estación le aguarda una carroza pedida por telegrama; ha realizado buenos negocios y está contento, pero más que nada está contento al pensar que al cabo de tanto tiempo podrá abrazar a su buena y hermosa María. Llega finalmente a la puerta de madera de su jardín. Ya es de noche. El jardinero sale a su encuentro llevando un farol. Mirando a su alrededor todo le parece nuevo, aunque nada ha cambiado. El viejo perro blanco lo reconoce y le hace fiestas; la vieja criada que le sirvió desde la niñez está a la

entrada de la puerta, le sonríe, le da la bienvenida, le ayuda a quitarse el grueso capote negro especial para viajes:

—¿Ninguna novedad?

—Ninguna, señor.

—¿Y la señora?

—Baja en estos momentos.

En efecto: por la escalera de haya que conduce a la planta alta desciende una mujer que saluda alegremente al señor W. B., pero éste, cuando la mujer está cerca, hace un movimiento de estupor y, en lugar de abrazarla, camina hacia atrás sin decir palabra. Aquella joven señora, vestida de terciopelo, no es su María, no es su esposa. María es morena como una meridional, mientras que ésta tiene los cabellos de un color rubio ceniza; María es de mediana estatura y algo redonda, mientras que ésta es alta, delgada. Ni siquiera los ojos son los mismos: la desconocida que pretende abrazarle tiene ojos azules clarísimos, casi grises, mientras que los de María, oscuros y ardientes, se parecen a los de una mujer criolla.

Y, sin embargo, esa señora lo llama por su nombre con voz acariciadora, le pide noticias acerca de su viaje y de su salud, toma una de sus manos y le atrae hacia sí, lo besa con labios cálidos en ambas mejillas. El viajero es incapaz de articular una sola palabra, le parece que en lugar de entrar en su casa ha ingresado al mundo de los sueños; le agradaría que alguien lo despertara. Pero todo es allí normal excepto la nueva mujer: la casa es siempre la misma, los muebles son los mismos que dejó al partir, el jardinero, dejadas las maletas, aguarda órdenes de la dueña de casa, la sirvienta trata a la desconocida como si fuese la señora María e incluso el perro se mueve por allí haciendo fiestas y ladrandos como acostumbraba hacerlo con su verdadera ama. ¿Qué había sucedido?, ¿por qué ninguno de los presentes, excepto él, se da cuenta de que aquella mujer no es su María?

Siempre en silencio, el señor W. B. sigue a la desconocida, suben por la escalera de madera y entran en la cámara conyugal. También allí está todo igual que antes. La «toilette» de María es la misma, con sus frascos y demás cosas bien conocidas por él; los vestidos de María cuelgan en el mismo perchero, su retrato, el de W. B., está en la misma mesita de la esposa. La nueva María se aprovecha de su turbación para abrazarlo y besarlo en la boca, y él siente que el perfume es el mismo, bien conocido, exótico e intenso, aun cuando el cuerpo sea diverso.

—¿Estás cansado? —le pregunta la mujer—. ¿Quieres reposar un poco antes de bajar para cenar? Me parece que estás extraño, muy cambiado. ¿Por qué te muestras tan frío conmigo, que te estoy esperando desde hace tiempo?, ¿te sucedió algo desagradable?, ¿no te sientes bien?, ¿quieres beber un sorbo de tu licor preferido?, siempre tuve a mano la botella para tu regreso...

—No necesito nada —logra decir finalmente el señor W. B.—. Solamente querría descansar un poco y reflexionar sobre lo que está sucediendo no lo puedo comprender. Déjame solo por un momento.

—Como quieras —responde dulcemente la mujer—. Voy a la cocina para vigilar que la cena esté a punto. Hice preparar los platos que más te agradan.

Estrecha su mano, le sonríe y sale del cuarto. El señor W. B., vestido como había llegado, se tiende en el lecho presintiendo que se aproxima una especie de vértigo. No logra darse cuenta de la inaudita aventura que le está sucediendo. En su aturdimiento no es capaz de hallar una explicación satisfactoria. ¿Qué había sucedido? Durante aquellos dos meses de ausencia, ¿se habría transformado él hasta el punto de no reconocer más a su amada esposa, o tal vez, aun cuando nadie se diera cuenta, su María se habría cambiado enteramente dejando de ser como antes era?; u otra hipótesis aún más absurda y pavorosa: ¿la verdadera María habría sido sacada de allí por la fuerza, quizás hasta asesinada, contando con la complicidad de la servidumbre, y otra mujer a la que nunca había visto pero que tal vez lo amaba, habría ocupado el puesto de la primera?

Todas estas suposiciones le parecieron igualmente infundadas, y procuró hacerlas desaparecer de su mente. Pero por más que hiciera trabajar a la fantasía no lograba hallar explicaciones más naturales y convincentes. El señor W. B. no era un romántico y no sentía simpatía ninguna por los relatos de Holffmann y de Poe. Finalmente prevaleció en él el buen sentido: decidió no hacer caso de nada y adaptarse, por lo menos en las apariencias, a aquella incomprensible situación. Aceptaría y recitaría su parte en la comedia, tratando a la desconocida como si fuera en verdad su María. Tal vez, pasando el tiempo y con una tenaz observación, llegaría a descubrir la verdad. Esta resolución calmó su excitación, pero no mitigó la intensidad de sus pensamientos. Cuando la falsa María entró otra vez en la habitación matrimonial, el señor W. B. se levantó del lecho y vio brillar una nueva esperanza: en la penumbra le pareció que era ella, la que había dejado al partir. Pero sólo por un brevísimo momento; luego era la desconocida, la intrusa.

Logró ser dueño de sí mismo y la tomó del brazo, comprobando con estupor

que aquel brazo, tibio a través de la tenue manga, le recordaba el de María, y tanto que casi sintió remordimiento. La nueva esposa se mostraba afectuosa, solícita, alegre, elegante, como la anterior. Ahora, la experiencia que pensaba hacer le parecía menos difícil, menos pavorosa. Bajaron juntos para ir a cenar...

Ahí concluye, y de un modo brusco, el escrito de Kafka, y no es posible imaginar el fin de tan enigmática situación, cosa que, por lo demás, está conforme al singular ingenio de ese escritor.

Aun cuando el cuento no estuviera completo, pagué con gusto las doscientas coronas pedidas por el librero.

Conversación 60 ANCIANOS Y NIÑOS

(DE LEÓN TOLSTOI)

Praga, 24 de octubre.

El profesor Fedor Kuzmanof, docente de lengua rusa en una escuela de Praga, me hizo la traducción literal de un cuento breve, inédito, de León Tolstoi, que había hallado entre los autógrafos de la colección Everett. Lo copio aquí:

Se cuenta que una vez el zar Alejandro, horrorizado ante la maldad de los hombres adultos y maduros que lo rodeaban, aprovechando de su poder quiso hacer una singular experiencia. Había observado que los malos instintos y las feas pasiones que reinan en las almas humanas son menos fuertes y prepotentes en las edades extremas: en la niñez y en la ancianidad. Los niños están todavía cerca de la inocencia primitiva, pues aún son débiles en ellos los estímulos de la lujuria y de la ambición; los viejos, perdida ya gran parte de sus fuerzas y habiendo adquirido con la experiencia el sentido de la vanidad definitiva de los frenesíes humanos, se hallan como purificados por la proximidad de la muerte, y al cabo de un largo y doloroso camino vuelven a la inocencia de su infancia. Cuando el hombre llega a la edad adulta se corrompe y se deprava, y permanece en ese estado desde la audacia de la juventud sensual y pendenciera hasta la decadencia de la madurez viciosa y ambiciosa. El hombre no es puro más que al comienzo y al fin de la vida; en la edad mediana, la más prolongada, todo es tinieblas y corrupción.

Inspirado Alejandro por este descubrimiento, ordenó que en una isla del Alar Negro, poblada hasta entonces sólo por árboles y pájaros, se levantara una ciudad de madera y de mármol: un centenar de casitas de sólo planta baja, diseminadas en medio de prados florecidos y de bosques jóvenes. Cuando las

moradas estuvieron listas hizo transportar a tan amena isla, acariciada y favorecida por un clima suave, a cien viejos y cien niños, seleccionados de un modo muy riguroso en todas las regiones del imperio; allí habrían de vivir juntamente en un mundo de paz y de alegría. Los niños no tenían más de doce años y los ancianos no menos de setenta. A cada anciano se asignaba un niño para que le acompañara y ayudara, y cada niño tenía como padre y maestro a un anciano. En aquella isla de seres inocentes el trabajo era desconocido. Todas las mañanas, por orden y cuenta del zar, tocaba la isla una nave cargada de pan, frutas y leche, a fin de que aquellos doscientos seres felices tuvieran alimento sano, apropiado a su edad. Los niños debían servir a los viejos, cuidar la limpieza de la casa común y preparar la comida. Los viejos, por su parte, debían enseñar a los niños las verdades de la fe, adiestrarlos en la sabiduría de la vida, preavertirles de las alternativas y malas costumbres de los adultos corrompidos en medio de los cuales habrían de pasar su existencia cuando fueran mayores. En la isla no había escuelas en el sentido habitual de la palabra; cada maestro tenía un solo discípulo, cada escolar tenía un único docente. La enseñanza se impartía en forma de conversaciones amables y familiares, se hacían por lo común al aire libre, a la sombra de un plátano, a la orilla cubierta de hierbas de algún torrente o sentados alumno y maestro en rústicos bancos de haya. Cuando el sol proyectaba sus últimos rayos sobre las olas del mar, todos aquellos seres de cabellos rizados o canosos debían volver a sus casas para comer una sobria cena y dormir el buen sueño de la noche.

Días y años felices pasaron los cien niños y los cien ancianos en aquella isla serena y soleada. Pero falleció inesperadamente el zar Alejandro, y su sucesor, a quien el padre siempre había prohibido ir a la isla bendita, quiso ir a visitarla. Como de costumbre, se hizo acompañar por varios dignatarios de la corte. Una vez recorrida la pequeña isla y después de interrogar a varios ancianos y niños, un ministro habló al nuevo emperador diciéndole:

La gran sabiduría de vuestro venerado padre hizo mucho en pro de la felicidad de estos niños y ancianos. Pero, si Vuestra Majestad me permite darle un consejo, aún hay mucho por hacer. Estas doscientas almas no cuentan con un sacerdote que celebre los divinos oficios, no tienen a nadie que pueda rehacer sus sandalias rotas y sus ropas deshechas; es cosa que va contra la naturaleza que tantos niños hayan de vivir sin la asistencia materna de alguna mujer. Quiera Vuestra Majestad impartir las órdenes necesarias para ello, y entonces la felicidad de estas inocentes criaturas será aún más perfecta.

El joven emperador, inexperto todavía en las cosas del mundo, secundó tan desacertado consejo. Fue a la isla un papa acompañado por su esposa, llegaron

varios artesanos: zapateros, sastres, carpinteros y albañiles, jóvenes criados y cocineras.

Al cabo de poco tiempo aquella plácida vida se cambió enteramente: se construyeron casas nuevas, se derribaron añosos árboles para fabricar muebles y para alimentar el fuego, los artesanos tuvieron pendencias y luchas entre sí a causa de las jóvenes criadas, éstas tentaron a los niños más crecidos y a los viejos más robustos, las conversaciones de antaño fueron perturbadas por las exclamaciones y las carcajadas de los nuevos moradores. Algunos viejos murieron por enfermedad o tristeza o se quitaron voluntariamente la vida; sus alumnos, abandonados, convivieron con los artesanos y aprendieron sus vicios. Al cabo de pocos años habían muerto todos los viejos y los niños habían llegado a la edad adulta, o sea, estaban corrompidos y eran malvados como lo son casi siempre los adultos.

De ese modo miserable concluyó el experimento del emperador Alejandro; a eso vino a parar, por la estupidez de falsos sabios, la inocente comunidad de ancianos y niños, la felicidad de la isla bienaventurada.

Conversación 61

LA HISTORIA UNIVERSAL A VUELO DE CUERVO

Jena, 2 de noviembre.

Me han dicho que en esta famosa universidad, en la que dictó cátedras de historia Federico Schiller, hay ahora un historiador de ingenio extraordinario, discípulo de Vollgraf y adversario de Toynbee, que arrastra a sus lecciones un auditorio numerosísimo compuesto en su mayoría por oyentes extraordinarios y por muy pocos estudiantes matriculados. También yo quise ir a escuchar sus clases.

El profesor Eselstein es un hombre macizo, elefantino, de rostro rubicundo y de cabellera rojiza. Habla con voz suave y sutil, lo que causa un contraste enorme con su corpulencia.

Comenzó afirmando que todas las divisiones actuales de la historia universal son tontas, superficiales y erróneas. Según Eselstein, la menos estúpida es la que se funda en el agua y divide la historia del género humano en tres edades: potámica, mediterránea y oceánica. Mas también esta división tiene un valor más espacial y geográfico que temporal e histórico, de modo que ha de ser rechazado lo mismo que las otras.

Afirma el profesor que la división de los períodos históricos se ha de hacer teniendo en cuenta el factor esencial, dominante y permanente de la historia que se ha desenvuelto hasta el presente. De acuerdo con su juicio es ahora claro que ese factor constante y determinante, tanto en las alternativas internas de cada nación como en las relaciones entre los pueblos, es el propósito de suprimir el mayor número posible de adversarios, en lo interno para asegurarse el poder, en lo exterior para apoderarse de nuevas tierras y riquezas. La guerra, antes que nada la guerra, la guerra por encima de todo, sea guerra civil o guerra de conquista: éste es el factor primigenio que debe tener muy en cuenta el verdadero historiador.

Pero las guerras no se hacen sin armas, y las victorias de los Estados y las

sucesivas hegemonías de las civilizaciones dependieron casi siempre del descubrimiento y del uso de las armas más perfeccionadas, o sea, más mortíferas.

Por lo tanto, la historia se divide en tantas épocas cuantas fueron las revoluciones en los armamentos, en los medios más aptos para el exterminio de seres vivientes.

La primera edad, o la prehistórica, se determina por las piedras con puntas y las redondeadas.

La segunda edad comienza con el uso de los metales que permitió el invento del hacha y de las espadas, instrumentos más manejables y mortíferos que las piedras. Pero la verdadera revolución se inició en la tercera época, en que se vio la aparición de la lanza y el arco. Con estas armas, y especialmente la segunda, concluyó el primitivo cuerpo a cuerpo entre los combatientes; con la flecha entró a jugar un gran principio que se ha ido afirmando cada vez más: la posibilidad de matar al enemigo estando a gran distancia.

La cuarta época, caracterizada por el descubrimiento del fuego griego y de las catapultas, implica otra revolución que ya hace presentir anticipadamente los tiempos modernos.

Pero la revolución decisiva y resolutiva se verificó en el siglo XV con el descubrimiento de la artillería, y es la que señala en verdad el comienzo de la edad moderna, mucho mejor que el descubrimiento de América o la reforma protestante. Desde el arcabuz a las ametralladoras, desde las modestas culebrinas a los cañones de largo alcance, desde las dum-dum a las potentes bombas incendiarias lanzadas por los aviones, hay un verdadero fervor de obras y progresos, hay toda una verdadera ascensión triunfal hacia el arte de matar en masa, arte protegido por una relativa seguridad del que mata, cada vez más alejado de sus víctimas.

Hoy en día, finalmente, hemos entrado ruidosísimamente en la época sexta, en la edad de la bomba atómica, la que ruede destruir a una ciudad entera con todos sus habitantes y sin peligro para el lanzador de la bomba: y mañana o pasado mañana, gracias al infatigable genio destructor del hombre, se podrá, aniquilar en pocos instantes toda la vida que haya en regiones vastísimas y pobladas. El profesor concluyó diciendo:

—Y no se ha dicho que la edad atómica haya de ser la última y la más

terrible. A pesar de las glorias efímeras de la civilización, el deseo fundamental del hombre es siempre el de matar el mayor número posible de hombres, del modo más seguro y en el menor espacio de tiempo. Y es así como ya los sabios, en el taciturno terror de sus gabinetes, están preparando los principios y los medios orientados a la creación de armas destinadas a hacer palidecer el fulgor actual de la bomba de hidrógeno.

»En este rápido recorrido por la historia universal hemos visto cómo se delineaba una ley cuya enunciación podría ser ésta: la destrucción de los enemigos debe hacerse con armas cada vez más terribles, en medidas siempre mayores, en espacios de tiempo cada vez más breves, a distancias más y más lejanas, aumentando cada vez más las probabilidades de impunidad. Esta ley, mis queridos oyentes, es la esencia y compendio de milenios de experiencia terrestre.

Las últimas palabras del profesor Eselstein fueron recibidas con un ruidoso aplauso. Por mi parte, confieso que no tuve voluntad ni fuerza para aplaudir, y salí de la universidad un poco más pensativo de lo que había entrado.

Conversación 62

VISITA A HITLER

(*O DE LA DICTADURA*)

Berlín, 10 de agosto.

La audiencia fijada en la Cancillería era para las diez de la noche, pero tuve que esperar más de una hora en un saloncito forrado de cuero, viéndome frente a frente con un dominante retrato de Federico II de Prusia. Me dijeron que a última hora el Führer había hecho reunir un consejo de generales. Finalmente, cuando me condujeron hasta su estudio experimenté la sorpresa de verme frente a un hombre que más parecía ser un bonachón policía vestido de civil que el dictador de un imperio. El famoso mechón que lucía sobre la frente no alcanzaba a darle un aspecto romántico ni belicoso. Me miró fijamente y en silencio por un instante, y luego dijo así:

—Sé todo acerca de usted, y como no es ni diplomático, ni periodista, ni sacerdote, puedo hablarle sin perífrasis ni omisiones, con la antigua franqueza germánica. Usted ha venido aquí inducido por la curiosidad de ver cara a cara a un déspota de nuevo cuño, y por conocer el secreto de su poder. Quiero satisfacer su curiosidad en seguida, sin perder tiempo en preámbulos hipócritas.

»Yo soy un hombre del pueblo, y conozco mejor que los señores y los politiqueros cuáles son los humores y rencores del pueblo. En los Estados modernos el pecado dominante es la envidia, ya sea de un Estado respecto a otro, ya de las clases entre sí dentro de cada país. En las democracias, y a causa de la multiplicidad de cuerpos legislativos, de consejos y comisiones, los que mandan son demasiados, y sin embargo son demasiado pocos. La masa que se ve excluida, por eso mismo se siente atormentada por celos y envidias continuos. Si la suma del

poder se concentra en manos de un solo hombre, entonces las envidias se atenúan y casi desaparecen. El campesino, el obrero, el empleado inferior, el comerciante modesto, todos ellos saben que deben obedecer, pero saben también que incluso sus amos de ayer, banqueros, políticos, demagogos, nobles, están sometidos lo mismo que ellos a ese poder único. La dictadura restablece una cierta justicia de igualdad y aminora las torturas y sufrimientos causados por la envidia. Esto explica la fortuna de que gozan los jefes absolutos de nuestros tiempos y el favor rayano en adoración que les dispensan los países más diversos entre sí.

Dicho esto calló por breves instantes y en sus labios se dibujó un gesto apenas perceptible que parecía ser un intento de sonrisa; luego, hablando en voz más elevada, continuó así:

—Como bien sabe usted, nuestros teólogos afirman que, en lo referente a las religiones, el paso del politeísmo al monoteísmo es un progreso admirable.

»Pero los teólogos de los “principios inmortales” consideran que un paso similar, en política, constituye un error y una vergüenza.

»Si tuviera que revelar el fondo de mi pensamiento político, diría que para mí el régimen ideal sería la libertad perfecta de todos, o sea la anarquía. Mas para que la anarquía fuera posible se precisaría una transformación radical de la naturaleza humana. La sociedad ideal debería estar formada por un pueblo de gentilhombres, de caballeros inteligentes, guiados por algún santo genial. Pero bien sabe usted que la honradez, la bondad y la inteligencia son muy raras y muy frágiles en todos los pueblos y en todos los tiempos. Sabe usted también que los santos escasean, y que aun cuando los hubiera, difícilmente se dedicarían al gobierno de los pueblos; siempre prefirieron practicar el renunciamiento en la tierra a fin de lograr la felicidad en el cielo.

»Si el género humano hubiera sido transformado profundamente, no habría necesidad de gobernantes y mucho menos de amos de mi especie. Pero la sabiduría y la virtud de los sabios antiguos no logró cambiar a los hombres y al cabo de casi dos milenios tampoco pudo hacerlo el Cristianismo. Si los filósofos, sabios, educadores, apóstoles y sacerdotes, hubieran hecho de los brutos seres humanos otros tantos seres amables o por lo menos razonables, no habría necesidad de monarcas, presidentes, magistrados, y mucho menos de tiranos.

»Los hombres han continuado siendo egoístas y feroces. Para domar a fieras tales se precisa la magia verbal del encantador y, más que nada, el látigo del

domador. Las tribus humanas no se rigen con razonamientos ni afectos. Se precisa excitar la fantasía e inspirar temor, como lo enseña tanto la historia antigua como la moderna. El animal-hombre únicamente transige si se apela a su pasión de ser rapaz y se le amenaza con privarle de la libertad y la vida. No es culpa mía que la materia prima esencial de la política sea de tan baja calidad. El triunfo de los dictadores es consecuencia de tres fracasos: de la filosofía, de la religión, del capitalismo democrático, con sus ficciones, sus espejismos, sus envidias. Los filósofos, sacerdotes y parlamentarios condenan con gestos de horror a la dictadura, pero no se dan cuenta de que ellos precisamente son los principales responsables de lo que llaman tiranía. Si hubieran sido más capaces, más poderosos y más afortunados, yo no ocuparía este lugar.

»Y ya que le hablo en confianza y puedo decir a un extranjero lo que no diría a ninguno de mis compatriotas, le haré saber que me sentiría feliz si no me viera obligado a ejercer el durísimo arte de la dictadura. Como todo lo que deseamos, el poder parece ser mucho más hermoso cuando todavía no lo poseemos. Le aseguro a usted que pensar, querer, decidir, hablar con tantos millones de servidores mudos, es un horrible y fatigoso trabajo. Esto sin contar la ambición de los compañeros de antaño, la imbecilidad de los ejecutores, la hipocresía de los amigos, la malicia de los enemigos y todos los demás peligros que trae consigo la concentración del poder en los autócratas. Le aseguro que estoy cansado, disgustado y hasta arrepentido. Hay en mi vida horas de tan insoportable angustia, que he sentido, cosa que me avergüenza, la vil tentación del suicidio. Los que me juzgan se equivocan, los que me odian son injustos, pero los que me envidian son los más insensatos de todos los idiotas. Mi infelicidad es tan grande que un día u otro provocaré una guerra, más terrible que la anterior, a fin de salir de la caverna de mi secreta miseria. Si venzo en esa guerra seré emperador de la tierra, o sea, algo mejor que un simple dictador local; si la pierdo, seré muerto, es decir, me veré liberado del angustioso peso del mando.

»Para corresponder a mi franqueza le ruego que no repita ni una sílaba de lo que le he dicho, antes de mi muerte. Si me traiciona, mi venganza sabrá alcanzarle en cualquier rincón del mundo. Puede irse. No le digo hasta que nos volvamos a ver, porque cuento con que mañana abandonará usted Berlín para siempre.

Me quedé estupefacto y atontado con todo lo que me había dicho aquel hombre y apenas tuve fuerzas para levantarme y saludar. En la antecámara me aguardaba un oficial, quien quiso acompañarme hasta la puerta de mi cuarto en el hotel.

Conversación 63

LA SUBLEVACIÓN DE LOS DIOSES

(DE GOETHE)

Weimar, 6 de abril.

Pagando una suma enorme logré fotografiar en el archivo secreto de la casa de Goethe las hojas de apuntes de una obra incompleta escrita por el poeta del *Fausto*, obra a la que los herederos, ignoro por qué razón, han querido tener oculta y que jamás fue impresa.

Hice transcribir y traducir para mí esas desconocidas cuartillas, tituladas *La sublevación de los Dioses*, y que datan del año 1810. El viejo pagano, que comprendió poco o nada el Cristianismo, imagina que los caídos dioses de las religiones antiguas no están muertos, sino que viven en una especie de Olimpo que dista igualmente del infierno y del cielo. Númenes derribados, lo han perdido todo: honores y culto, pero no han perdido la existencia. Viven en una especie de melancólico apartamiento, algo similar a los Ades de los griegos, piensan y discurren entre sí recordando con resignada nostalgia las glorias y gestos de los tiempos idos.

El venerable Zeus sostiene aún en su cansada mano los rayos apagados; Juno se ha convertido en una harpía enfermiza; la belleza de Venus se ha marchitado; Apolo ya perdió su nimbo solar; Minerva, triste y llena de achaques, se parece más y más a su mochuelo; Marte se muestra flojo y lento como un guerrero veterano reblandecido por la vida sedentaria; Neptuno, expulsado ya del océano, se parece a un monstruo marino abandonado e inerte en la playa.

«Los esplendorosos dioses de Grecia —escribe Goethe— parecen ser una tropa de sórdidos mendigos a los que se ha desprovisto hasta la de la esperanza de obtener limosnas. Incluso las nueve Musas parecen decrepitas y trasquiladas ovejas que se apretujan para atenuar la frialdad de la vejez».

Solamente Dionisio, dios de la ebriedad y de la resurrección, conserva algún reflejo de las antiguas fuerzas. ¿No será acaso similar al nuevo Dios victorioso, que amó como él el fruto de la vid y resucitó de la muerte? Y un buen día Dionisio se apresta a sacudir del torpor a sus compañeros, los reúne en asamblea y con verbo alado les reprocha y anima:

«¿Fue en verdad justa nuestra condena? Han pasado ya dieciséis siglos desde que se abatieron nuestros santuarios y se echaron por tierra nuestras estatuas, pero ¿acaso los hombres llegaron a ser más virtuosos y felices? ¿No éramos nosotros más benignos para con la mísera vida de los mortales? Zeus, el padre supremo, era llamado también Soter, el liberador; Heracles redimía a los hombres del terror de los monstruos; Prometeo les proporcionó los inestimables bienes de la civilización; Orfeo dominaba a las fieras y consolaba a la tierra con su canto. Después de nuestra derrota y abatimiento, ¿cuál ha sido la suerte de los hombres? Han llorado y orado ante la imagen de un Dios ensangrentado y traspasado por la lanza, han invocado a su llorosa Madre sufriente, han martirizado sus carnes y se han cubierto la cabeza de cenizas. Pero a pesar de todo no son menos malvados que antes y según parece son aún más infelices. El pálido Galileo, a pesar de su amor y de su sacrificio, no logró hacer que los hombres fueran más perfectos. Todavía hoy, al cabo de tantos siglos, los hombres odian y sufren, se traicionan y matan, se dejan vencer por las tentaciones y pasiones.

»¿No será llegada ya la hora de liberarlos otra vez?, ¿no es deber nuestro sublevarnos con la injusta condena que nos envilece en la impotencia? Si aún queda en vuestra alma algún tenue resplandor de vuestra divinidad, ¡os llamo a la sublevación y a la redención!

El discurso del dios ebrio causó efectos varios: los Semidioses, los Héroes, los Sátiro y los Faunos, rodearon a Dionisio gritando que lo seguirían, que estaban dispuestos a la lucha. Pero los Dioses mayores permanecieron indiferentes y silenciosos. Dionisio, airado ante esa actitud, los apostrofó con palabras punzantes. Entonces la sabia Atena se puso de pie, y habló diciendo:

—Al cabo de tantos siglos aún tu cabeza está ofuscada por los vapores del vino. Si los hombres nos abandonaron y renegaron de nosotros, ello fue señal clara

de que no estaban satisfechos de nosotros. Y en caso de que su traición para con nosotros hubiera sido, de su parte, error y culpa, entonces es perfectamente justo que purguen esa culpa con el acrecentamiento de su angustia. He dicho.

Después de Minerva habló el venerable Zeus, padre de los dioses y de los hombres, diciendo así:

—Tus palabras, Dionisio, son las propias de un tonto que jamás supo aprender nada del dolor. Si recordaras los ejemplos que brindamos a los hombres, no te sentirías agitado ahora por alocados pensamientos de hallar otra oportunidad para vencer. No siento ningún rencor contra el Dios crucificado. Supo Él ser puro para enseñar la pureza, supo ser amante para enseñar el amor, supo sufrir para enseñar la resurrección. Los hombres precisaban un Dios que en realidad estuviera por encima de la humanidad, y nosotros fuimos humanos, demasiado humanos y hasta celosos de la felicidad humana. Así, pues, sabe que...

Ahí concluye el texto inédito de Goethe, y nadie podrá adivinar jamás cuál fue el final de la singular Sublevación de los Dioses.

Conversación 64

VIDA IGUAL A MUERTE

(*DE KIERKEGAARD*)

Copenhague, 6 de enero.

Entre los manuscritos inéditos de la colección Everett hallé una libreta con apuntes desordenados, escritos en lengua dinamarquesa; lo traje aquí a Copenhague a fin de que me los tradujeran.

El joven profesor Olaf Rasmussen, después de examinar el cuadernillo me dijo que se trata de pensamientos inéditos de un valor inestimable, pues ha reconocido la escritura del famoso Sóren Kierkegaard, primer patriarca del existencialismo.

Según parece, Kierkegaard tenía la intención de escribir, antes de morir, una obra nueva, y tal vez esos apuntes en mi poder son la prueba última de su pensamiento. El profesor Rasmussen fotografió una a una todas las páginas de la libreta e hizo para mí una diligente traducción del contenido.

El libro del malhadado filósofo hubiera tenido por título *Vida igual a muerte*, y su comienzo era el siguiente:

Platón escribió que la filosofía es una preparación para la muerte. Pero debió haber dicho que la vida misma, en su conjunto, no es otra cosa que la preparación y actuación progresiva de la muerte. Lo que llamamos vida es la agonía, más o menos prolongada, entre la salida de la Nada y el regreso a la Nada. Entiendo la Nada en el sentido material y humano. En verdad, la fe nos asegura que su verdadero nombre es Dios, pero no se cambia la sustancia de las cosas, porque la

existencia en el abismo divino, antes y después de nuestra fugaz aparición terrena, continúa siendo para la mente humana un misterio, o sea, en definitiva, similar a la Nada.

Al nacer se comienza a morir. Según los físicos y los médicos, cada día se anula alguna partecita de nosotros. Por lo tanto, la vida no es resistencia contra la muerte, como alguno podría pensarla, sino una cotidiana aceptación de la misma, o sea, no otra cosa que una forma de la muerte....

Cuando el místico dice que es necesario morir al mundo no hace más que repetir lo que en realidad nos sucede a todos y todos los días. El vivir no es más que un continuo renunciar, una pérdida perpetua, una anulación jamás interrumpida».

El asceta, el místico y el santo no hacen más que esforzarse por abreviar los tiempos, por acelerar esa disolución universal de los vivientes.

* * *

Dios condenó al hombre a una sepultura diaria en el sueño, para recordarle esta verdad saludable y fundamental: no hay diversidad sustancial entre la vida y la muerte.

* * *

Quizá Dios creó a Eva durante el sueño, facsímil de la muerte de Adán, para enseñarnos que la vida no puede proceder sino de la muerte.

* * *

En el Breviario Romano hay un texto que dice así: *Media vita in morte sumos*. La diferencia profunda entre los hombres es solamente ésta: que los muertos se burlan de estar vivos, mientras que algunos vivos saben con certeza que están muertos en cuanto están *nel mezzo del cammin di nostra vita*.

* * *

Lo que muchos consideran ser propiedades de la vida, amor, creación, felicidad, para los ojos del filósofo y del cristiano se demuestra ser completamente imposible. El amor, que debería ser ensimismamiento, no es más que el sueño de dos egoísmos solitarios; la creación, incluso en los genios más poderosos, es tan sólo una final confesión de impotencia; la felicidad no existe sino como ilusión relativa del pasado o como ilusión que se ubica en el futuro. Por lo tanto, la vida no existe en realidad, por esto existe solamente su opuesto: la muerte.

* * *

Mi agonía a la que, víctima también yo del error común, frecuentemente denominé vida, está por concluir. Pero, si en la vida no hallamos otra cosa que muerte, lícito es suponer que el estado denominado por nosotros muerte, por retorsión o devolución dialéctica será la vida, aquella vida verdadera, que anhelamos inútilmente en la prolongada agonía de la tierra.

* * *

Cristo fue condenado a muerte ya desde su nacimiento (la matanza de los inocentes en Belén) para significar el fin último y supremo de su venida al mundo: ser muerto. Entre esas dos condenas a muerte, la de Herodes y la de Caifás, adquiere consistencia y significado la «vida» de Jesús. Es el Muerto por excelencia, y por esto es el Único que tiene poder para resucitar a los demás y a Sí mismo.

* * *

Las palabras de Cristo: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos», son incomprensibles si no se acepta la identidad entre la Vida y la Muerte. ¿Cómo podrían los muertos, en el sentido vulgar de la palabra, cavar fosas y depositar los cadáveres? Simplemente, Cristo quiere significar que tanto los sepultureros como los difuntos pueden ser denominados con un mismo nombre, dado que están en

una misma condición: muertos.

* * *

Los muertos están todavía vivos, tal fue el gran descubrimiento de los primitivos. Los vivos están muertos; tal fue el descubrimiento de la moderna filosofía existencialista.

* * *

En este lecho en el que me hallo tendido, ¡oh Señor!, no concluyo de vivir, sino que concluyo de morir. La Resurrección no tendría sentido...

Con estas palabras truncadas llegan a su término los pensamientos de Kierkegaard.

El resto de las páginas del cuadernillo, la mayoría, han quedado en blanco.

Conversación 65 EL NEOCOSMOS

Turku, 10 de julio.

En Turku, ciudad más conocida con el nombre sueco de Abo, hay una gran universidad, y según se dice enseñan en ella profesores excelentes. El cónsul norteamericano me propuso hacerme conocer al más original de esos profesores y, con esta finalidad, le invitó a comer.

El profesor Murmienni es un hombre de estatura mediana, andará por los sesenta años, está bien constituido y se conserva robusto; tiene una cabeza de cónsul romano en la que brillan dos ojos de vikingo. Ocupa la cátedra de Problemática General, ciencia enteramente nueva, según me lo dijo él mismo, y que se enseña únicamente en la universidad de Turku.

Al principio se mostró reservado y hasta demasiado taciturno, pero al final de la comida, después de beber vinos y licores de todas clases, comenzó a hablar con una desenvoltura que no hubiera esperado de él pocos minutos antes:

—Usted quiere saber en qué consiste la ciencia que yo profeso. Le puedo decir que es la doctrina de lo deseable contrapuesta al conocimiento de lo inevitable, pero para mayor claridad, prefiero brindarle sucintamente una muestra de mis enseñanzas.

»Todos aceptan el universo como es, con sus limitaciones, sus lagunas, sus cosas mal hechas, y los más, ya sea por inercia o por resignación, lo consideran el mejor de los universos posibles. La Problemática, en cambio, no se contenta con esa indiscriminada aceptación. Yo me he planteado este problema: ¿es nuestro universo racional y perfecto en todas sus partes?, ¿es posible imaginar y concebir un universo mucho mejor que éste en el que estamos obligados a vivir?

»Ese problema fue apenas esbozado o entrevisto, en plena Edad Media, por aquel docto Rey de Castilla, renombrado precisamente con el nombre de Alfonso el

Sabio. Un día tuvo la temeridad de exclamar, que si Dios le hubiera pedido consejo en el momento de la creación, el mundo hubiera sido bastante más digno de admiración.

»Aquel sabio rey no estaba equivocado. Mirad, por ejemplo, nuestro planeta, con sus montañas demasiado altas que presentan solamente abismos y ventisqueros, con sus inmensos desiertos estériles e inhabitables, con sus insoportables desequilibrios en la temperatura, tanto que nuestros pobres lapones no conocen más que dos meses de pálida primavera mientras los negros ecuatoriales viven en medio de un horrible horno desde el primero hasta el último día del año. Todo es irregular e irracional en este pequeño globo terráqueo: las tierras emergidas, las únicas donde podemos vivir, constituyen apenas una tercera parte de la superficie; tenemos que soportar un largo y oscuro invierno para ser quemados más tarde por los feroces veranos; durante algunos meses y en determinadas tierras las noches son eternas y frías, los días brevísimos y gélidos; algunos países, como el nuestro, están saturados de ríos y lagos, mientras que otros aguardan sedientos un poco de agua del cielo después de pasar estaciones enteras azotados por la sequía. Pienso que, con una variación alternada de la eclíptica, hubiera sido mejor hacer reinar siempre una suave primavera, con perenne abundancia de flores y frutos, y hacer que las noches, si era preciso que hubiera noches, fueran siempre más breves que los días.

»El hombre, por ejemplo, está condenado a consumir un tercio de su existencia en la inoperante inconsciencia del sueño. ¿Por qué no haberlo constituido de modo que sus energías naturales se renovaran continuamente sin necesidad de recurrir a una humillante semimuerte cotidiana?

»Si observa un momento el cuerpo humano verá que tiene una complejidad tan espantosa de órganos y funciones, que la salud es un verdadero milagro y, como los milagros, es algo rarísimo. Piense en la multiplicidad de vísceras y glándulas, en la red inextricable de venas, arterias, vasos, canalículos, en el continuo trabajo de los humores y secreciones, en sus delicadas y complicadas relaciones a fin de que se pueda eliminar la bilis y la urea, el hidrógeno de los pulmones y la materia de los intestinos, a fin de que la irrigación sanguínea sea total y regular, de que las corrientes nerviosas lleguen a los músculos más lejanos, de que el cerebro pueda percibir, imaginar, recordar, conectar. En cada cuerpo humano hay centenares de mecanismos, millares de ramificaciones, millones de choques y acuerdos, cuadrillones de células que cada día mueren y se renuevan.

»La complejidad de nuestra máquina corpórea es tan peligrosa y maligna

que algunos gnósticos pensaron que el hombre fue obra de algún demiurgo satánico y no obra del verdadero Dios. Se pregunta la Problemática: ¿no era acaso posible crear un cuerpo más simple, más racional, menos sujeto a los desgastes y averías?

»La mente humana se propone siempre lograr el efecto máximo con el esfuerzo mínimo. Por el contrario, en nuestro organismo vemos efectos no por cierto admirables: piense en la eliminación diaria de los desechos y en las innumerables enfermedades, efectos obtenidos con un esfuerzo y una aparatosidad de medios en verdad sorprendentes.

»Y no hablo del increíble dispendio de formas y especies, en su mayor parte inútiles e infelices, que vemos en el reino vegetal y en el animal. Hay miles y miles de criaturas vivientes, frecuentemente hórridas y estúpidas, que no tienen otro objetivo visible más que matarse y devorarse mutuamente.

»Podría añadir otros muchos argumentos y hechos a esta crítica apenas esbozada de nuestro incómodo y absurdo universo, pero no me es posible repetir en la mesa todo el curso desarrollado este año en la universidad.

»Solamente le diré que la Problemática General no se agota en una requisitoria negativa. Mi programa consiste en la construcción ideal de lo que yo llamo Neocosmos, o sea un universo más ordenado, más lógico, más amable y deseable que éste en el que, por desgracia, nos hallamos, pero requeriría demasiado tiempo esa exposición descriptiva de mi Neocosmos, aun cuando sólo la hiciera a grandes rasgos. Quedará para otra oportunidad, si alguna noche acepta sentarse a cenar en mi modesta mesa.

Agradecí al profesor Murmienni la lección dada y la invitación, pero desgraciadamente debo partir de Turku dentro de dos días, y creo que jamás sabré en qué consiste el Neocosmos ideado por la Problemática General.

Conversación 66

LA CONVERSIÓN DEL PAPA

(DE ROBERTO BROWNING)

Dakar, 6 de abril.

Ninguno de los autógrafos inéditos que se hallan en la colección Everett, ahora propiedad mía, me invita más frecuentemente a una nueva lectura que el poemita de Roberto Browning. Fue Browning menos célebre que Cervantes y que Goethe, también de éstos tengo manuscritos en mi caja fuerte portátil, pero me doy cuenta de que estoy más próximo a él que a los otros.

Se trata de uno de los imaginarios soliloquios que figuran entre los más felices inventos del poeta, y me asombra que jamás lo haya publicado. Su título es extraño: *La Conversión del Papa*. Creo que es una idea genial.

En el poema habla el hijo único de un ignoto hereje bohemio de la Edad Media, hereje a quien Browning llama Jan Krepuzio; por haber profesado públicamente algunas teorías blasfemias sobre los motivos de la Redención, la Inquisición lo hizo apresar, torturar y finalmente fue quemado vivo en una plaza de Praga.

Su hijo, el niño Aureliano, fue escondido en Alemania por algunos parientes lejanos, pero jamás pudo olvidar el fuego que había consumido a su padre. Una vez adulto y libre decidió vengarse de la Iglesia de Roma, empleando un nuevo sistema de venganza jamás ideado por otro.

Con nombre fingido se fue a un convento de Milán, y solicitó ser recibido como hermano lego. Su obediencia y bondad le valieron el premio deseado: se le

recibió entre los novicios. Su celo por la vida monástica y por la Sagrada Teología pareció ser tan ardoroso y sincero, que al cabo de sólo tres años fue ordenado sacerdote. Obtuvo entonces ser enviado a predicar la verdad católica a países de infieles y cismáticos, y con su palabra y ejemplo logró convertir a ciudades enteras. Fue encarcelado por los enemigos de la verdadera fe, pero pudo huir de entre sus manos, y hasta se dijo que lo logró con la ayuda de un ángel.

Su nombre llegó a oídos del Pontífice reinante, que lo llamó a Italia y le confirió un obispado. También como obispo y en breve tiempo, llegó a ser famoso en los pueblos. La austeridad de sus costumbres en medio de un clero corrompido, la victoriosa elocuencia de su palabra, la perfecta ortodoxia de sus enseñanzas teológicas, todo hizo de él uno de los prelados más ejemplares e ilustres de su siglo.

Pero esto no le bastaba, precisaba obtener otros honores y dignidades para consumar la venganza premeditada. En sus vigilias jamás olvidaba la hoguera en la que habían hecho arder a su padre, según él injustamente. Debía vengarlo en forma diabólica y clamorosa, precisamente en la capital de la Cristiandad, en Roma, en San Pedro. La palidez de su demacrado rostro era atribuida al ascetismo de su vida, pero en realidad no era más que el reflejo de su prolongado rencor, era el efecto de una fatigosa y perpetua simulación.

Murió el anciano Papa y se eligió a otro que había conocido y admirado a Aureliano, y en el primer consistorio lo creó cardenal. Aureliano ya se veía próximo a la meta, y su ardor apostólico en pro de la Iglesia se acrecentó más y más. Fue Legado Pontificio, Doctor en un Concilio y Cardenal de Curia; en todo ello demostró ser un infatigable defensor de los dogmas y de los derechos de la Iglesia Romana. Ya casi era anciano, pero el alucinante pensamiento de la venganza no lo dejaba ni de día ni de noche.

También fue alcanzado por la muerte el Papa protector suyo, y en el cónclave subsiguiente Aureliano fue elegido Vicario de Cristo, obteniendo la unanimidad de los sufragios. Aun entonces supo ocultar su inmenso gozo bajo la máscara de una tranquila humildad. Ya estaba próximo el gran día por él esperado y deseado secretamente durante dolorosos años de forzada comedia. Había sido elegido a comienzos de diciembre; entonces anunció al Sacro Colegio y a la Corte del Vaticano que la ceremonia de su coronación se realizaría la noche misma de Navidad. Desde muchísimo tiempo antes había planeado y soñado la inaudita escena: después del Pontifical, después de haberse realizado todos los ritos de la coronación, dueño ya de los privilegios y de las prerrogativas del Supremo

Magisterio como cabeza infalible de la Iglesia Docente, entonces se pondría de pie para hablar al clero y al pueblo, y en el silencio solemne de la máxima basílica pronunciaría finalmente las tremendas palabras que vengarían para siempre al padre inocente. Diría que Cristo no era Dios, que había sido un pobre bastardo, un pobre poeta iluso víctima de su ingenuidad, y finalmente, aquí haría resonar su voz como un desafío satánico, finalmente, con el sello de su autoridad proclamaría que Dios jamás había muerto porque jamás había existido.

¿Cuál habría sido el efecto causado por tan espantosas blasfemias, brotadas de los labios de un Pontífice Romano? Tal vez, después del primer momento de estupor ¿lo habrían reducido, gritando que era un loco? ¿Lo habrían hecho pedazos sobre la tumba de San Pedro? No se preocupaba mucho por ello; la voluptuosidad brindada por tan estupenda venganza jamás tendría un precio demasiado elevado.

Llegó la vigilia de Navidad y anocheció. Todas las campanas de Roma tañían a fiesta, ríos humanos de nobles y plebeyos marchaban a la Plaza de San Pedro, llenaban el gran templo que parecía ser una inmensa cavidad luminosa, para poder asistir a la fastuosa ceremonia que celebraba simultáneamente el Nacimiento de Dios y la coronación de su Vicario en la tierra.

Desde una sala de su palacio Aureliano miraba y escuchaba. Veía aquellas multitudes de fieles gozosos y confiados, oía sus cánticos de Navidad, sus laudos, sus himnos, y en todos ellos se transparentaba una sencilla pero infinita esperanza en el Divino Infante, en el Salvador del mundo, en el Consuelo de los pobres, de los perseguidos y llorosos.

Y en aquel instante, en aquella sala donde el nuevo Papa se había encerrado, solo, para concentrar sus pensamientos y sus fuerzas, sucedió algo que jamás fue conocido por otros, se realizó el inesperado y providencial milagro: el pensamiento de toda aquella pobre gente que corría hacia él, que creía en él porque había creído en sus palabras, ese pensamiento lo burló, lo conmovió, lo sacudió y arrastró consigo. Experimentó un escalofrío, se sintió agitado por un temblor, le pareció que una luz jamás vista invadía la gruta oscura de su alma. Repentinamente se sintió inundado y vencido por una dulzura aniquiladora jamás experimentada en su larga vida, por una ternura infinita hacia todas aquellas almas simples, infelices y sin embargo felices, que creían en Cristo y en su Vicario, y súbitamente, el nudo negro y gravoso de la anhelada venganza se deshizo, se cortó, se disolvió en un llanto continuo, desesperado, que le quemaba los ojos y el corazón, que consumía su interior más que una llama viva. El nuevo Papa se postró sobre el mármol del

pavimento, y oró de rodillas, oró por vez primera con abandono total del alma, con toda la sinceridad de la pasión, como nunca había orado en toda su vida. El viento impetuoso de la Gracia lo había derribado y vencido en el último instante. Hasta el mismo dolor del remordimiento por su infame pasado de fingimiento, de engaño y duplicidad, le parecía un consuelo inmerecido, un consuelo divino. Aquel dolor quemante lo podría acompañar hasta la muerte, pero purificándolo, salvándolo de la segunda muerte.

Cuando los ayudantes y acólitos penetraron en la sala precedidos por el Cardenal Decano, hallaron al nuevo Papa arrodillado, hecho un mar de lágrimas, y se sintieron grandemente edificados. Concluido el solemne rito de la coronación, el Pontífice quiso hablar al pueblo. Habló de Cristo y de su nacimiento en Belén, habló de la Madre Virgen, de los ángeles y los pastores, y lo hizo con tal calor de afecto que todos los oyentes, hasta los viejos cardenales apergaminados en su púrpura, lloraron como hijos que finalmente encuentran al padre a quien creían perdido. Y muchas mujeres, al salir de la Basílica iluminada a la oscuridad de la ciudad, afirmaron que al cabo de siglos un verdadero santo había ascendido a la Cátedra de San Pedro.

Conversación 67

VISITA A HUXLEY

(*O LA MUERTE DEL INDIVIDUO*)

Londres, 7 de enero.

La bondad y la tenacidad de un amigo lograron satisfacer mi viejo deseo de interrogar a Aldous Huxley sobre el porvenir del hombre.

Huxley, descendiente de una dinastía de sabios, es un novelista que piensa, o sea, un novelista nada común; sentía admiración por él desde que leyera *Point Counter Point* y *Jesting Pilate*.

Me recibió en su Club, porque esa misma noche tenía que salir de Londres. Es un hombre cortés, no es viejo, gran trabajador a pesar de su vista ya debilitada. Le hice la pregunta por la que más interés sentía.

—¿Cuál será la condición futura del hombre? —Huxley me miró esbozando una maliciosa sonrisa de complicidad, y respondió:

—Es el problema que hoy ocupa mi mente más que todos los otros. Le haré conocer mis últimas previsiones deseando que resulten vanas y falaces.

»Lo que se llama ahora “edad atómica” es, a mi parecer, la crisis del paso del estado anárquico de la inteligencia humana al estado celular y gregario al que probablemente estamos destinados. Nos hemos acostumbrado a admirar los progresos intelectuales realizados por nuestra especie desde la edad cuaternaria hasta el siglo vigésimo: artes, ciencias, pensamiento, y demás progresos. Pero ésa lozanía del espíritu humano quizá no sea más que un lujo infantil, una juvenil explosión de la raza humana, y que ha puesto en peligro hasta nuestra existencia

—como podemos verlo claramente hoy en día— y que el instinto de conservación hará cesar para dar lugar a una forma de vida enteramente diversa.

»La inteligencia, que en su origen fue para el hombre un arma de defensa contra los peligros y amenazas de la naturaleza, desde hace unos veinte o treinta siglos se dedicó a trabajar por su cuenta, caprichosa y alocadamente, siguiendo dos orientaciones: la fantasía y el raciocinio. Todos los mitos, los inventos, las metafísicas, las artes, las utopías políticas y sociales, han procedido de ese doble juego de la libre actividad mental. Han proporcionado al hombre alegrías, diversiones, alivios momentáneos, entusiasmos y voluptuosidades, pero al cabo de treinta siglos de experiencia los resultados finales son pavorosos y desastrosos. El hombre ha creado mundos imaginarios, ha construido edificios frágiles, se ha entregado a encantamientos debilitantes, se ha enviciado con estupefacientes espirituales nocivos, ha intentado evasiones que concluían por duplicar su esclavitud. Dicho colapso comenzó a manifestarse en el ochocientos. El romanticismo, el individualismo, el anarquismo, el esteticismo, el satanismo, todo ello precedió, mediante la disgregación de la sociedad, de la familia y del alma, a la disgregación del átomo operada por los físicos. La inquietud moral, la alineación progresiva, el pesimismo radical, la inestabilidad social, la ruptura con las tradiciones y la decadencia de las religiones, todo esto condujo a los hombres civilizados de nuestro tiempo a la amargura, al descontento, a la rebelión, al terror, a la manía del suicidio, a la previsión de un exterminio total de la especie humana.

»Pero el hombre, al igual que el resto de los animales, posee todavía el instinto de conservación y ha corrido al refugio. Hay dos fenómenos bastante recientes que representan el muro de contención contra el desastre y son señales premonitorias del próximo vuelco de nuestra vida; son de orden diverso pero concomitante: la sustitución de la máquina por el esfuerzo humano y la de los regímenes totalitarios en lugar de los sistemas liberales y democráticos.

»El hombre se está convirtiendo en siervo y súculo de las máquinas; los pueblos se están transformando en masas anónimas, movidas y niveladas por un poder central autoritario y sin “control”.

»Las tentativas de las dictaduras de nuestro siglo parecen haber fracasado, por lo menos parcialmente. Pero su frecuente aparición y multiplicación es un hecho histórico indestructible y que no se agota. Lenin, Mussolini, Hitler, Pilsudski, Franco, Antonescu, Stalin, todos ellos pueden ser para los últimos fieles de la libertad, seres odiosos y odiados, pero sin duda alguna son los portaestandartes de un sistema social que, para evitar los errores, las demoras, los

desórdenes, las dilapidaciones y los peligros de la edad parlamentaria, concluirá por reducir las naciones del mundo a hormigueros y colmenas.

»Sin saberlo tiende a la misma finalidad la imposición de los medios mecánicos en todas las actividades del hombre, hasta en las mentales. El triunfo de la Cibernetica, que ya se prevé como inminente, acabará con los últimos vestigios de la iniciativa humana. En las grandes fábricas norteamericanas, que sirven de modelo para el resto del mundo, el hombre ya no es más que un adminículo de la máquina, aun cuando sea de carne, y forma parte de la gran máquina sin nada humana que algún día hasta prescindirá de él.

»O sea: el hombre se está convirtiendo en una simple célula del Leviatán político y en un simple engranaje del inmenso monstruo de la máquina omnipresente y omnifactora. Presenciamos hoy un hecho que cien años antes hubiera parecido increíble: la supresión y la muerte del individuo.

»El desencadenamiento del individuo ha llevado a la locura, al dolor, al desorden, a las guerras, al peligro del hambre y la muerte. El hombre, con tal de tener seguridad acerca de su alimento y de su paz está dispuesto a renunciar a todas las prerrogativas de la libertad, del genio, de la creación, del riesgo. El hombre, que hasta ahora había sido un joven movedizo e independiente, con todos los grillos e impetuosidades de la juventud, está pasando a la edad madura, a la edad de la renuncia, del orden, de la calma, del conformismo. Éramos aves libres en el espacio, fieras independientes en la selva, pero ya se ha visto que no era posible continuar así, resultaba demasiado caro, era algo que ponía en peligro la existencia misma de nuestra especie. El mundo del futuro será muy semejante a los hormigueros, a las colmenas, a las moradas de los comejenes. El yo será muerto, se renegará de la fantasía, el individuo será reprimido y oprimido, la libertad y la iniciativa serán abolidas; sólo a costa de ese durísimo precio podrá sobrevivir el género humano.

»Quizá también las hormigas, las abejas y los comejenes, que sin duda alguna son animales inteligentes, en tiempos antiquísimos disfrutaron de genio e iniciativa libre antes de reducirse a su condición actual de sociedades instintivas y gregarias. Pues una revolución similar se está verificando en la especie humana, y en algunos países, como por ejemplo en Rusia, hay ya un esbozo de realización. Tendremos que dejar a un lado cosas que para nuestros padres eran el tesoro más maravilloso del hombre la poesía, la libertad, la locura del genio, la autonomía del individuo. Pero no tendremos más remedio que hacer ese sacrificio si queremos salvar los bienes esenciales y primordiales: el pan, la seguridad, la existencia.

»Hasta en mi propia patria, que fue cuna de las libertades civiles e intelectuales, se está consolidando un socialismo estatal que, a pesar de un disfraz parlamentario, tiende a hacer la vida social muy similar a la del comunismo. El individuo muere a fin de que pueda sobrevivir la especie; tal es, hoy en día, el meollo de mis observaciones y el fundamento de mis previsiones.

Diciendo esto Huxley se puso de pie y me pidió disculpas por tener que interrumpir la conversación, pues antes de su partida debía acudir a dos citas más.

Le agradecí calurosamente sus razonamientos, tristes pero lúcidos, y me despedí de él.

Conversación 68

EL MASCULINISMO

Londres, 18 de septiembre.

No tengo la costumbre de escuchar a los oradores heterodoxos e inconformistas que, en homenaje a la libertad de palabra, predicen y vociferan todos los días en Hyde Park. Pero hoy mientras cruzaba por el parque me detuve sin saber por qué frente a un caballete que sostenía un cartel en el que se leía escrito en grandes caracteres negros: El Masculinismo. Era el orador un hombre larguirucho, de edad mediana, de cabellos rojizos y alborotados, tenía dos ojos negros, de visionario; aún no había comenzado a perorar porque los oyentes eran muy pocos, apenas tres o cuatro y todos ancianos. Quise esperar la prometida revelación y al cabo de pocos minutos el hombre de la cabellera roja se decidió a hablar:

—Os anuncio la nueva doctrina moral, social y política que transformará la vida del mundo; os anuncio la revolución del Masculinismo.

»En esta misma metrópoli, hace ya muchos años, las mujeres se levantaron furiosas contra los privilegios masculinos, y guiadas por la célebre *miss* Pankhurst, fundaron el Feminismo. Hoy, al cabo de cincuenta años de luchas y polémicas, el Feminismo ha triunfado: las mujeres tienen todos los derechos civiles y políticos. Hay mujeres en el gobierno y en el parlamento, hay mujeres embajadoras y mujeres militares, las mujeres han invadido las administraciones públicas y privadas, las escuelas y las fábricas, ¡perfectamente bien!

»Nosotros, los masculinistas, no somos contrarios a los continuos y progresivos triunfos del Feminismo. No surge el Masculinismo para oponerse al Feminismo, ¡muy al contrario!, su objetivo declarado y lógico es el de tomar nota de las conquistas del Feminismo, más aún, ampliarlas, extenderlas, hacerlas universales.

»Escuchadme, señores, y seguidme atentamente. En su ingenuidad casera y

provinciana imaginaban las mujeres que el privilegio de gobernar a los pueblos, cosa que hasta hace medio siglo le estaba reservada a los hombres, era un honor, una alegría, una satisfacción. Nuestras rivales se engañaban por completo. La política es un arte grosero y falaz, se funda en los compromisos y en los engaños, en la hipocresía y en la desfachatez. La política es incómoda, sucia y peligrosa. Por esto, los masculinistas proponen la entrega total de los poderes a las mujeres, las que por su misma naturaleza son más astutas, más mentirosas y más acomodaticias. ¡Que no haya tan sólo alguna diputada o ministra, sino que todos los parlamentos y todos los gobiernos estén formados únicamente por mujeres!

»Ellas tienen la lengua más suelta que nosotros, poseen un mayor sentido práctico y menos repugnancia para las cosas sucias; la política está hecha para ellas y solamente para ellas. Y frente al espectáculo de lo que está sucediendo hoy en el mundo no hay que temer que la cosa pública vaya a andar todavía peor, pues esto es claramente imposible. En la peor de las hipótesis los pueblos serían llevados a la miseria y a la muerte, y es lo que ya está sucediendo, de modo que nada se cambiaría. En lugar de esto, cambiará para mejor la suerte de los hombres, quienes finalmente se verán en libertad para dedicarse a actividades más nobles.

»Escuchadme, ciudadanos hombres: el Masculinismo prepara vuestra liberación de los trabajos y misiones más duros e ingratos. Ahora las mujeres han ingresado ya en la enseñanza, pero todavía están en minoría. El oficio de instruir a los niños y jóvenes es, digamos la verdad de una vez por todas, muy fatigoso y molesto; por doquier es el programa de los escolares estudiar poco y engañar a los maestros. Los únicos alumnos que logran en verdad aprender algo son los que estudian por sí solos, por pasión natural. Así pues, ¿por qué no confiar a las mujeres, y solamente a ellas, la enseñanza inferior y superior? Ellas tienen más paciencia y astucia y un poder de atracción muy superior; se puede descontar desde ahora que los discípulos aprovecharán bastante más que con profesores hombres, quienes a su vez, libres del odioso tedio de la escuela, finalmente podrán estudiar seriamente por su cuenta.

»Y dígase lo mismo del trabajo en todas sus formas. Según las Escrituras el trabajo fue impuesto al hombre como castigo, pero, dado que de acuerdo a las mismas Escrituras la primera y verdadera culpable fue la mujer en la persona de Eva, justo es entonces que la pena sea soportada por ella y solamente por ella.

»Me preguntaréis, estimados amigos oyentes, qué harán los hombres si se realizan plenamente las sagradas y legítimas reivindicaciones del Masculinismo. No es difícil responder: liberados ya del trabajo y fastidio que implican el gobierno

y demás, finalmente podremos gozar en paz de la maravillosa belleza del mundo. De la acción siempre penosa y peligrosa ascenderemos todos a la felicidad de la contemplación. Las más elevadas actividades del espíritu, que hoy son patrimonio de pocos porque los más deben atender a las bajas ocupaciones de la vida, podrán ser ejercitadas por todos los varones. La poesía, la pintura, la escultura, la investigación científica y la especulación metafísica, tales serán nuestras únicas ocupaciones diarias. La humanidad se dividirá en dos grandes castas diferenciadas por el sexo: la una se dedicará a la política, al comercio, a la producción material, a las escuelas y oficinas, y la otra, la de nosotros los varones podrá consagrarse con plácida tranquilidad a las artes, al pensamiento, al descubrimiento de lo bello y lo verdadero, en una palabra: a todo lo que hace soportable y deseable la existencia. Me parece que el programa del Masculinismo, lacónicamente expuesto con lo dicho, merecerá los sufragios de nuestro sexo, que se verá redimido de esas obligaciones prácticas indignas de su primacía espiritual.

»Y no sentiremos ningún remordimiento, pues precisamente las mujeres han sido las primeras en pretender con todas sus fuerzas hacer lo que hacía únicamente el hombre con sacrificios y resignación. No hacemos más que aceptar las consecuencias extremas de su sublevación. El Masculinismo no es la contestación al Feminismo, sino su realización universal en nombre de nuestra felicidad y de la verdadera justicia.

Mientras hablaba el orador la audiencia había ido engrosando hasta convertirse en una pequeña multitud, y fueron muchos los que aplaudieron con entusiasmo. El hombre de los cabellos rojos y los ojos negros se secó el sudor y sonrió beatíficamente. Yo me fui de Hyde Park caminando a largos pasos y entré en el Savoy.

Conversación 69

LOS VENDEDORES DE IMPOSIBLES

Galway, 10 de julio.

La feria de San Patricio es la fiesta máxima del año en esta pequeña ciudad irlandesa. Acuden a ella comerciantes, juglares, acróbatas y músicos, desde todos los rincones del país; además llegan innumerables grupos de gente del campo.

Esa feria dura tres días, y tanto el barrio del puerto como los suburbios se llenan de barracas, palcos, bancos y ruidos que resuenan por todas las calles y plazas. Es una bacanal rústica y diabólica que tanto durante el día como durante la noche no conoce interrupción de los gritos, los ruidos, las músicas, los estrépitos y las resonancias de las cornetas y trompas.

Los ciegos cantan melopeas tristes que nadie escucha; los negros bailan y ruedan hinchando las mejillas, los muchachitos se gastan los labios soplando en las cornetas; los jóvenes hacen estallar petardos entre los pies de las muchachas, éstas agitan en el aire los multicolores componentes de sus ropas; los viejos beben, fuman y ríen; disparan los tiradores al blanco; los charlatanes hablan hasta quedar roncos; los saltimbanquis se estiran y retuercen; sudan los vendedores de líquidos; chirrían los gramófonos, gimen y gorjean las radios. En una palabra: se concentra el ruido bestial y la balumba infernal de todas las ferias del mundo.

Entontecido por el calor y el fragor me alejaba en dirección al campo, pensando para mí cuán locos y bufones eran mis semejantes al llamar fiestas y diversiones a esos ataques de furor colectivo, capaces únicamente de herir los oídos, de echar a perder el estómago, de martirizar el cerebro, de impedir el sueño y de multiplicar las enfermedades nerviosas. Sentía necesidad de soledad y silencio.

Pero cuando estaba ya dejando atrás la ciudad entreví a mi derecha, en el término de una callecita breve, que había allí una placita donde estaban algunas personas en pie; parecían escuchar y mirar a alguien que yo no podía distinguir.

No partía de allí ruido alguno, y quise conocer las causas de aquel prodigo.

Más que plaza parecía ser un gran patio rodeado por edificios altos, oscuros y leprosos, ennegrecidos y descortezados por el aire salino. Se aproximaba el crepúsculo, y el conjunto causaba una impresión de ambiente misterioso y embrujado. Había en la placita una especie de escenario abierto que tenía a los costados colgaduras negras a modo de bastidores. En el tablado, y a poca distancia una de otra, se veían dos mesas de abeto, sin pintura, y detrás de cada una estaba de pie un viejo, ambos de elevada estatura, de largas barbas blancas y de rasgos severos. Uno de ellos vestía una garnacha de terciopelo turquí, el otro tenía puesta una túnica castaño que le daba el aspecto de un fraile.

Una de las mesas estaba ocupada por objetos que brillaban a los últimos reflejos del sol; la otra estaba llena de botellas de tamaños diversos.

El viejo vestido de turquí levantó uno de los objetos brillantes y lo enseñó a las pocas personas presentes. Era un espejo redondo.

—Éste —dijo—, es el espejo revelador del tiempo pasado; en él podréis ver a vuestro gusto las imágenes de vuestros difuntos padres, de los antepasados más lejanos de vuestra familia.

Luego, el viejo vestido de castaño levantó una botella de color hiel y exclamó:

—Esta botella contiene un licor portentoso. Bastan unas pocas gotas para devolver la vida a un moribundo o a un cadáver. Pero debo advertir que esa resurrección no puede durar más de veinticuatro horas.

El otro viejo tomó de su mesa otro espejo, de forma oval y dijo así:

—Éste es el espejo de la belleza desconocida. Todo el que se mire en él después de haberse purificado con un baño, se verá a sí mismo bellísimo, aun cuando sea un monstruo deforme o una bruja repugnante.

El viejo de castaño enseñó otra botella, pequeña y transparente.

—En esta botella está contenida una esencia oriental que inspira ternura y voluptuosidad. Bastará que la hagáis oler a la mujer que se os resiste, y os amará. Pero debo confesar que su milagroso efecto no dura más de doce horas. Sin embargo, en doce horas un enamorado audaz puede obtener mucho de lo que

desea.

El viejo de turquí, a su vez, mostró otro espejo grande y cuadrado.

—Éste se llama el espejo de las verdades futuras. Mirándolo atentamente por espacio de muchas horas sin cansaros, veréis desfilar los hechos notables de vuestra vida futura hasta la hora de la muerte. Cada uno de vosotros podrá conocer anticipadamente lo que le sucederá, tanto lo bueno como lo malo.

El viejo de castaño alzó otra botella, grande y de color verde.

—Escuchad, señores. Ésta es una de las bebidas más prodigiosas entre todas las que se pueden ofrecer a los hombres y sobre todo a las mujeres. Cada gota os hará retroceder un año, veinte gotas os quitarán veinte años de edad. Pero se advierte que la juventud así recuperada desaparece al cabo de dos días. ¿Quién no querrá comprar por dos libras esterlinas dos días de fresca y altiva juventud?

El viejo de turquí mostró al público otro espejo, esta vez triangular.

—Con este espejo se supera y vence cualquier dificultad para leer escrituras indescifrables o extranjeras. Poned mirando hacia el mismo una carta llena de abreviaturas o de manchas, la página de un libro escrito en árabe o japonés, y todo lo podréis leer y comprender en inmejorable inglés.

El otro empuñó una de sus botellas, parecida a un frasco de medicinas, y afirmó:

—La emulsión contenida en esta botella es una de las más prodigiosas que puedo ofrecer a mis oyentes ingerida en ayunas, y bastan dos cucharadas de sopa; proporciona improvisadamente al bebedor el genio político. Se recomienda especialmente a los diputados, a los ministros, a los secretarios de partidos políticos y también a los simples consejeros comunales; desgraciadamente, el efecto dura muy poco, tan sólo cuarenta minutos. Pero en cuarenta minutos un político puede tomar decisiones capaces de cambiar la suerte de una nación y hasta de todo un continente.

El otro viejo, sin dejar pasar un instante tomó un enorme espejo hexagonal y dijo así:

—Señores y amigos: con este espejo podréis descubrir a vuestro gusto lo que

está sucediendo lejos de vosotros, de vuestra casa y de vuestra ciudad. Podréis ver qué es lo que hace vuestra mujer amada, cómo se comporta vuestro hijo en la universidad o en el buque en el que viaja por los mares, podréis ver lo que sucede en la corte del emperador y en las casas de vuestros amigos. Su nombre es: el espejo de las realidades aproximadas.

Aún no había concluido de hablar cuando su compañero tendió hacia el escaso auditorio otra botella; voluminosa y de color azul.

—Sin duda alguna sabéis que cada uno de nosotros no está viviendo por vez primera, que hemos tenido otras existencias, otras vidas en otras edades. Quien bebe un sorbo del líquido contenido en esta botella podrá verse a sí mismo tal cual fue en los siglos pasados, con otros aspectos externos y otros destinos. Pero este milagro tiene una duración mínima: cinco minutos. Recordaréis que los moribundos pueden repasar en poquísimos instantes toda su existencia, del mismo modo aquí. Apresuraos, ciudadanos, porque ésta es la última de mis botellas.

Atónitos y dudando, los pocos presentes no decían palabra, ninguno compraba y los dos viejos no demostraban tener prisa en vender. El crepúsculo se acentuaba más y más, la plaza se hacía más negra y siniestra. Los dos viejos hablaban en voz baja. Abandoné aquel lugar y marché hacia las afueras a lo largo de un camino arbolado. Pero después de dar unos centenares de pasos, pensé:

—¿Y si todo fuera verdad?... ¿Si aquellos charlatanes no fueran charlatanes?

Repentina e irresistible me sobrevino la tentación de comprar todos los espejos y las botellas. Con pocas libras esterlinas me quitaría la curiosidad. Los españoles suelen decir: *¡¿Quién sabe?!*

Volví lentamente sobre mis pasos y hallé la placita, pero aquel lugar estaba desierto y silencioso, la gente había desaparecido, el escenario y sus colgaduras no se veían, los dos viejos se habían desvanecido. Solamente estaban firmes las casas negras, altas, leprosas, apretadas.

Conversación 70

EL PARAÍSO HALLADO NUEVAMENTE

(DE WILLIAM BLAKE)

Aberdeen, 5 de septiembre.

Entre los manuscritos inéditos de la colección Everett hay uno que a pesar de su brevedad es de los más importantes, según me lo confirmó un *scholar* de Cambridge: es de William Blake, el visionario poeta autor de *El matrimonio del Cielo y el Infierno*. Según parece, el fragmento que tengo ante mis ojos debió ser el esbozo de un poema que hubiera tenido por título *El Paraíso hallado nuevamente*, título que recuerda al *Paradise Regained*, de John Milton, pero tanto el tono como el contenido son muy diversos.

Blake comienza diciendo que el Edén del que habla la Biblia no puede haber desaparecido de la faz de la tierra, porque Dios es por esencia creador, y ciertamente no ha querido destruir una de sus obras maestras. Así pues, es necesario buscar ese Paraíso, cosa que ya intentaron muchos hombres durante los siglos de las luces o sea durante la Edad Media. El último navegante que se esforzó por hallar el Paraíso Terrenal fue Cristóbal Colón, quien marchando hacia Occidente se proponía llegar al Oriente, lugar donde Dios habría preparado el jardín de delicias para su primer huésped. Pero, por desgracia, el místico genovés halló tierras que se interponían entre Europa y Asia, y que resultaron ser cebo y barrera. Con él concluyó la Edad Media y terminó la búsqueda del Edén.

Blake imagina ser él mismo el nuevo peregrino que pretende recorrer, afanosamente, el camino seguido por los dos exilados: por nuestro primer padre y por nuestra primera madre. Por espacio de largos años viaja por estepas y bosques, atraviesa cadenas de montañas y multitud de ríos, recorre valles fertilísimos y

selvas terroríficas, marcha por las dunas del mar y los senderos herbáceos de los altiplanos. Encuentra llanuras verdes y jardines florecidos, bosques donde mora la alegría de los pájaros y frescos oasis de palmeras y fuentes, pero en ningún sitio halla al verdadero Paraíso Terrenal, por doquiera reinan el gemido del sufrimiento y las sombras de la muerte.

Una noche, cansado y afligido se duerme el peregrino sobre el musgo de una caverna. Tiene un sueño en el que se le aparece un gigante de cabello blanco, un gigante que lo mira con ojos fulgurantes e imperiosos; el peregrino cree reconocer en él al Creador pintado por Miguel Angel en la capilla Sixtina. El anciano habla así al desesperado viandante:

—En vano recorres la tierra buscando el lugar donde estuvo el Jardín destinado a ser morada de Adán. Como premio a tu fe y tu constancia te revelaré la verdad que fue adivinada únicamente por rarísimos santos. El Paraíso Terrenal es toda la tierra, nada más que la tierra con todas sus regiones, con sus alturas y sus aguas. Adán y Eva no fueron expulsados de un lugar cerrado, sino que fueron cegados. Las espadas llameantes de los Querubines cambiaron la visión de sus ojos, los obnubilaron y no reconocieron el asilo de las delicias y jamás lo volvieron a reconocer. Sus ojos ofuscados vieron malezas y espinas donde había flores esplendorosas, vieron piedras escabrosas donde había gemas refulgentes, zonas desiertas donde en realidad había extensiones alfombradas de hierbas olorosas, lugares nebulosos donde brillaban cielos resplandecientes, horrendos abismos donde había valles bendecidos por la sonrisa del sol. El mundo ha quedado tal cual fue en su creación desde el primer día, pero los hombres, debido a la alteración de su mirada, ven en el Paraíso, ya un doloroso Purgatorio, ya un horrendo Infierno.

»Y también su facultad auditiva fue alterada por el fragor de las espadas, y dejaron de comprender el lenguaje de los animales y los armoniosos mensajes de las plantas. Si el hombre pudiera recuperar la limpidez de sus pupilas obcecadas y la virtud perfecta de sus oídos, entonces todo se le aparecería como es en la realidad, como se le apareció el primer día, antes del pecado.

El anciano extendió su diestra y tocó los ojos del durmiente, luego sopló con su boca en sus oídos. Al percibir aquella sensación el peregrino se despertó sobresaltado, sacudido por un gozoso terror, y salió de la caverna. Ya amanecía, y Blake comprobó que el Señor no le había engañado: lo que en la tarde anterior le había parecido una tierra pedregosa y estéril, la veía ahora como una multicolor fiesta de hierbas y flores, de arbustos cargados con bayas maduras, por doquiera veía ovejas pastando. Extasiado de estupor, comprendió de golpe los

razonamientos que se decían gorjeando los mirlos y las alondras, alegrándose con él por la recuperada felicidad.

«Y yo —concluye diciendo Blake— después de agradecer al Señor con un canto nuevo, regresé a mi ciudad, a mi pobre casita, y me di cuenta de que hasta mi reducida huerta de Londres era un rincón, hasta entonces ignorado, del Edén omnipotente y eterno».



GIOVANNI PAPINI (Florencia, 9 de enero de 1881 - 8 de julio de 1956), escritor y poeta italiano. Fue uno de los animadores más activos de la renovación cultural y literaria que se produjo en su país a principios del siglo XX, destacando por su desenvoltura a la hora de abordar argumentos de crítica literaria y de filosofía, de religión y de política.

Nacido en una familia de condiciones humildes y de formación autodidacta, fue desde muy joven un infatigable lector de libros de todo género y asiduo visitante de las bibliotecas públicas, donde pudo saciar su enorme sed de conocimientos. Obtuvo el título de maestro y trabajó como bibliotecario en el Museo de Antropología de Florencia, pero a partir de 1903, año en que fundó la revista *Leonardo*, se volcó con polémico entusiasmo en el periodismo.

Esta publicación se convirtió enseguida en un instrumento de lucha contra el positivismo que imperaba en el pensamiento filosófico italiano y, al mismo tiempo, contribuyó a difundir el pragmatismo. Ese mismo año se convirtió en redactor jefe del diario nacionalista *Regno*, mientras que en 1908, finalizada ya la andadura de *Leonardo*, empezó a colaborar activamente en *La Voce*, convirtiéndose en uno de los representantes más inquietos y ruidosos del movimiento filosófico y político que surgió en Florencia alrededor de esa revista.

Más tarde fundó también *Anima* (1911) y *Lacerba* (1913), de orientación más literaria y donde durante un tiempo defendió las tendencias futuristas de F. T. Marinetti. Agnóstico, anticlerical, pero no obstante siempre abierto a nuevas experiencias espirituales, su actividad periodística le permitió dar rienda suelta a su afición de sorprender y escandalizar a los lectores y de arremeter contra personajes más o menos famosos.

Su primera obra narrativa fue *Un hombre acabado* (1912), en la que describió su azarosa juventud y donde los retratos paisajísticos de su Florencia natal revelan, como en otros libros, las verdaderas dotes del Papini escritor. Afectado por la dura experiencia de la Primera Guerra Mundial, se convirtió al catolicismo empujado por la necesidad de encontrar certezas definitivas y absolutas.

Este cambio espiritual, que causó polémicas en su entorno, fue el germen de *Historia de Cristo* (1921), libro que alcanzó un enorme éxito a pesar de que algunos le acusaron de ser un gran manipulador de las ideas que se adaptaban al momento. En esta misma línea caracterizada por una heterodoxia que irritaba por igual a ateos y creyentes escribió *San Agustín* (1929), *Gog* (1931), *El Diablo* (1943), *Cartas del papa Celestino VI a los hombres* (1946), un papa imaginario del que se sirve para lanzar un mensaje de paz y fraternidad, y sobre todo *Juicio Universal*, en el que trabajó casi toda su vida y que se publicó póstumamente.

De su prolífica obra crítica cabe destacar *Dante vivo* (1933) o *Grandezze di Carducci* (1935), mientras que *Cento pagine di poesie* (1915) y *Opera prima* (1917) figuran entre sus mejores libros de poesía.

(De la página [www.biografiasyvidas.com:](http://www.biografiasyvidas.com/))